

LUIGI FABBRI

LA VIDA DE
MALATESTA

PRÓLOGO DE
D. A. de SANTILLAN

GUILDA DE AMIGOS DEL LIBRO
Apartado 54 - Barcelona
1936

PRÓLOGO

LUIGI FABBRI, UN HOMBRE DE ORO

El 24 de junio de 1935 murió Luigi Fabbri en un hospital de Montevideo, a consecuencia de una operación quirúrgica. Sus últimos años, a partir del advenimiento del fascismo en Italia, han sido en extremo duros y penosos; sus sufrimientos morales y materiales le acercaron a su fin, en plena madurez de espíritu, cuando era ya de los pocos de la vieja guardia que podían presentar ante el mundo, en forma bella y razonada, nuestra gran causa.

En los últimos quince años aproximadamente de relaciones, cada vez más seguidas, más íntimas, más indispensables, hemos podido valorar ampliamente a Fabbri como escritor, como anarquista, como hombre.

Era una figura que irradiaba simpatía hasta la exageración, de una pureza moral por todos los costados, amable, bondadoso, intachable; su obra intelectual está ahí, y quedará por muchos años como monumento de laboriosidad, de pasión, de claridad; pero esa obra no tendría el mérito que tiene, al menos para nosotros, si no la hubiese respaldado el hombre en su conducta de todos los días. La vida de Fabbri es la explicación de su obra; pocos han unido, coordinado, fusionado en tal forma las ideas con la vida práctica. Para él no eran cosas distintas la prédica y la acción, eran dos manifestaciones de una misma realidad.

Por eso se le respetaba hasta por los adversarios, por eso se le quería en todas partes. Recordamos una carta de Malatesta, que no tenemos a mano, pero cuyo contenido no se nos ha borrado de la memoria. Después de una odisea por Francia y Bélgica, Fabbri embarcó para América del Sur, y Malatesta nos decía entre otras cosas: «Sé que Gigi irá con vosotros; os será muy útil; es un hombre de oro.» ¡Un hombre de oro! No podríamos encontrar mejor definición de Fabbri.

* * *

Nació Fabbri el 22 de diciembre de 1877 en Fabriano, de una familia acomodada. Recibió en su juventud una educación esmerada, asistió a la Universidad en Macerata y se hizo maestro de escuela.

Siendo estudiante, a los dieciséis años apenas, conoció las ideas anarquistas y las abrazó con calor y apasionamiento. Poco después, en 1897, conoció a Malatesta en Ancona, y bajo su influencia y sus argumentos quedó marcada la ruta para todo el resto de su vida. Malatesta hizo comprender al joven estudiante la anarquía bajo una luz distinta a como la había interpretado hasta entonces, y desde aquella época, ya lejana, hasta el último instante, no hubo mejor intérprete y expositor del pensamiento malatestino que Luigi Fabbri.

Colaboró asiduamente en *L'Agitazione* de Ancona, uno de los grandes periódicos anarquistas, de vida azarosa, pero denso de doctrina, verdadero laboratorio de ideas, y nueva etapa del anarquismo italiano e internacional. Aquellos años de 1897 y 1898 fueron de gran trascendencia. Las persecuciones acabaron por imposibilitar la vida de ese periódico, uno de cuyos redactores fué Fabbri; pero la semilla había sido lanzada, y Ancona, durante muchos años, fué, en virtud de aquel esfuerzo, la ciudad más roja de Italia.

Como tantos otros, conoció Fabbri el confinamiento en las islas, en 1899 y 1900, amén de las diversas persecuciones a que está expuesto todo militante destacado en todos los países. Desde 1903 a 1911 publicó, junto con Pietro Gori, la magnífica revista *Il Pensiero* de Roma (agosto de 1903 a diciembre de 1911), donde, aparte de la continua labor personal inteligente, ha recogido tantas hermosas páginas de cultura revolucionaria y de interpretación y aplicación libertarias.

Obra en buena parte suya ha sido también *Volontá* de Ancona — 1913-1914 —, interrumpida por la semana roja, en que Malatesta tuvo una actuación principal, y la nueva serie en 1919. Pero aparte de los periódicos que diríamos propios, en cuya redacción o dirección tomaba parte, su colaboración en casi toda la Prensa libre italiana era constante y siempre valiosa.

Fué uno de los puntales del diario anarquista *Umanità nova* de Milán (1920-1921), trasladado a Roma después de la destrucción de la imprenta por los fascistas (1921-1924). Cuando el diario fué definitivamente liquidado por la reacción salvaje, se inició pronto otra nueva publicación, *Pensiero e Volontá* (Roma, 1 de enero de 1924 a octubre de 1926), una revista dirigida por Malatesta, en la que Fabbri ha tenido igualmente una participación saliente, por la calidad y por la cantidad de su cooperación.

Pero a ninguno de los periódicos anarquistas italianos ha faltado la colaboración de Fabbri; era incansable en el trabajo; había disciplinado su espíritu a una labor constante y metódica, y, desprovisto de todo interés por los pasatiempos estériles, sólo cuando se le ha visto de cerca en la obra, se comprende que haya podido realizar un trabajo tan vasto y persistente.

Cuando se vió forzado a salir de Italia, en 1926, y se refugió en París, después de algunas tentativas de trabajo en Montbeliard y en otras partes, inició la publicación del quincenario *La lotta umana* (octubre de 1927 al 18 de abril de 1929), excelente órgano de propaganda, de documentación y de estudio. Expulsado de Francia y refugiado en Bélgica, pronto le fue hecha imposible también allí la vida y embarcó para el Uruguay. Desde allí se inició en seguida la publicación de *Studi sociali* (1930-1935). Hay que mencionar también su labor en el diario *La Protesta* (Buenos Aires) y en su *Suplemento*, desde 1923 en adelante. Con los materiales de esa colaboración asidua de diez años, quería formar dos

volúmenes, retocando algunos pasajes. Probablemente la muerte interrumpió esa tarea a que le habíamos estimulado.

Además de esa participación incesante de cuarenta años en la Prensa anarquista de lengua italiana y española, ha producido un par de docenas de folletos interesantes; algunos, como *Influencias burguesas sobre el anarquismo*, con cuatro o cinco ediciones en español.

Su cultura era vastísima, tanto relativa a la historia de nuestro movimiento, como a la evolución general del pensamiento. Su libro *Dictadura y revolución*, de cuya edición española, con un prólogo de Malatesta, data nuestra amistad, es la exposición más clara y persuasiva de la interpretación libertaria de la revolución; nació al calor de la polémica en torno a la dictadura del proletariado y a la concepción autoritaria, marxista, del proceso revolucionario. Otro de sus volúmenes, *La contrarivoluzione preventiva*, estudia el fascismo con una riqueza de argumentación que no se olvida fácilmente. Y no hace mucho ha visto la luz *El pensamiento de Malatesta*, que es completado hoy con otro volumen: *La vida de Malatesta*, homenaje póstumo del discípulo dilecto al gran maestro y amigo también desaparecido. Es con su ayuda con la que se estaba llevando a cabo la recopilación de los escritos de Malatesta que edita *Il Risveglio* de Ginebra.

Y también fué obra suya la edición italiana de algunos tomos de escritos de Bakunin. En resumen: cuarenta años de colaboración en la Prensa anarquista, un par de docenas de folletos y una docena de volúmenes; he ahí la obra escrita de Fabbri, distinguida por la prolijidad con que desmenuza los matices del pensamiento propio y los del adversario, convencido, como advierte Bertoni, que las «razones menores son a veces de naturaleza como para influir más que las mayores».

* * *

Aun cuando actuó algún tiempo en los organismos sindicales, prefirió siempre la organización específica del anarquismo. En torno a esa interpretación hemos tenido algunas polémicas, de las cuales, si no hemos salido convencidos nosotros, que nos basábamos en la experiencia del movimiento obrero español y argentino, tampoco ha salido él debilitado en sus opiniones. Y aunque no nos atreveríamos a sostener que la razón esté absolutamente de un lado o del otro, dejamos que los hechos y las sugerencias de cada día vayan iluminando el camino hacia la mejor forma de actuación. Resultado de esa polémica ha sido el ceder, por nuestra parte, en la agresividad hacia los que no aceptaban nuestros puntos de vista, y esa tolerancia que nace de la comprensión del carácter complejo de la vida se produjo en nosotros después de años de discusión con un polemista sereno, razonable, paciente, como Fabbri.

En 1907 asistió al Congreso internacional de Amsterdam, y, en esa ocasión, la policía suiza lo anotó entre la lista de los indeseables. Visitó en Londres a Malatesta, y creemos que esas salidas y otra después de la semana roja de Ancona, en 1914, fueron las únicas que hizo antes de la guerra y del advenimiento del fascismo.

Cuando se agudizó el terror fascista y comenzó a ser molestado por las bandas de squadristas en Bolonia, Mussolini tuvo conocimiento de ello y, en carta

personal al jefe de las milicias bolognesas, recomendó que a Fabbri se le vigilase, pero que no fuera tocado; sin embargo, no era bastante garantía la carta de Mussolini, que conocía perfectamente el carácter y la obra de Fabbri, y diversos amigos le incitaron a ponerse en salvo. Lo hizo cuando se obligó a los maestros italianos a jurar fidelidad al nuevo régimen. Fabbri no pudo soportar esa humillación, se rehusó y hubo de tomar las de Villadiego, pues la venganza habría sido segura. Algún tiempo después se le unieron su compañera, Bianca, y su hija, Luce, en París.

Le invitamos entonces a llegar hasta nosotros, pero la esperanza de la rebelión del pueblo italiano y otros inconvenientes familiares impidieron que el viaje a América del Sur se hiciera en 1926, se hizo en 1929, y forzosamente, después de la expulsión de Francia y de Bélgica.

La existencia calamitosa del destierro, siempre en lucha con las penurias, con la falta del pan y del techo seguros, es de suponer. Había conseguido la dirección de unas escuelas italianas en Montevideo, esas escuelas recibían, entre otras subvenciones, una de la Embajada italiana, y, por tanto, habían de estar bajo un cierto control del Gobierno de Italia. Un día se le anuncia una inspección por un delegado fascista. Tenía dos perspectivas: aceptar la inspección y asegurar así para sus últimos años el pan cotidiano, o renunciar al puesto y quedar a merced de lo desconocido, sin medio alguno de vida. Naturalmente, en Fabbri no pudo haber siquiera una duda. Se negó a recibir la inspección, y quedó en la calle.

La reacción en el Uruguay, después del golpe de Estado de Gabriel Terra, le privó de núcleos de compañeros y de amigos que, en caso necesario, compartían con él sus miserias. La vida era insostenible; y en esas circunstancias, la muerte de Malatesta le dejó anonadado por varios meses; a esa tragedia, que pocos sabrán comprender en toda su magnitud, se unió la enfermedad grave del estómago que hizo precisa una intervención quirúrgica peligrosa en 1933, de la que salió con buenos resultados.

Estos últimos años le ha faltado lo más necesario. No era viejo, pero las enfermedades y los sufrimientos morales le habían debilitado y extenuado. Y era preciso afrontar, sin embargo, la lucha por la existencia en condiciones para las cuales ni su carácter, ni su edad, ni su estado físico le eran favorables. Se había puesto a vender periódicos y libros. ¡Una de las inteligencias más preclaras de nuestro movimiento, en pleno vigor mental, cuando más falta hacía su ayuda, no ha podido ser sostenida en condiciones de trabajo y de eficiencia, y ha sido dejado abandonado a su suerte! Esto arranca lágrimas y protestas y nos avergüenza, porque no es digno ni es justo que las mejores fuerzas del movimiento de la libertad se esterilicen en la impotencia, mueran en la miseria más extrema, como a muerto Makhno, o en el abandono, como Mühsam, si no han sido bastante previsores en sus años de actuación y de juventud para asegurar su porvenir por propia cuenta.

Una dolencia, que venía molestándole desde hacía unos años, le obligó a interrumpir su venta de periódicos y libros. Hubo de ser operado, y, a consecuencia de esa operación, dejó de existir, como hemos dicho, en las primeras horas del 24 de junio.

* * *

Habría que decir mucho sobre Fabbri, no nos cansaríamos de hablar de su carácter, de su modo de vida, de sus ideas. Pero nos duele la visión de sus últimos años y preferimos dejar el relato de lo que el movimiento anarquista debe a la actuación de ese excelente compañero y amigo. La pérdida es grande, más de lo que se supone, podríamos cerrarnos en la torre del optimismo y exhortar a llenar el vacío, pero sabemos que por ahora el vacío no será llenado. Nosotros considerábamos a Fabbri como una piedra angular de la obra que nos proponíamos llevar adelante.

Al faltarnos esa ayuda no quiere decir que lo demos todo por malogrado, pero sí que la pérdida es muy grave en estos momentos, y que, sin él, no nos sentiremos tan fuertes y animosos como hasta aquí.

La vida os ha llevado por ciertos derroteros; en su curso os habéis formado vuestras amistades, vuestros puntos de apoyo; cuando veis que, unos tras otros, esos puntos de apoyo fallan, se requiere buena dosis de insensibilidad para no sentirse atribulados y debilitados.

* * *

Si en los anarquistas españoles hubiese suficiente interés y comprensión, la selección, en algunos volúmenes, de los escritos dispersos de Fabbri podría ser una obra póstuma de reparación, pues el esfuerzo de un escritor de sus méritos no debiera desaparecer con él o quedar dormido en las raras colecciones de nuestros periódicos, cuando, en circulación permanente, podría seguir despertando nuevos espíritus para la gran batalla por la libertad.

D. A. DE SANTILLAN

Barcelona, julio de 1935

INTRODUCCIÓN

CÓMO CONOCÍ A ERRICO MALATESTA

Recuerdo el día que conocí a Errico Malatesta como el de la impresión más fuerte de mi lejana juventud.

Era en abril de 1897. Italia había salido hacia cerca de un año de uno de aquellos vendavales de reacción con que, de tanto en tanto, incluso antes del fascismo, la monarquía de Saboya, conservadora y burguesa, obsequiaba al pueblo italiano apenas éste daba indicios de un despertar que turbase las tranquilas digestiones de las clases y castas dirigentes.

Francesco Crispi, el antiguo jacobino convertido en ministro y perseguidor de toda idea nueva, al amparo de la bandera «de Dios, del rey y de la patria», había tenido que dejar el gobierno bajo el choque de la indignación popular, después de la derrota de los ejércitos italianos en Abisinia. Mortificada la megalomanía imperialista del monarca Umberto I y de su ministro, se respiraba obra vez en la península un poco de libertad.

El movimiento de rebelión proletaria iniciaba su ascenso. Desde hacia cuatro meses salía en Roma el primer diario socialista italiano, el *Avanti!*; y también los anarquistas, desarticulados y reducidos al silencio por la reacción desde mediados de 1894, tenían de nuevo un par de periódicos: *L'avvenire sociale*, en Messina, e *il nuovo verbo*, en Parma.

Muchos compañeros, sin embargo, estaban todavía en la cárcel y en *domicilio coatto*, entre ellos los más conocidos: Galleani, Molinari, Cavilli, Binazzi, Di Sciullo, etc., y otros (Malatesta, Geri, Milano, etc.) recorrían los caminos del exilio. Pero jóvenes adeptos habían surgido en la brecha, sustituyendo incluso a no pocos de aquellos que, bajo las persecuciones, habían cedido, desaparecido del movimiento, o bien se habían pasado al campo socialista. Entre estos últimos, uno de los más conocidos, Saverio Merlino, al salir de la prisión había comenzado a incitar públicamente a los anarquistas a aceptar el método electoral y parlamentario.

Mientras tanto, alguno de los condenados y deportados recuperaba la libertad, y algún otro, como Pietro Gori, volvía del destierro.

El 14 de marzo de aquel año (1897) veía la luz en Ancona, capital de las Marcas, donde los anarquistas habían sido siempre numerosísimos, un nuevo semanario, *L'Agitazione*, que en el subtítulo se denominaba «periódico socialista anarquista». Yo era entonces estudiante de Derecho en la Universidad, en la próxima ciudad de Macerata; tenía 19 años y estaba lleno de entusiasmo por las ideas anarquistas, abrazadas desde 1893 y que me habían costado ya algunas persecuciones de la policía, un pequeño proceso y un poco de cárcel. Desde Ancona, los viejos amigos Recchioni, Agostinelli y Smorti me incitaban a escribir en el nuevo periódico, del cual me habían anunciado como colaborador.

Me resolví a secundar su invitación con un poco de vacilación. La lectura de los primeros números del nuevo periódico me había afectado vivamente. Era una publicación bastante diversa de las otras leídas por mí hasta entonces: escrita, recopilada e impresa con esmero, con más tono de revista que de periódico. Colaboraba desde Londres Errico Malatesta.

Sentía confusamente mi inferioridad intelectual en relación a los escritos que leía, plenos de pensamiento y animados de un espíritu nuevo e insólito, al menos para mí, que conocía sólo la prensa anarquista de los últimos tres o cuatro años. Escribí y mandé un artículo teórico, el mejor que supe hacer, con el título «Armonía natural», en donde explicaba la anarquía como una aplicación a las sociedades humanas de las leyes de la naturaleza por medio de la ciencia, que de la negación de dios, según mi opinión, llevaba a la negación de toda autoridad política y económica. Sobre todo me apoyaba, con citas, en la autoridad intelectual de Kropotkin y del filósofo italiano Giovanni Bovio.

¡Francamente — y el que no ha sido joven y no ha cometido nunca semejantes pecados de presunción que tire a primera piedra —, creía propiamente haber escrito una pequeña obra maestra! En cambio... mi artículo no se publicó. Pregunté la causa de ello; y los amigos de Ancona me respondieron que no estaban de acuerdo con mi artículo; lo publicarían, si insistía, con una nota polémica, pero me pedían por el momento que esperase para no dar desde el comienzo a los lectores, la impresión de un desacuerdo en familia. Me invitaban, además a ir hasta Ancona para cambiar algunas impresiones verbales.

¡Caí de las nubes! ¿Por qué no estaban de acuerdo conmigo aquellos compañeros? Les escribí unas pocas líneas, diciendo que no valía la pena por tan poco de hacer un viaje; pero simultáneamente escribí también, por primera vez, a Malatesta, en Londres (había leído su dirección en el periódico) expresándole mi asombro de que el periódico en que él escribía no compartiese una concepción de la anarquía que me parecía tan justa y completa. Malatesta no me respondió: pero pocos días después Cesare Agostinelli volvió a escribirme para que fuese a Ancona, que los amigos me querían ver, que no se trataba sólo de mi artículo, etc., y me mandaba también los dineros que me hacían falta para el viaje, como para comprometerme más fuertemente a ir.

Me decidí, y un sábado por la tarde, sustrayéndome con una estratagema a la habitual vigilancia de la policía, tomé el tren para Ancona, llegando a eso del anochecer. Encontré a Agostinelli en su pequeña tienda, que estaba al fondo del Corso; apenas me vió, cerró el negocio y me llevó consigo, por calles transversales, hasta el lejano suburbio Piano San Lazzaro.

Allí, una vez llegados ante un palacete, abrió con una llave la puerta de entrada y en el fondo de un corredor me hizo subir por una escalera de madera a una especie de buhardilla.

Mientras subía, oí una voz desconocida para mí que preguntó: «¿Quién es?» «Es el *armonista*, respondió Agostinelli, refiriéndose ciertamente a mi artículo rechazado sobre la armonía natural. Asomándome a lo alto, vi una pequeña habitación, con una cama de campo a un lado, una mesa sobre la que ardía una lámpara de petróleo, un par de sillas, y sobre las sillas, sobre la mesa, sobre la cama, en tierra, una cantidad indescriptible de papeles, periódicos y libros en aparente desorden. Un hombre desconocido para mí, de pequeña estatura, con cabellos negros y densos, se adelantaba a mi encuentro con las manos tendidas y los profundos ojos sonrientes. Agostinelli, que subía detrás, me dijo: «Te presento a Errico Malatesta.»

Mientras Malatesta me abrazaba, yo estaba petrificado por el estupor y el corazón me saltaba del pecho. Malatesta, legendario ya entonces, el íncubo de todas las policías de Europa, el audaz revolucionario, condenado en Italia y en otras partes y prófugo en Londres, estaba allí. La impresión mía, de joven inexperto y lleno de una fe casi religiosa, es más fácil de imaginarla que de describirla.

«¿Cómo? — dijo a Agostinelli — ¿no le habías dicho nada?»

Y luego, desembarazadas las sillas, nos sentamos, mientras Agostinelli se marchó momentos después.

Me hallé de golpe con Malatesta en perfecta relación, como con un hermano mayor o con un amigo conocido desde mucho tiempo atrás, y diría como con un padre si no hubiese parecido tan joven — tenía entonces cuarenta y cuatro años, pero parecía tener muchos menos — tanta era su afabilidad sencilla, de una familiaridad de igual a igual.

Y comenzó pronto entre nosotros una conversación animada, una discusión larguísima, en especial sobre los argumentos tocados en mi artículo. Sería demasiado extenso referirla; por lo demás no es difícil figurarla, al menos para quien conoce las ideas de Malatesta, y las otras, bastante comunes entre muchos anarquistas, que yo había expuesto en mi artículo de *L'Agitazione*. A las tres de la madrugada discutíamos todavía. Dormí como pude allí, en un colchón que Agostinelli (que había vuelto a traernos algo de comer) me había improvisado en un rincón.

A las siete de la mañana estaba yo despierto y desperté expresamente a Malatesta para continuar la discusión. Quedé hablando con él toda la jornada sin cesar, hasta que, cuando era de noche desde hacía rato, me despedí con gran sentimiento, para tomar el tren hacia Macerata, donde debía estar al día siguiente para asistir a las clases, y también para que la policía no se diese cuenta de mi ausencia.

Desde hacía cerca de un mes Malatesta había llegado a Ancona de incógnito para hacer *L'Agitazione*. Estaba todavía bajo el peso de una condena de tres o

cuatro años de prisión, dictada contra él en Roma en 1884, por «asociación de malhechores»; pero la condena debía prescribir dentro de poco. Quedó oculto cerca de nueve meses, hasta que la policía lo descubrió, pero la condena estaba ya prescrita. Otros dos meses más tarde, cuando tuvieron lugar en Ancona y en otros sitios los movimientos populares de aquel año, provocados por la carestía, fué detenido de nuevo, y esta vez a la detención siguió una encarcelación más larga, proceso, *domicilio coatto*, etc.

Después de la primera vez volví a menudo a Ancona a encontrarme con Malatesta, tanto mientras quedó escondido allí como después, y durante su prisión y el proceso en abril del 98. Pero aquel primer encuentro que he narrado fué el que decidió de toda mi orientación mental y espiritual, puedo decir también de toda mi vida. Tuve la sensación de que en aquel largo coloquio de más de veinticuatro horas mi cerebro había sido tomado y dado vuelta en la caja craneana. Recuerdo como si fuera ayer que, sobre muchos argumentos de que antes me parecía estar tan seguro, discutía, discutía, discutía... Pero al fin los argumentos míos venían a menos y no hallaba ya qué replicar; mientras los argumentos de Malatesta me afectaban sobre todo por su lógica: una lógica tan sencilla que me parecía que un niño habría sabido comprenderla y nadie habría podido negar su evidencia.

La anarquía, que era la fe más radiante de mi primera juventud, desde entonces no fué ya fe solamente, sino convicción profunda. Sentí que, si antes era posible que un día hubiese podido cambiar de ideas, desde aquel momento me había vuelto anarquista para toda la vida; que no habría podido ya cambiar más que por voluntaria y baja traición o por un obscurecimiento morboso, involuntario, de la conciencia.

Mucho tiempo ha pasado desde aquella lejana primavera de 1897. Los azares de la vida y de la luchame han tenido separado de Malatesta más de una vez y por mucho tiempo. Hasta han pasado años sin cambiar una carta. Pero siempre que lo he vuelto a ver — en Londres en 1906, en Amsterdam en 1907, en Ancona de nuevo unidos por un común trabajo en 1913-14, y, en fin, ininterrumpidamente, desde 1920 a 1926 — lo he hallado siempre y visto como se me apareció la primera vez. Incluso físicamente parecía que ios años no hiciesen presa en él. En 1920, en Bolonia, lo he visto jugar luego de ardor, con mis hijos, del mismo modo que en Ancona, treinta años antes, quería jugar a la carrera conmigo o me provocaba a hacer ruido, con gran escándalo de los compañeros más viejos.

Era la suya una juventud perenne, pues su espíritu siempre joven domaba la naturaleza física. Soía decir que la vejez y también la muerte son un prejuicio, y había en esta paradoja una profunda verdad psicológica, y quizá también fisiológica, de la que fué demostración toda su larga vida. Aunque de salud frágil, siempre asía a por un mal que ya se había manifestado en él veinte años antes — Bakunin, en 1872, cuando lo conoció, no creía que pudiese vivir más que otros seis meses, los médicos no eran de opinión muy distinta —, se puede decir que Malatesta había vencido durante sesenta años el mal con su voluntad de vida. No en el sentido de quien, por medrosa preocupación de la muerte, se rodea de médicos y de medicinas; sino en sentido opuesto, de quien no cree en la muerte, tiene fe en la energía propia y es escéptico ante los artificios médicos. Su fuerza

interior, espiritual, era tanta, en suma, que constituía para él también una fuente de energía física.

Gran parte de esa fuerza le llegaba, ciertamente, de un inagotable optimismo natural suyo, que en él no fue nunca debilitado ni sacudida por ninguna desilusión, por ningún fracaso, por ningún desastre, por graves que hayan sido. Y no ha sufrido pocos y gravísimos en el curso de su existencia. También cuando, al fin, sintió de veras próxima la muerte, sus ojos veían inminentes acontecimientos de rebelión y de liberación, que había esperado siempre con fe incansable; Es ese optimismo el que —aun alcanzando a veces, en las formas exteriores de lenguaje, los extremos límites de una conmovedora ingenuidad llena de humanismo— reanimaba sus energías al día siguiente de cada derrota, como el Anteo de la leyenda, siempre que al caer tocaba la madre Tierra, y le hacía decir : «No importa; comencemos de nuevo.»

Cuando, en julio de 1926, fuí a Roma para saludarle. para huir luego de Italia en busca de aquel poco de pan y de libertad que la patria «fascistizada» me había robado, no sospeché que aquella habría sido la última vez que lo veía, tanto me parecía todavía el mismo de casi treinta años antes, menos en los cabellos ya clareados y la forma de andar un poco cansada, pero con la misma sonrisa en sus ojos vivaces y profundos para los amigos, y el mismo gesto de desdén y de dolor para la maldad de los enemigos. Y siempre en su lógica cerrada de razonamiento, siempre en aquella firme esperanza de una victoria no lejana.

Se dolía entonces de mi partida, y me aconsejaba que quedase en Italia, aun reconociendo que las razones que me impulsaban a irme eran serias y fuertes.

El recuerdo de aquel consejo reabre en mí siempre la herida de un lacerante remordimiento, aun cuando más tarde me ha escrito varias veces que había hecho

bien, que su consejo se basaba en previsiones que no se habían realizado, etc. A pesar de todo, a menudo me asalta la duda si habría sido mejor quedar, yo y tantos otros... ¡Quién sabe! Pero él no me saludó, de ningún modo, como se saluda a uno que va lejos y a quien tal vez no se volverá a ver. Al contrario.

Acompañó el abrazo de la separación con una sola palabra, la que el inquebrantable optimismo le hacía brotar del corazón, como si la separación hubiese de ser de algún día apenas y las puertas de Italia se reabriesen pronto a todos los prófugos que deambuiaban por el mundo: «¡Hasta la vista!»

Han pasado ya más de siete años. ¡No nos hemos vuelto a ver y no nos volveremos a ver ya!

¡Maldición a los tiranos que nos separaron para siempre y nos impiden el amargo consuelo de arrojar una flor sobre su tumba!

EL HOMBRE

De Malatesta queda para el conocimiento de los contemporáneos y de las generaciones futuras el vasto complejo de sus ideas y de los hechos de su vida. Es mucho todo eso y constituye por sí una amplia página de historia que no se borrará nunca. Pero lo que ha desaparecido, sin embargo, es su personalidad viviente, de la que los escritos y el relato frío de los acontecimientos, aun siendo testimonio elocuente de lo que fué, no son más que un reflejo incompleto en comparación con la que apareció a todos los que vivimos un poco de su vida y nos caldeamos ante la ardiente llama de su gran corazón.

El hombre que fué Errico Malatesta está aún vivo en su integridad en nuestro espíritu y en nuestros recuerdos. Pero la impresión que nos dejó y la influencia que ejerció sobre nosotros, ¿no se atenuarán por la obra corrosiva del tiempo? De cualquier modo, cuando nosotros y todos los que le conocimos personalmente hayamos desaparecido, desaparecerá alguna parte viviente de él. No para evitar esa fatalidad, sino para disminuir al menos su alcance, quiero intentar decir aquí lo que fue, independientemente de los hechos materiales de la vida y de las ideas que defendió en los escritos que trataré de exponer y resumir aparte. La tentativa quedará ciertamente por bajo de la realidad, pues me parece imposible revivirlo en sus aspectos más bellos, siendo demasiado débiles mis fuerzas para tal objeto. Algún otro tal vez hará mejor que yo lo que me parece necesario; pero tengo la conciencia de que al menos mi esfuerzo valdrá para completar un cuadro del que ningún pintor o fotógrafo podrán reproducir la luz que se ha extinguido para siempre.

Me viene, entre otras cosas, el temor de que mi obra sea tomada por una de las habituales apologías de partido. No es así. Me he preguntado más de una vez, incluso mientras él vivía, si habría sentido la misma admiración y el mismo cariño hacía el hombre si éste hubiese tenido ideas políticas diversas de las mías; y aunque me era difícil separar la persona de su pensamiento, siempre me he respondido que mis sentimientos respecto a él, de haberlo podido conocer tan íntimamente, habrían sido los mismos. Y la prueba de que estos sentimientos míos no pecan de parcialidad está en el hecho que las cualidades morales de Malatesta han afectado y conquistado a todos los que han tenido ocasión de acercarse a él no demasiado superficialmente, no importa que estuviesen muy lejos de sus ideas, de su posición política y de sus condiciones sociales. En más de una ocasión hasta los enemigos más encarnizados se sintieron forzados al respeto ante él; incluso los

malvados, al contacto con él, aunque por instantes fugaces, hubieron de sentirse mejores.

LA BONDAD DEL HOMBRE

No se puede comprender de lleno, en efecto, el pensamiento y la acción de Malatesta si no se tiene presente, en el propagandista y en el militante, la bondad del hombre. A pesar de algunos disentimientos, más teóricos que prácticos, que pueden haberlo separado en ciertos momentos de algunos, era verdaderamente el hermano de corazón de cuantos, como él, pueden ser llamados — como los llamó Pietro Gori — los «héroes de la bondad»: Eliseo Reclus, Pedro Kropotkin, Luisa Michel y otros menos conocidos, incluso enteramente ignorados la mayor parte, a veces incultos y hasta analfabetos, como hemos conocido tantos en el mundo revolucionario (no exento, sin embargo, de fealdades y de bajezas), todavía ciertamente demasiado pocos, pero bastantes ya para honrar a la humanidad y hacer confiar en sus mejores destinos futuros. Bondad, no debilidad ni ceguera, que es la mejor suscitadora de todas las rebeldías benéficas contra las tiranías y las miserias sociales.

Era, la de Malatesta, una bondad viril unida a un carácter inflexible y resuelto, que no se esfumaba en palabras inútiles, sino que se sentía en cada una de sus manifestaciones habladas o escritas, como se siente también a la sombra el calor del sol. Cuando hablaba a las muchedumbres, lo que hacía penetrar su razonamiento e incitación en las masas que acudían a oírlo y promovía el entusiasmo, a pesar de la desnudez literaria de su elocuencia, era precisamente, junto a la seriedad de las cosas dichas, el gran sentimiento de amor que se percibía bajo todas sus palabras. Así, cuando en las conversaciones privadas se esforzaba en convencer a alguno para atraerlo a sus ideas, el interlocutor era vencido sobre todo por aquel sentimiento que despertaba las mejores cualidades del alma y producía una consoladora fe en sí mismo y en los hombres.

Naturalmente, los escritos de Malatesta no tenían la misma eficacia de la palabra hablada, a la que daban luz y calor la mirada aguda, de firmeza y dulzura a un tiempo, la voz y el gesto tan expresivos y afectuosos. Pero también los escritos tenían — y la conservan por fortuna también hoy que él no existe ya — una eficacia persuasiva extraordinaria, no sólo por su claridad, sencillez y concisión, sino también por el alto e inagotado amor humano que forma su substratum espiritual, sin necesidad alguna de aquel verbalismo sentimental que no es más que la ostentación artificiosa de la bondad. La íntima bondad se revela allí sobre todo en un razonado y razonable optimismo que da al lector una impresión de seguridad y de confortamiento al mismo tiempo, aun en contacto con la realidad contingente más dolorosa.

Debo insistir en la naturaleza batalladora y en los efectos energéticos de la bondad de Malatesta, para que no se confunda con la pasiva y resignada que llega a ser culpablemente indulgente con los malvados y con los tiranos. El sabía odiar el mal tanto como, amar el bien; el odio, solía decir, es a menudo una expresión de

amor, aun agregando que es el amor y no el odio el verdadero factor de la liberación humana.

La bondad innata en él era por tanto arma de lucha, instrumento de revolución, fermento de rebeldía. Lejos de velarla ante las necesidades más duras de la acción revolucionaria, la aceptaba con ánimo resuelto y la afirmaba con intransigencia inexorable. Pero quedaba siempre alerta en él, resurgiendo tras cada áspera lucha, consciente del fin humano de la lucha, confundiendo en la misma bondad superior a los vencidos y a los caídos de todas partes. Y esto era tan evidente y sincero en todos sus actos y palabras, en especial para aquellos que estaban bajo la influencia directa de su vecindad, que desarmaba a su alrededor todas las prevenciones malévolas y todas las hostilidades partidistas de los que no eran canallas con matrícula o desgraciados pagados para el objeto preciso de atacarlo y difamarlo.

Se podría contar una cantidad de episodios, algunos curiosos y otros conmovedores sobre la influencia ejercida por Malatesta en los ambientes más diversos, hasta sobre personas de las más altas clases sociales y más alejadas de sus ideas y de sus propósitos, con las cuales los casi afortunados de la vida le hicieron tropezar. Los periódicos construyeron una vez toda una estúpida novela conspirativa sobre el simple hecho de la impresión profunda producida por Malatesta sobre la ex reina de Nápoles, María Sofía, y sobre la estima personal que ésta le tomó cuando la casualidad hizo que le conociese.¹ El conocido escritor político y gran periodista inglés William Steed testimoniaba a Malatesta la más alta consideración y hablaba de él abiertamente como de uno de los italianos más interesantes de su tiempo. Su influencia humana se ejercía hasta sobre los jueces, sobre los carceleros y sobre los agentes de policía encargados de condenarlo, de custodiarlo y de vigilarlo.

En el curso de la narración de su vida, que haré luego, tendré oportunidad de señalar algunos de los episodios más característicos, a que he aludido, de esta influencia de la personalidad de Malatesta. Recuerdo aquí haber visto una vez, en el proceso de Ancona, de 1898, las lágrimas en los ojos de algún magistrado y de algún carabinero, mientras hablaba él a los jueces del amor y de la familia. En 1898, un juez de instrucción — un tal Alipio Alippi, católico y reaccionario, muerto luego como consejero de casación —, durante un interrogatorio en la cárcel, me habló incidentalmente de Malatesta, a quien había conocido por razones de oficio en Ancona algunos meses antes, y me declaró que, si todos los anarquistas hubiesen sido como Malatesta, la anarquía habría podido ser una realización de la palabra de Cristo. Lo mismo, al respecto, me decía un modesto policía que me había detenido en Bolonia en 1920, confesándome con gran secreto su entusiasmo por Malatesta. «¡Ah, si todos ustedes, los anarquistas, fuesen como él, entonces...!» Y sé que en Ancona, en 1913-14, los guardias encargados de vigilar día y noche la puerta de la casa de Malatesta, le preguntaban a veces por

¹ A. Borghi (*Errico Malatesta in 60 anni di lotte anarchiche*, Nueva York. 1933, págs. 139-140) señala un artículo en *La Stampa de Turín*, escrito por Benedetto Croce, reproducido después en el libro de éste. *Uomini e cose della vecchia Italia* (Bari, 1927). en el que se divaga sobre una intriga entre Malatesta, María Sofía y un tal Insogno, agente de la ex reina: «en 1904... para libertar a Bresci, regicida de Umberto de Saboya». Baste recordar que Gaetano Bresci se había suicidado (o fué asesinado) en el presidio de Santo Stefano en 1901, es decir, casi tres años antes.

la tarde si no se escaparía hasta la mañana, y luego se iban tranquilamente a casa, diciendo a algún vecino : : «Un hombre tan bueno como él no puede hacer nada malo».²

Creo que está vivo aún en Bolonia el recuerdo de un mitin de Malatesta en San Giovanni, Persiceto, en la primavera o en el verano de 1920. El pequeño teatro de la ciudad estaba ya repleto, y el público no ocultaba su desdén por la presencia de una patrulla numerosa de carabinieri al mando de un teniente, llegados de Bolonia, armados hasta los dientes, en servicio de seguridad pública, que se habían alineado a lo largo de una pared lateral de la platea. ¡Parecía una provocación! Una insignificancia podía precipitar una tragedia. Llegó Malatesta y alguien le preguntó si no era el caso de exigir la salida de la fuerza pública. «No respondió Malatesta —, dejadlos tranquilos; también hablaré para ellos.» Y comenzó en efecto a hablar de las condiciones de miseria de las familias campesinas del mediodía de Italia, entre las cuales se recluta, bajo el impulso del hambre, la mayoría de los carabinieri y agentes de policía. Evocó las figuras dolientes de las madres lejanas que esperan, ayuda y noticias de los hijos, cuyos peligros presienten vagamente. Y luego pasó a hablar de las otras madres obreras de los centros más adelantados, también ellas temblando por no ver volver a casa a los propios hijos que han ido a un mitin o a una demostración... Por la sala pasaba el estremecimiento de los dos dolores que se fundían en una sola y única nota de desgarradora humanidad. En el silencio los oyentes palidecían, sin odio alguno ya; los más pálidos parecían a todos los carabinieri, en los ojos de los cuales se leía claramente un sentimiento por completo nuevo, tal vez, para aquellas almas. De golpe se vió al teniente hacer un breve gesto a su tropa; y ésta, alineada, vuelta la espalda al palco del orador, desfiló en un instante hacia fuera. El teniente se había asustado tanto de la impresión que las palabras de Malatesta causaban en su gente, que había creído más prudente hacerla salir y dejar que el mitin se desarrollase sin vigilancia alguna.

No insisto más. Pero es preciso agregar que Malatesta, aun cuando le ocurría que suscitaba sin buscar las muchas simpatías en los ambientes más lejanos del suyo, su gran amor a la humanidad lo concentraba entero sobre los humildes, sobre los desheredados, sobre los pobres, sobre los débiles, sobre los indefensos, sobre las víctimas de toda especie, sin distinción, del actual sistema social. Recuerdo cómo un día se levantó indignado, en mi presencia, contra un compañero, haciéndolo enrojecer y callar, porque éste se había permitido hablar con poca consideración de una pobre prostituta. Y demostraba, no sólo con las palabras y los escritos, sino también con los hechos, su sentimiento de solidaridad con los infelices, donde, y siempre que se le presentase la ocasión. Se prodigaba sin medida, daba sin contar, del modo más sencillo y espontáneo, como la cosa más habitual. Por ejemplo, todos saben que los últimos años, bajo el régimen fascista, vivía en estrechez y sólo gracias a la ayuda de los compañeros del exterior. Pero tal vez nadie sabe que aquellas ayudas le daban manera también de auxiliar a

² No se crea que exagero. Algo semejante ocurría con las guardias que vigilaban a Pietro Gori poco tiempo antes de su muerte en 1911. Por lo demás, se trata, como se comprende bien, de excepciones, pues es también verdad que en el mismo año 1914 en Ancona, y más tarde en Milán. Piacenza. Florencia, etc., en 1920, fueron vistos carabinieri y policías disparar encarnizadamente desde lejos, pero en dirección a Malatesta, con la evidente intención de asesinarlo.

los demás, y que, no raramente, alguna suma que se le enviaba pasaba otra vez la frontera, en socorro de algún prófugo lejano sobre cuya miseria había sabido.

Sentía la desventura ajena como la propia — y, téngase presente, no sólo la de los compañeros de fe —; los desventurados tenían su solidaridad pronta e instintiva por encima de todo sectarismo y espíritu de parte.

Quiero relatar aquí un episodio contado no recuerdo ya en qué periódico, por el viejo anarquista francés L. Guérineau, de la época en que éste se encontraba prófugo en Londres con Malatesta. Una vez, en un momento de crisis, los amigos aconsejaron a Malatesta que tratase de ganar algo revendiendo pastas por las calles y las plazas. Así lo hizo; se procuró un carrito de mano, se procuró dulces de poco precio de un mayorista, y adelante... Pero el primer día, mientras estaba en una *square* de la ciudad densa de gente, con sus pastas de muestra, se le acercó un niño mal vestido que le pidió una de regalo. Se la dió de inmediato, con una caricia afectuosa. Poco después se vió rodeado de una infinidad de niños pobres de la vecindad, entre los cuales se había esparcido en un instante la noticia de la generosidad del vendedor de pastas, y distribuyó gratuitamente tantas que al fin toda la mercadería quedó agotada. Naturalmente fué el principio y el fin de aquel género de negocios...

Algún día después Kropotkin, que no sabía nada del desenlace, preguntó a Malatesta cómo andaba con su nuevo comercio. «La clientela no me faltaría — respondió éste sonriendo —, pero me faltan los medios para procurarme mercaderías.»

Tanta bondad — no esta sólo, naturalmente — era para él anarquía. En una breve discusión que tuvo conmigo por carta ³ a propósito de justicia y anarquía, me escribía: «El programa anarquista, basándose en la solidaridad y el amor, va más allá de la misma justicia... El amor da todo lo que puede y quisiera dar cada vez más... Hacer a los otros lo que se quisiera que los otros os hiciesen (es decir, el máximo bien), es lo que los cristianos llaman caridad y nosotros llamamos solidaridad: en suma, es amor.»

Cómo sentía él ese ideal de amor, todos sus compañeros de fe en especial lo saben, pues para ellos el afecto de Malatesta era inmenso: una verdadera ternura, como no puede darla la familia más amorosa.

De la enorme familia anarquista, vasta como el mundo, había conocido él una infinidad de compañeros. Los recordaba a todos. reconocía a todos, aun después de una separación de decenas de años. Tomaba parte en sus alegrías y en sus dolores. En sus casas se sentía como en la propia, del mismo modo que todo compañero iba a su casa como a la propia, hasta que la continua vigilancia fascista le hizo el vacío a su alrededor. Cuando ya estaba con un pie en la tumba, sabiendo bien que la cosa había terminado para él, más que de sí se preocupaba de la enfermedad de un compañero lejano, y para estimularle y no apenarle, le escribía que estaba en vías de curación. sintiendo próxima la muerte, se conmovía ante el pensamiento del dolor que experimentarían los compañeros más queridos ; miraba las fotografías, como un amante alejado del amante, ¿Y qué eran en realidad para

³ Publicada en *Studi Sociali* de Montevideo, número 21 del 30 de septiembre de 1932.

él todos los compañeros dispersos y girando por el mundo sino su amada familia, representación de la familia humana futura auspiciada con tanta fe en el transcurso de su vida?

LEYENDA Y REALIDAD

Este sentimiento de humanidad no era en Malatesta sólo una fuerza instintiva, animadora indirecta del pensamiento y de la acción, sino que constituía el fundamento razonado de su doctrina, era la doctrina anarquista misma. Lo hemos visto en una cita precedente. Según él, para ser anarquista no bastaba la persuasión lógica y teórica que la organización capitalista y estatal de la sociedad es injusta y perjudicial para la humanidad, no bastaba la simple manifestación del convencimiento de que una organización diversa sin explotación y sin gobiernos sería posible y proficua para todos los hombres. Esto solo sería insuficiente, según Malatesta, para hacer un buen anarquista, si ante todo el anarquista no siente el dolor que los males sociales originan a los otros más que a sí mismo. Sólo ese sentimiento de dolor por los males ajenos, y la solidaridad humana que suscita y la necesidad que provoca de ponerle un remedio, pueden impulsar a la acción, hacer de un hombre un rebelde consciente, formar el anarquista completo que quiere emancipar de la miseria y de la opresión no sólo a sí mismo, sino a todos los desheredados y a los oprimidos del mundo entero.

Cuando se presenta un problema en el cual estuviese en juego una cuestión de humanidad, no preguntaba si la solución posible correspondía o no a esta o aquella fórmula de un programa, sino sólo si podía surgir de ella un bien real y no efímero, un bien para pocos o muchos que no fuese un daño para otros, aparte de los opresores y explotadores. Esta predisposición psicológica y mental explica muy bien ciertas contradicciones aparentes que los áridos formalistas y doctrinarios, especialmente si eran adversarios, han creído con gran equivocación descubrir entre las teorías afirmadas por Malatesta y ciertas expresiones y manifestaciones de su sentimiento en determinadas ocasiones penosas o trágicas de la lucha social.

Una vez, a cierto sectarismo frío que, a ejemplo de Torquemada, parecía dispuesto a sacrificar media humanidad para salvar para la otra mitad la árida fórmula de un principio, tuvo que decir: «¡Yo daré todos los principios por salvar a un hombre!» Otra vez, contra un terrorismo que se cree revolucionario porque le parecen necesarias las ejecuciones en masa para el triunfo de la revolución, Malatesta exclamaba: «Si para vencer se debiese elevar la horca en las plazas, preferiré perder!» En julio de 1921, en su proceso en Milán, terminó sus declaraciones a los jurados con algunas palabras de dolor por la lucha feroz desencadenada en el país por el fascismo, lucha «que repugna a todos y no beneficia a ninguna clase o partido». Y en las tres ocasiones no faltaron los que acusaron a Malatesta de tolstoiano o cosa peor.

Sin embargo, era Malatesta el que tenía razón. Puede darse que esta o aquella frase, tomada en sí, separada del resto del razonamiento, en especial si el momento no consentía largas explicaciones, pudiera prestarse entre los simples

oyentes a una injusta interpretación. Pero el que conocía el sentimiento íntimo de Malatesta y el complejo de sus ideas, sabía que sus palabras tenían un significado de ningún modo tolstoiano, sino perfectamente coherente con su sentimiento revolucionario y con su pensamiento anarquista, para el cual no es la humanidad la que debe servir a un principio a priori, sino que es el principio el que debe servir a la salvación de la humanidad. El principio permanecía justo para él sólo en tanto que servía a la humanidad: si su aplicación le hubiese perjudicado, eso habría significado que el principio estaba en error y se tenía que abandonar. Pero él no lo abandonaba precisamente porque lo sentía justo y humano al mismo tiempo; y sus palabras no podían ser interpretadas sino como premisa y conclusión al mismo tiempo del principio de liberación humana predicado por él toda la vida.

Pero es preciso decir, aun prescindiendo de la posible mala fe con que los adversarios pueden haber desconocido la personalidad de Malatesta, que muy a menudo han contribuido a comprender mal los sentimientos y las ideas, las leyendas que se crearon sobre el nombre en los largos años en que fué constreñido a estar oculto o en el destierro, fuera del contacto directo con todo el pueblo. La contradicción que algunos, cuando lo vieron directamente en la obra y lo conocieron, creyeron descubrir en él, era solamente entre las leyendas falsas y la realidad verdadera de su ser. Pero algunas leyendas estaban tan arraigadas ya en la opinión de muchos, que ni siquiera su presencia y sus desmentidos más categóricos conseguían deshacerlas por completo, pues, por un fenómeno nada raro, habían hallado crédito hasta entre no pocos de sus compañeros de ideas que no lo conocían personalmente y estaban dispuestos a figurárselo según las propias tendencias particulares y hasta a través de los propios errores mentales.

Una de las injusticias de que Malatesta fué víctima por muchísimo tiempo, y que en 1919-20 se agravó por todas las maldades y las ferocidades que el odio de clase suscitó entonces en contra suya, fué la leyenda que le describía como un promotor de desórdenes, como un teorizador del homicidio, como un violento en la propaganda y en los hechos, como un energúmeno sediento de sangre. Se encontrarán los rastros de ello no sólo en los periódicos conservadores, reaccionarios y policiales, sino hasta en algún periódico de ideas avanzadas. Recuerdo, entre otros, un violento e innoble artículo contra Malatesta en *L'Iniziativa Republicana* de Roma,⁴ en donde se aseguraba que provocaba por capricho tumultos sangrientos, mientras era bien evidente que éstos eran siempre provocados por la policía italiana con el deliberado propósito sea de detener los progresos del movimiento revolucionario, sea de crear una ocasión propicia para desembarazarse de un modo u otro del temido agitador.

El haber estado mezclado, desde 1870 en adelante, directa o indirectamente, en una cantidad de movimientos y tentativas revolucionarias e insurreccionales europeas, y al mismo tiempo los informes fabulosos de las policías de todos los países, que el periodismo burgués y ciertos escritores a lo Lombroso, por servilidad profesional o por ignorancia, tomaban por oro de ley, habían facilitado la difusión de la estúpida leyenda. Esto, especialmente en Italia donde, antes de 1919 y más aún antes de 1913, Malatesta era desconocido hasta de la gran mayoría

⁴ Era director de *L'Iniziativa*, según se me dijo después, un tal Armando Casalini, más tarde desautorizado por los republicanos, distanciado de su partido y convertido en un fascista. Era diputado fascista en 1924 en el parlamento italiano cuando fué muerto por un obrero romano.

de los compañeros, sobre todo de los que habían entrado en el movimiento en los últimos treinta años. Desde 1885 había vuelto algunas veces a Italia clandestinamente, es verdad, pero sólo lo veían pocos compañeros de confianza; y los más no habían oído hablar de él más que como de un personaje lejano y misterioso. En 1897 había estado diez meses en Ancona, pero casi nueve de ellos escondido; y en el poco tiempo restante no había podido ensanchar todavía fuera de las Marcas su actividad cuando ya se encontraba en prisión, después en *domicilio coatto*, luego de nuevo en el destierro.

Fué en 1913 cuando verdaderamente volvió a comenzar (después de 1885) a vivir la vida pública italiana como hombre de carne y hueso; pero también esta vez el público apenas tuvo tiempo de seguir por algunos meses su actividad no exclusivamente periodística, pues la «semana roja» y las persecuciones a que dió lugar le obligaron una vez más a dejar Italia, adonde pudo volver a fines de 1919. Así, cuando Malatesta en este último período se arrojó nuevamente al torbellino de la agitación italiana, era todavía para las masas el hombre de las viejas leyendas, no privadas ciertamente de un atractivo prestigio novelesco, pero siempre de gran impedimento para la comprensión de su personalidad y del desenvolvimiento de aquella actividad que más útil habría sido. A pesar de todo su esfuerzo en contra, una cantidad enorme de gente se obstinaba en ver en Malatesta no el hombre que era en realidad, sino sólo lo que algunos deseaban y otros temían u odiaban, acogiéndole —menos los pocos que habían tenido ocasión de conocerle mejor y fuera del tumulto de las reuniones públicas— la vieja y falsa leyenda de violento y factor de los más inconsultos desórdenes.

Sin embargo, toda la vida pasada de Malatesta, la verdadera y no la de las novelas policiales y periodísticas, era todo un desmentido de la leyenda que se creó en torno suyo. En todos sus actos, palabras y escritos había mostrado siempre, y lo ha mostrado luego hasta el fin, que era guiado sobre todo por aquel alto y puro amor humano que he intentado ya iluminar más arriba, por el criterio de la mayor coordinación posible de los esfuerzos, por el deseo de evitar a sus semejantes sufrimientos y dolores, por la intención de ahorrar lo más que se pueda la sangre y la vida no sólo de los amigos, sino hasta de los enemigos.

Ciertamente, Malatesta fue del modo más completo un revolucionario — y, por tanto, factor de aquella especie de «desorden» temido por los reaccionarios, que es el desorden inicial de toda revolución, no inconsulto, sino consciente preparador de un orden superior —, como lo han sido tantos hombres universalmente conocidos por su bondad a través de los siglos, pero que acompañaban la bondad de una clara visión de la realidad, para quienes la violencia insurreccional se imponía a ellos como necesidad imprescindible, como un sacrificio que había que afrontar para liberar a los hombres de sacrificios mucho mayores y de males y dolores incomparablemente más graves, sangrientos y letales.

Una vez llegado a la conclusión de la necesidad de la revuelta y de la revolución, Malatesta no disimulaba las consecuencias, y desdeñaba las sutiles distinciones e hipocresías de los politicantes, diciendo íntegramente su pensamiento; pero este pensamiento, si se le toma íntegro y no se especula con mala fe sobre alguna frase aislada insignificante, es la verdadera negación de todo sistema de violencia.

EL ORADOR Y EL ESCRITOR

También su propaganda, incluso en la exposición de las ideas más radicales y en el patrocinio de los hechos más enérgicos de rebelión y de acción insurreccional, era en la forma y en el modo de expresión algo muy distinto de la truculencia y de la violencia. Recuerdo todavía la impresión que tuve, jovencito, al sentir la primera vez su conferencia — en 1897, en Porto San Giorgio (en las Marcas), cuando todavía estaba escondido en Ancona y se presentaba bajo otro nombre. Lo había conocido hacía poco, y la leyenda de su terrorificidad influía todavía sobre mí. ¡Qué desmentido tuve! La exposición de las ideas, el razonamiento, fluían de los labios del orador; el sentimiento que le animaba se comunicaba a los oyentes a través de las palabras, el gesto sobrio y sobre todo la expresión de los ojos vivaces. El auditorio permanecía encadenado por aquella palabra sencilla, espontánea, como en una conversación de amigos, sin pretensiones pseudocientíficas, sin paradojas, sin violencias verbales, sin invectivas, sin acentos de odio, distante de toda retórica tribunicia.

Desde entonces, a distancia de años, hasta el último, lo he sentido siempre el mismo. Hablaba el lenguaje del sentimiento y de la razón al mismo tiempo; jamás el del rencor y de la venganza. Hablaba a la inteligencia y al corazón, hacía pensar y conmovía; no se dirigía a los nervios con el solo objeto de excitarlos. Lo que no quiere decir que no supiese hallar en caso oportuno magníficos acentos de ira contra los asesinos y contra los traidores del pueblo; y tales acentos eran entonces tanto más eficaces cuanto menos habituales, ni que su palabra no se elevase a veces a las más altas cimas de la inspiración del apóstol. Una sutil ironía producía a veces la sonrisa en los labios de los oyentes, y otras veces en cambio palabras de dolor y de piedad arrancaban sus lágrimas. En las controversias, además, aparecía invencible; no le desviaban las interrupciones, y también ellas le proporcionaban otros argumentos para confundir al adversario, el cual parecía salir triturado por su dialéctica persuasiva y convincente, accesible a todos. Todavía se recuerda en Romagna por los viejos una controversia suya con Andrea Costa (en Ravenna, en

1884), después de una larga sesión de la cual hubo que postergar la continuación para el día siguiente; y al día siguiente... Costa se había marchado ya de la ciudad.

Era esta la oratoria de Malatesta más eficaz en la propaganda anarquista. En mi opinión era más propia para las conferencias expositivas, sea teóricas como de método, de didascalia revolucionaria, de crítica y de historia, y sobre todo polémica; menos apta en cambio en los comicios de plaza, donde las muchedumbres exigen muchas palabras excitantes y menos substancia de ideas. Y si en los mítines tuvo también acogidas calurosas, fué tal vez más por su nombre, por las cosas que decía diversas de los otros y por el momento en que las decía, más que por un verdadero y propio éxito de su género oratorio. El público del montón, y aquellos mismos compañeros que más aman las palabras y la retórica a base de fuegos de artificio, no ocultaban a veces un cierto sentido de desilusión, después de un acto en que había intervenido Malatesta. Cuando sentían demasiado

poco satisfecho por él su anhelo de carnicerías verbales, demasiado pocas invectivas y en cambio oían afirmaciones realistas y razonadas, y lo comparaban con el que antes y el que después de él habían evocado todas las palingenias del apocalipsis, creían que ese tono daba prueba de una inferioridad de Malatesta. Y algunos se decían al oído : «¡Nosotros esperábamos mucho más!» ¡Ay, eso que ellos esperaban no eran más que vanas palabras, sustituyendo a los hechos de que tal vez huían!

Creo que uno de los más graves errores de tantos anarquistas italianos en 1920 ha sido — y Malatesta mismo convino en ello más de una vez — el de no haber cortado a tiempo la serie de mítines de repetición incesante — utilísimos en un primer momento, pero derroche dañoso de energías luego —, y el haber obligado y arrastrado sin tregua del uno al otro a Malatesta, forzándolo a un género de actividad para el cual era menos apto y en el cual aparecía menos eficaz que muchos constructores de frases, y el no haberle hecho dar en cambio más que muy pocas de sus admirables conferencias expositivas y didácticas, en las que habría podido mucho mejor enseñar metódica y completamente lo que había que hacer para la revolución y en la revolución, e imprimir con ellas al movimiento una orientación más eficaz, un impulso más anarquista, más serio, más duradero.

Ciertamente, en aquellos comicios Malatesta debía conceder algo al ambiente, uniformarse un poco con el género en boga; sin embargo su oratoria era siempre de un lenguaje el menos violento entre los oradores revoicucionarios que entonces pululaban. Tampoco será inútil sobre esto otro recuerdo: el del último gran comicio en que lo he escuchado en Bolonia, en defensa de las víctimas políticas, en octubre de 1920. También entonces habló como de costumbre, lleno de pasión y de razón al mismo tiempo, pero tranquilo, con una exacta percepción del momento crítico, sin estridencias inútiles ni frases altisonantes e incendiarias; lo que, por lo demás, hizo también el otro orador anarquista del acto. ¡Pero qué violencias increíbles proclamaron otros oradores, especialmente los socialistas, y más que todos un joven profesor que, ni siquiera dos meses más tarde, debía inclinarse del modo más humillante al turbio astro naciente del fascismo! Sin embargo, de todos los oradores de aquel mitin, Malatesta fué el único arrestado, pocos días después, y su discurso de Bolonia figuró en el subsiguiente proceso de

Milán entre los principales motivos de acusación contra él.

Mucho de lo que he dicho del Malatesta orador, tendría que repetirlo del escritor. He hablado ya del substratum psicológico de bondad de sus escritos, e incidentalmente de su claridad, sencillez y concisión. Tienen el gran mérito de hacerse leer con gusto, aun cuando traten las cuestiones menos actuales y apasionantes, porque Malatesta toma de ellas el aspecto más humano y más en relación con los intereses generales, y al mismo tiempo con los particulares de aquellos a quienes se dirige, tocando las fibras más íntimas del alma y al mismo tiempo conquistando las mentes con la lógica más cerrada del razonamiento. Se pone pronto al unísono con el lector, hablándole el lenguaje del buen sentido, fácil y convincente, sin sombra de aquella especie de aplastamiento intelectual que ejercen habitualmente los escritos de los doctrinarios que predicán desde lo alto. El que lo lee tiene casi siempre la impresión de ver expresar su propio pensamiento, o bien ideas muy diversas de las propias pero no fuera de la común

realidad humana, hasta tal grado esas ideas son dichas con naturalidad, de igual a iguales, como si fuesen verdades perogrullescas y aceptables por todos.

Como se llenaban las salas y las plazas al anuncio de que él hablaría, así todo periódico o revista hechos por él alcanzaban pronto la mayor difusión y tenían el mérito de salir pronto del ámbito de los ya convencidos, en el cual casi siempre tienen el defecto de quedar confinadas las publicaciones habituales de propaganda. Casi todas las ediciones de sus conocidísimos folletos se han agotado siempre en el más breve tiempo, reimpresos centenares de veces en todas las lenguas. No sólo su influencia personal y la eficacia de su propaganda oral, sino también el modo de desarrollar la propaganda con los escritos, explica cómo poco después de publicar en un lugar dado un periódico suyo, poco a poco el ambiente se elevaba y templaba, los anarquistas se multiplicaban, el espíritu revolucionario crecía y se agitaba como una marea, y no raramente, como por la acción de una palanca oculta, se determinaban movimientos colectivos importantes, antes aun de que el mismo Malatesta lo esperase.

No se tropieza nunca con una actitud profesoral o de cátedra en la prosa de Malatesta; ninguna rebusca de efectos literarios, ni elucubraciones doctrinarias, ni ostentaciones culturales: ninguna palabra «difícil» de la jerga científica y filosófica, ni citas de autores. Esto le perjudicaba tal vez un poco entre aquella categoría especial de lectores a quienes el comprender bien y pronto lo que leen les hace el efecto de hallarse frente a un escritor sin profundidad u originalidad, y que descubren originalidad y profundidad sólo en lo que no logran comprender o comprenden trabajosamente, aun cuando dentro no haya en substancia más que banalidades comunes o incluso el vacío más profundo enmascarado por la más grandilocuente fraseología. Pero era objetivo de Malatesta también reaccionar contra esta tendencia a la obscuridad del lenguaje en la propaganda; y por otra parte su éxito al penetrar en ambientes nuevos y al hacer prosélitos entre los trabajadores de gustos más sencillos y menos maleados por cierto intelectualismo tan falso como barato, le compensaban con usura de la incontentabilidad de los pocos amantes del bello escrito incomprensible. Le gustaba sobre todo hacerse comprender, y hacerse comprender del mayor número de lectores; y lo conseguía admirablemente, afrontando los problemas más arduos y exponiendo los conceptos más altos del modo más preciso y claro, con una sencillez que no tenía nada que ver con el simplismo.

Como verbalmente en las controversias, así en la polémica escrita se hallaba en su elemento. La larga discusión, que duró casi un año, en las columnas de *L'Agitazione* de Ancona (1897), con su viejo amigo Merlino que se había convertido a la táctica parlamentaria, es un modelo del género. Las numerosas polémicas suyas con los socialistas, con los republicanos, con los masones, con los sindicalistas, con las diversas corrientes anarquistas que no compartían todos sus puntos de vista, etc., son un ejemplo de cómo es posible discutir con todos, defender las propias ideas y criticar las ajenas, con toda serenidad, con cortesía digna, respetando al adversario y sin necesidad de suponerlo a toda costa de mala fe —, aun poniendo enérgicamente en su lugar al que sobrepasase primero los límites de la corrección o mostrase demasiado evidente la insinceridad o algún segundo fin deshonesto. Tuvo que polemizar en más de una ocasión con Andrea Costa, con Bissolati, con Frampolini, con Zibordi, con Cipriani, con James

Guillaume, con una infinidad de compañeros y, menos que al comienzo de la discusión con el primero, la discusión no se volvió nunca violenta. Recuerdo que, después de un breve debate, entre *La Giustizia* de Reggio Emilia y *Umanità nova*, en el verano de 1920, el redactor de la primera podía cerrar la discusión con una carta privada muy cortés que acababa saludando al «querido Malatesta» con el lema augural: «Giustizia e... Umanità nova!».

Malatesta conducía la discusión y el razonamiento, con el método que los pedagogos llaman «socrático», a tal grado de finura que no me parece que haya sido alcanzado por otros, al menos entre los escritores modernos y de cosas políticas y sociales. Su dialéctica — uso esta palabra en el sentido normal de arte de razonar y no en el extravagante y variable que le han dado los sofistas antiguos y modernos — se elevaba bajo su pluma y se volvía tan cerrada que el adversario quedaba tomado como en una prensa, y el indiferente o dudoso, oyente o lector, absorbía (por decirlo así) las ideas casi sin darse cuenta de ello. Es lo que dió el mayor éxito proselitista a sus escritos de propaganda en forma dialogada, de los cuales el más célebre es el folleto *Entre campesinos*.

La literatura del diálogo no es ciertamente la más fácil, especialmente cuando el diálogo se desarrolla en torno a cuestiones generales más o menos teóricas. Sin embargo, esa es la forma literaria clásica de todos aquellos —desde Sócrates y Platón hasta Bruno y Galileo— a quienes la pasión ideológica, científica o política ha excitado en todos los tiempos a difundir en torno suyo, y a llevar con la pluma, entre los vecinos y los lejanos, lo que ellos creían la verdad y en lo cual tenían fe. También Malatesta ha adoptado la misma arma de propaganda, alcanzando el máximo de eficacia, no privada de belleza literaria. Estoy seguro de que en el porvenir, cuando las iras y pasiones de parte cieguen menos, los diálogos de Malatesta serán altamente apreciados aun entre aquellos que son y permanecerán contrarios a las ideas en ellos propagadas.

¿EL LENIN DE ITALIA?

A propósito de la actitud malatestiana frente al problema de la violencia, debo agregar alguna otra cosa, que contribuirá a iluminar mejor la figura del hombre. Más adelante trataré de exponer ordenadamente las ideas de Malatesta, y por tanto también las relativas a la violencia. Aquí me limito a decir el germen de su pensamiento al respecto: que nadie tiene derecho a imponer por la fuerza, con la violencia o la amenaza de la violencia, a los otros, bajo ningún pretexto (ni siquiera con el de hacerles el bien), las propias ideas, el modo de vivir y organizarse, los sistemas, las leyes, etc. Y de esto deriva la lógica consecuencia del derecho de los pueblos y de los individuos a rebelarse contra los gobiernos y los patronos, que, en substancia (decía), es un «derecho de legítima defensa» contra las imposiciones coercitivas de los segundos, que ejercen sobre los primeros su opresión y explotación por medio de la violencia y con la amenaza de la violencia o, lo que es lo mismo, con la presión del hambre. De aquí la necesidad de la violencia

revolucionaria contra la violencia conservadora de la actual organización política y económica de la sociedad.

Malatesta no separaba, sin embargo, esta necesidad del uso de la violencia de su premisa de la negación de la violencia coercitiva — al contrario de lo que hacen todos los revolucionarios —. No creía útil siquiera ahora, incluso lo reputaba el peor mal, violentar la libertad ajena para doblegarla a la propia, a los propios métodos, a la propia disciplina especial. La revolución deberá liberar al pueblo de todas las imposiciones gubernativas y patronales, no crearle imposiciones nuevas. Y la misma libertad para todos reclamaba desde hoy, sea en la órbita del movimiento revolucionario, sea en las relaciones con el ambiente externo. La revolución se hace, no podría ser de otro modo, «con la fuerza», pero no puede ser hecha hacer «por la fuerza».

Pero estas ideas se encuadraban tan poco y mal en la leyenda del Malatesta «jefe» de complotos y de tumultos, a que más arriba he hecho en parte alusión, que a su llegada a Italia, en 1919, no fueron pocos los que en todo campo se apresuraron a ver en él — los reaccionarios temiéndolo y los revolucionarios esperándolo —, el «Lenin de Italia». Por mucho que el apelativo, en especial entonces, pudiese parecer lisonjero, puso de inmediato en el mayor embarazo a Malatesta y le hizo temer también una peligrosa desviación de ideas entre sus compañeros, pues hasta algunos de éstos habían dejado escapar de los labios o de la pluma algunas expresiones al respecto. Un anarquista italiano, prófugo en América del Sur, Aldo Aguzzi, hubo de contar tiempo atrás, en una conferencia suya en Montevideo, inmediatamente después de la muerte de Malatesta, el episodio de su primer encuentro con éste, que se liga directamente a lo que voy diciendo. Merece la pena que lo refiera lo más textualmente que me sea posible:

«Yo era entonces un muchacho, salido hacía poco tiempo del Partido socialista junto a todos «los socios del círculo juvenil de Voghera, con los que habíamos fundado, fuera del partido, un «grupo juvenil subversivo») No éramos anarquistas, sino algo semejante a lo que son todavía muchos comunistas, es decir, adversarios de los reformistas y entusiastas de Rusia. Me creía ya «casi anarquista», pero en realidad no sabía sino muy poco de anarquía, pues se puede decir que la única diferencia que veía entre un anarquista y un socialista, era que el primero quiere la violencia y el otro, no. Era necesario decir esto para explicar lo que ocurrió en mí.

» A principios de 1920 vino a Voghera, llamado por el grupo anarquista local, Errico Malatesta con otros compañeros suyos (Borghi, D'Andrea, etc.). Malatesta habló en un salón de las escuelas elementales. Se me pidió que le presentara y lo presenté saludando en él al Lenin de Italia, al que, superando a los socialistas, nos conduciría a la revolución como en Rusia. Después de mi charla subió él a la tribuna, agradeció al público que no cesaba de aclamarlo... con el título que yo le había endilgado y, después de haber tratado de muchas otras cosas, en un cierto punto se puso a hablar de la definición que yo había hecho de él. En verdad no me trató mal, incluso me hizo algún cumplimento; pero explicó que no podía, no quería ni debía ser un Lenin. En resumen, por lo que puedo resumir a doce años de distancia, teniendo en cuenta también la confusión mía en aquel momento, he aquí lo que dijo:

»— El muchacho que me presentó debe ser sincero y entusiasta y tal vez ha creído causarme un placer diciendo que soy vuestro Lenin. Creo que no es anarquista, como no lo seréis seguramente cuantos habéis acogido su grito. Él y vosotros sois revolucionarios, comprendéis que los viejos métodos reformistas no valen ya, tal vez habéis perdido la fe en vuestros jefes socialistas, y entonces buscáis un hombre que os inspire confianza y os lleve a la revolución. Muchas gracias por la confianza, pero os equivocáis. Tengo todo el deseo de hacer vuestro bien y también el mío, pero soy un hombre como todos los demás, y si me convirtiese en vuestro jefe no sería mejor que aquellos que ahora repudiáis. Todos los jefes son iguales, y, si no hacen lo que vosotros deseáis, no es siempre porque no quieren, sino también porque no pueden. Tratándose además de la revolución, ésta no es un hombre el que puede hacerla: debemos hacerla todos juntos.

Yo soy anarquista, no quiero obedecer, pero sobre todo no puedo mandar. Si me convirtiese en vuestro Lenin como desea aquel «muchacho», os llevaré al sacrificio, me haré vuestro amo, vuestro tirano; traicionaré mi fe, porque no se haría la anarquía, y os traicionaré a vosotros, porque con una dictadura os cansaríais de mí, y yo, vuelto ambicioso y tal vez convencido de cumplir un deber, me rodearía de policías, de burócratas, de parásitos, y daría vida a una nueva casta de opresores y de privilegiados por la cual seríais explotados y vejados como lo sois hoy por el Gobierno y por la burguesía.

Recuerdo que Malatesta dijo también: «Si realmente me queréis, no tenéis que desear que me convierta en vuestro tirano». Pero muchos detalles y frases se me escapan ahora. Luego explicó cómo se debía «hacer» la revolución. Recuerdo entre otras cosas que habló de «ocupar las fábricas», de armamento del pueblo, de constitución de núcleos armados, etc., expresándose con calma, con más calma que los propios reformistas del lugar... A decir verdad, el público quedó un tanto desilusionado (y un poco también yo) porque Malatesta no respondía al tipo que se había imaginado. Pero el hecho es que, después de aquella conferencia, yo había comprendido lo que era la anarquía y lo que quieren los anarquistas, y me hice uno de ellos...»

Este episodio, semejante a tantos otros — repito que por un instante la leyenda del «Lenin de Italia» tuvo curso incluso entre algunos que habían sido y se creían anarquistas —, muestra muy bien el equívoco originado por la incomprensión de la personalidad y de las ideas de aquellos que estaban fuera del ambiente más estrictamente suyo. Este equívoco, por la fuerza del contraste, provocó en muchos el paso de una incomprensión a la incomprensión opuesta. Cuando finalmente Malatesta logró hacer comprender lo diverso que era de lo que tantos creían, por un lado los reaccionarios y los enemigos de mala fe vieron en el Malatesta real una ficción y lo atacaron con violencia inaudita como a un lobo que se vistiese con la piel del cordero;⁵ por el lado opuesto, los revolucionarios más afectados por el autoritarismo y los amantes de la violencia por la violencia, los

⁵ Recuerdo, entre otros, un canallesco y virulento artículo titulado «El absuelto», después del proceso de Milán de 1921 — naturalmente, no firmado —, en el periódico conservador *L'Arena*, de Verona (31 de julio de 1921).

bolchevistas y los bolchevizantes, lo creían cambiado y vieron en él, como hemos dicho ya, un tolstoiano. La prensa comunista bolchevista, que en un primer período lo había cubierto de flores, acabó con su habitual fraseología estereotipada hablando de él como de un contrarrevolucionario, pequeño-burgués, etc.

Sin embargo, Malatesta era siempre el mismo. Si había un hombre en Italia que podía, después de cincuenta años de lucha constante, repetir el elogio del poeta Giuseppe Giusti: «no me he doblegado ni vacilado», era él. Sus palabras de los mítines de 1920 eran las mismas de toda su propaganda pasada desde el año 1872. Aquel «pequeño-burgués» había combatido medio siglo a la burguesía pequeña y grande, y se había ganado siempre su vida como obrero con el sudor de su frente. Aquel viejo «contrarrevolucionario» no había hecho otra cosa desde niño que propagar y preparar la revolución. Aquel «tolstoiano» había sido y continuaba siendo el predicador de todas las rebeldías, invitaba a los obreros a ocupar las fábricas y a los campesinos las tierras, incitaba «con calma» al pueblo a armarse y a los revolucionarios a preparar las bandas armadas, y (hoy que ha muerto se puede decir) donde ha podido, hasta el último momento, no se limitaba a incitar a los otros, sino que ponía él mismo las manos en la masa, no mezquinando a los voluntarios ni su ayuda ni su participación directa.

EL HOMBRE DE ACCIÓN

El lema de Giuseppe Mazzini «pensamiento y acción» fué encarnado magníficamente por Errico Malatesta. No sabré decir si él habría aceptado la fórmula, dada su antipatía por todas las fórmulas; pero si es verdad que en la concepción malatestiana el pensamiento y la voluntad preceden a la acción, es también verdad que ha tratado siempre y sobre todo de ser hombre de acción, de solicitar a su alrededor la acción — preferiblemente la acción de masas, que creía más necesaria, pero incansablemente también, dado que aquélla no es siempre posible, la acción de grupos e individual.

La idea para él no vivía más que a través de la acción: no de la acción objetivo de sí misma, se entiende; no los ímpetus descompuestos de muchedumbres exasperadas que se vuelven después de un momento de ira más pasivas que antes, ni las violencias ciegas de desesperación individual sin un punto de mira justo y definido — comprendía todo esto y hallaba su explicación y la atenuante de la injusticia social provocadora, pero ni lo quería ni lo aprobaba —, sino hechos del pueblo o de los individuos movidos por una voluntad premeditada de hacer el bien, guiados por la razón y por un sentimiento superior de humanidad. Pero que fuesen hechos y no solamente palabras, acción y no vana academia.

No quiero anticipar aquí lo que tengo intención de decir más ordenadamente luego, al pasar reseña a los hechos de su vida. Baste recordar ahora que el antiguo organizador de la «propaganda por los hechos» de las bandas de Casteidemonte y de Benevento, en 1874 y 1877, continuó siempre, hasta el último instante, acudiendo a todas partes donde había esperanza y posibilidad de «pescar en río

revuelto» — según la expresión maligna de la policía internacional —, es decir, de obrar útilmente para la revolución, según sus intenciones: abiertamente donde le era posible, clandestinamente en los países de donde estaba expulsado o en los cuales tenía procesos y condenas que sufrir: en la Herzegovina insurrecta y en Serbia, levantada contra el gobierno turco antes de 1880; en el Egipto, sublevado contra los ingleses en 1883; en París, durante los movimientos del 1 de mayo de 1890 y en 1906; en España en 1892 y en Bélgica en 1893 durante las conmociones de aquellos años en los dos países; en Italia en tiempo de los motines de 1891, luego en 1894, en 1898 y más tarde participante en la «semana roja» de 1914.

Todos nosotros recordamos su presencia en todas partes, en Italia, después de la guerra, en las fábricas ocupadas como en las calles y las plazas en medio del pueblo. En 1921-22 participó activamente en todas las tentativas de acción para poner diques al fascismo, estimulando las formaciones de los *arditi del popolo* y la preparación de la última huelga general que precedió a la «marcha sobre Roma».

Ningún apriorismo doctrinario le impedía examinar todas las probabilidades que se presentasen de una acción revolucionaria sobre amplias bases, si las circunstancias le parecía que permitían explotar movimientos colaterales de gentes alejadas de sus ideas, o de desviar incluso hacia objetivos revolucionarios algún hecho de origen adverso, como la empresa d'annunziana de Fiume en 1920, con un proyecto que abandonó pronto, sin embargo, sin ocuparse más de él, en cuanto vio la insuficiencia de los elementos necesarios para superar y vencer las tendencias peores y enemigas. Pero en tales casos delicados y peligrosos sabía conservar siempre el equilibrio y las debidas distancias, y se preocupaba de obrar bajo su responsabilidad personal y sin comprometer a otros que a sí mismo, escapando a toda posible insidia de quien se le acercase con segundos fines, permaneciendo constantemente el anarquista más coherente consigo mismo, que no perdía nunca de vista ni por un minuto el fin liberador de la revolución.

La idea dominante de Malatesta era la insurrección popular, cuya preocupación le acompañaba en toda otra actividad e inspiraba todos sus criterios de táctica y de método. Como un trabajo serio de preparación en tal sentido, hecho abierta y directamente, no habría sido nunca tolerado por las fuerzas preponderantes gubernativas y burguesas, que lo habrían truncado a toda costa en el comienzo y le habrían puesto pronto fuera de combate a él mismo, Malatesta solía casi siempre iniciar simultáneamente o con anterioridad otro trabajo «de cobertura», legalmente permitido, que reclamase más la atención de todos y desviase la de la autoridad — habitualmente algún periódico y simultáneamente agitaciones públicas sobre cuestiones de interés general (encarecimiento de los víveres, domicilio coatto, víctimas políticas, libertad de prensa, etc.) —, que sirviese a los fines más comunes y vivos de la propaganda y al mismo tiempo flanquease indirectamente el otro trabajo más importante pero menos abierto, creándole un ambiente espiritual favorable entre los simpatizantes, los elementos afines y las masas en general. Se vio a menudo, por ejemplo en 1897, en 1914 y en 1920, cómo la habilidad de Malatesta sabía explotar ese sistema suyo con óptimo resultado.

De los actos de rebelión individual, aun convencido de la utilidad moral y política que los mejor dirigidos pueden asumir en momentos decisivos o por motivos especiales, pero consciente por otra parte de la gran dificultad que hay para que alcancen a reunirse las dos dotes más raras en la misma persona, la

extrema energía y la máxima conciencia, que son sin embargo indispensables, no hizo nunca propaganda incitadora en ese sentido. En sus conferencias (en los escritos hacía a veces evidentes alusiones a ello) hablaba sólo de aquellos que se producen necesariamente en el curso de una insurrección verdadera y propia. No obstante, también fuera de este caso, aun sin instigar a nadie, no disimulaba la necesidad que a veces se hacía sentir de ellos ni negaba, llegada la ocasión, su cooperación fraterna a aquellos que estaban voluntaria e irrevocablemente decididos con precisión y bondad de propósitos.⁶ Y al día siguiente no se deshacía en reservas o en negaciones prudentes, sino que testimoniaba abiertamente a los rebeldes toda la solidaridad completa y conmovida de su pensamiento y de su sentimiento.

Esta línea de conducta, de revolucionario sagaz y completo, que no dejaba escapar ningún elemento pequeño o grande de acción que pudiese influir sobre los acontecimientos en un sentido de libertad y de progreso social, halla paralelo en la historia italiana en la conducta no diferente que tuvo al respecto durante muchos años de su largo destierro aquel otro gran apóstol que fué Giuseppe Mazzini, a pesar de que posteriormente la calumnia estúpida de los enemigos y la prudencia oportunista de los amigos hayan contribuído en sentido diverso a obscurecer y disimular este aspecto todavía muy desconocido de la actividad revolucionaria del más grande artífice de la liberación política de Italia.

Para la acción, Malatesta no conocía divisiones de tendencias. Y si quería mucho a los compañeros que conocían su pensamiento en su mejor expresión, quería no menos fuertemente a los que tenían su misma pasión de revuelta, aun cuando estuviesen divididos de él por algún disentimiento de teoría o de táctica. No vaciló, a veces, en manifestar rudamente su reprobación de alguno de sus amigos próximos, cuando éstos parecieron por un momento subordinar el deber de la solidaridad con los rebeldes a consideraciones de oportunidad contingente y de frío doctrinarismo. Había ciertamente hechos de violencia que él desaprobaba y rechazaba; y si se producían decía sobre ellos claramente su juicio adverso. Pero no involucraba en la aversión apriorísticamente las personas de los autores, en los que no veía más que otras víctimas de la injusticia imperante, la verdadera y mayor responsable; y si sabía el desinterés y la bondad originaria de las intenciones, se levantaba en su defensa, sin preocuparse de la hostilidad de la llamada opinión pública, contra la venganza legal que se desencadenaba sobre ellos.

Cuando surgía la necesidad de alguna acción que le parecía indispensable, no se limitaba a aconsejarla, no le gustaba mandar a otros; obraba él mismo con los demás y como los demás. Se le vió durante los días de la «semana roja» en Ancona en 1914, y en otras ocasiones. No desdeñaba las tareas modestas o más peligrosas. Un amigo me contó que, precisamente en 1914, antes de los hechos de junio — se preveía inminente la huelga general de los ferroviarios y un posible desenlace insurreccional bastante amplio, y hubo un momento de febril y apresurada preparación de medios para no ser sorprendidos faltos de recursos —, Malatesta un día atravesó media Ancona con una valija de explosivos, bajo la mirada de los polizontes que le vigilaban. Le preguntó después si era verdad y por qué no había

⁶ Sin querer dar a esta circunstancia mayor significado que el que pueda tener, no es superfluo recordar en este punto las relaciones de amistad de Malatesta con Miguel Angiolillo y Gaetano Bresci hasta la víspera de sus actos justicieros.

confiado a otros aquel encargo. «Porque no tenía tiempo — respondió — de hacer llamar a las personas más apropiadas, y quise tener aquello a fin de que no se ocurriese a alguno servirse de los materiales preparados antes de tiempo para algún otro hecho, lo que habría arruinado todo nuestro trabajo entonces más urgente.»

Este último episodio ilustra el sentido de responsabilidad que no abandonaba nunca Malatesta, pero podría hacer pensar en una falta de prudencia de su parte. Sería un error. Los riesgos los aceptaba, pero no los buscaba sin razón; y tomaba todas las precauciones que hacía falta, sin ostentar una inútil temeridad. A veces tomaba precauciones que otros a su alrededor, no sabiendo la causa, hallaban exageradas: especialmente cuando estaba empeñado simultáneamente en alguna otra iniciativa que le interesaba más, o cuando el riesgo podía implicar a terceras personas. En realidad, no carecía de astucia para burlar las investigaciones de la policía y de la magistratura. Pero casi toda su astucia consistía en su espontánea bondad y en su carácter: aquella astucia ilustrada tan bien por Edgard Poe en una célebre novela, de esconderse lo menos posible o nada absolutamente, como cuando vivió nueve meses de incógnito en Ancona y, mientras la policía lo buscaba por todas partes, andaba tranquilamente por la ciudad, frecuentaba todos los lugares públicos e iba donde quería con la única precaución de no hacerse ver por la calle junto con los compañeros muy conocidos.

La verdad es que Malatesta, durante cincuenta años, se ha mezclado en una cantidad de hechos y movimientos pequeños y grandes de índole revolucionaria y subversiva; ha sido encarcelado una infinidad de veces, siempre bajo sospecha, a menudo procesado, pues la policía intuía su presencia efectiva en todas partes. Sin embargo, casi nunca ha sido tomado, como suele decirse, con las manos en el saco. Tal vez es el revolucionario italiano que, habiendo hecho más, fué condenado menos — dos o tres veces apenas en toda su larga vida — y también entonces injustamente, es decir, sin pruebas, y por hechos no suyos o que no constituyen delito. «He sido condenado sólo cuando era inocente!», me dijo un día bromeando, pero no sin un poco de malicia.

EL INTELECTUAL

Esta fiebre de acción que poseyó siempre Malatesta es tal vez lo que más que otra cosa lo distrajo de la dedicación a un trabajo intelectual metódico y continuado, que lo habría sin duda colocado entre los más ilustres del mundo científico y literario, según el ramo de cultura a que hubiese consagrado su inteligencia genial, y lo habría hecho mucho más conocido de lo que es hoy como teórico de primera línea del anarquismo que, no obstante todo, ha sido.

Sin embargo, no despreciaba de ningún modo las alegrías de la inteligencia y sentía a menudo una aguda nostalgia de ellas. Pero las consideraba algo así como el *otium* de los romanos de la antigua república tempestuosa, poco anterior al imperio, para quienes el verdadero trabajo era sólo el dedicado a las preocupaciones del Estado, a las guerras civiles o de conquista, a las batallas del foro, del tribunado o del senado, mientras la cultura de las letras o de la filosofía

era simplemente el grato reposo de los días de tregua entre una expedición militar a lejanas provincias y una lucha encarnizada interna contra un partido adversario. En Malatesta, el hombre de estudio era vencido continuamente por el hombre de acción. Tenía verdaderamente aquellos «diablos en el cuerpo» que Bakunín — al cual tanto se asemejaba en esa subordinación del trabajo de teorización ante el de la agitación — deseaba sobre todo en sus compañeros, colaboradores y discípulos. El gran revolucionario ruso vió eso de inmediato en él, desde el primer encuentro en 1872 con el fogoso jovencito italiano; y lo quiso y consideró como su «Benjamín», que era el nombre con que Bakunín llamaba a Malatesta en el lenguaje convencional de la conspiración.

Malatesta había renunciado a la tranquilidad del trabajo intelectual puro desde la edad de dieciocho años, cuando comenzó a descuidar los estudios para abandonarlos poco a poco del todo a fin de dedicarse completamente a la propaganda, a la agitación revolucionaria y a la lucha, sin volverse atrás nunca, hasta la muerte. Más de una vez, en el abandono de alguna conversación íntima, cuando exponía ciertas ideas originales suyas sobre los más arduos problemas del pensamiento contemporáneo, y yo le preguntaba cuándo se decidiría a exponerlas completamente y no sólo a aludirlas al vuelo en algún artículo ocasional, me respondía: «Más tarde, cuando tenga tiempo; tú ves que ahora hay muchas cosas más urgentes que hacer». Y en verdad, el trabajo práctico del movimiento era siempre mucho, y todos nosotros sentíamos que su obra era indispensable; pero también ¡qué útil habría sido el otro trabajo, especialmente para cuando él no

existiese ya! Algunos de nosotros, entre otros con mayor insistencia Max Nettlau y Luigi Bertoni, le sugirieron a menudo que escribiese sus memorias, que habrían sido de tanta utilidad para la historia contemporánea y para la comprensión de los acontecimientos en que se había hallado mezclado; y él respondía: «Si, tal vez... Pero no hay prisa ; pensaré en eso cuando no haya otra cosa más importante que hacer, cuando sea viejo...»

Pero como siempre hallaba algo más importante que hacer y no reconoció nunca que era viejo, sus memorias no las escribió nunca. En el fondo, no quería escribirlas, un poco por una íntima repulsión a hablar de sí mismo y un poco porque sus escrúpulos no le habrían permitido decir todas las verdades. «No se escribe la historia mientras dura el combate — solía decir —, y la historia es preciso más bien hacerla que escribirla.» Sin embargo, se le habían hecho propuestas ventajosísimas para un trabajo de ese género por algún editor inglés mientras estaba en Londres y por un editor italiano en los últimos años. Pero sentía repugnancia también a pedir medios de vida a ocupaciones puramente intelectuales que le habrían desviado la atención del movimiento.

El reposo de la vejez lo veía siempre lejano ante sí. «Es viejo sólo el que quiere — decía — y la vejez es una enfermedad del espíritu», y llegando en broma hasta la paradoja, agregaba que «la muerte es un prejuicio». Al respecto es característico el siguiente episodio. Jóvenes obreros y estudiantes le comunicaban un día (tenía casi setenta años), que habían constituido un «grupo anarquista juvenil». «¡Muy bien les dijo —; inscribidme también en vuestro grupo» Criticaba así la errónea tendencia a separar los elementos más jóvenes de los otros y hacía destacar la verdad, que tenía de la larga experiencia y de su espíritu mismo, que a menudo

ciertos jóvenes son más viejos que los viejos, y viceversa. En efecto, a los setenta y cinco años, era todavía el más joven entre todos nosotros.

A pesar de todo, para revelar en Malatesta un intelectual de primer orden, bastan los pocos folletos tan conocidos que ha dejado en especial *Entre campesinos*, *En el Café* y *Anarquía* son las tres obras maestras en la substancia y en la forma que bastarían para establecer la fama de un hombre; pero más lo reconocerían como tal aquellos que pudiesen consultar una colección de sus escritos, hoy desconocidos para el gran número, que ha publicado durante sesenta años en periódicos y revistas de todo el mundo. Se formarían algunos volúmenes. La mayor parte de estos escritos, incluso los brevísimos y más actuales, no tienen casi nunca un carácter efímero; y difícilmente se hallará uno, aun sobre argumentos fugaces y secundarios, que no contenga algo de originalmente suyo o merecedor por las más diversas razones de ser recordado, pero son innumerables los artículos que, aun partiendo de hechos contingentes y de cuestiones polémicas del momento, se elevan a consideraciones generales y exponen al respecto todo un orden de ideas del modo más completo.

Ciertamente, habría sido deseable que Malatesta nos hubiese dejado alguna obra más vasta, elaborada orgánica y sistemáticamente sobre el anarquismo y la revolución, a la que él mismo le hubiese dado un carácter permanente y definitivo. Pero causas más fuertes que él — aparte de la fiebre de acción, de que he hablado ya — se lo han impedido, algunas intrínsecas en él y otras más materiales y externas.

En más de una ocasión se había propuesto, y había hablado de ello a los amigos, dedicarse a un trabajo de amplias proporciones, que fuese la expresión de su pensamiento personal. Desde 1897 me hablaba de un libro suyo sobre la anarquía, del cual había esbozado el esquema y para el cual había acumulado material, y que tal vez habría hecho publicar por el editor Stock de París. Había reunido otro material en Londres y había escrito algo ya, hacia 1913, para un trabajo sobre la «previsión en sociología»; En los últimos años, a insistencia de los amigos, había elaborado todo un plan de una obra a desarrollar en dos o tres volúmenes, algo mitad recuerdos y mitad discusiones de ideas y de métodos, en donde habría incorporado algunos de sus escritos pasados menos conocidos, completado el todo por una visión de cómo podría desenvolverse una revolución en que los anarquistas pudiesen representar una parte preponderante. Había ideado también una especie de relato utópico de una revolución imaginaria, en donde habría querido decir sus consejos prácticos para preparar y hacer triunfar la revolución y dar luego a ésta una orientación reconstructiva anarquista. En una carta de 1925 me decía a propósito de esos proyectos, en respuesta a algo que le había escrito: «Tú esperas de mí el anarquismo realizable y realizador que marque un paso adelante sobre Bakunin y Kropotkín; y a decirte la verdad no desespere de satisfacerte.»

No sé lo que ha hecho de todos esos bellos propósitos. Tal vez entre sus papeles haya algo; pero, si es probable que no haya nada, lo cierto es que debe haber muy poco.

En los últimos tiempos ha debido tener el impedimento de la salud siempre vaciante y la terrible intranquilidad continua en que lo mantenía la asfixiante y atormentadora vigilancia fascista. Pero uno de los más fuertes impedimentos no

materiales lo fué seguramente, no sólo en los últimos tiempos, sino siempre, su misma mentalidad que huía casi por instinto de todas las sistematizaciones formales y definitivas y que tendía de continuo a corregir cada solución, en la que veía siempre de nuevo algún defecto. Esto, unido a una modestia interior invencible, hacía que no estuviese nunca contento con lo que escribía. Así, cuando no escribía bajo el estímulo de las necesidades de la lucha o de la polémica, o cuando el tipógrafo no estaba allí para arrancarle de la mano el manuscrito para el periódico, que no podía esperar, ponía a un lado las hojas llenas para releerlas al día siguiente, y al día siguiente ya no le agradaba lo que había hecho la víspera, veía mil defectos y acababa a menudo por romperlas y arrojarlas al canasta; o bien rehacía, corregía, etc., mientras las circunstancias exteriores no le obligaban a dejar el trabajo iniciado, que así permanecía suspendido por un tiempo y luego era abandonado.

No obstante todo esto, los escritos que nos quedan de Malatesta constituyen por sí mismos una producción tan vasta y tienen un valor tan grande, que serían más que suficientes, si se volvieran a encontrar y se reuniesen, para darnos, si no la obra que habría todavía podido dar, ciertamente una obra no inferior a nuestro deseo. Tal vez, por lo demás, también desde el punto de vista estrictamente intelectual, el pensamiento de Malatesta, desarrollado y expresado fragmentariamente en millares de artículos, sin un orden lógico aparente, entre una batalla y otra, en el estudio hecho constantemente en relación con los hechos en que participaba, al contacto ardiente de la lucha y de la vida real más viva, en medio del movimiento proletario y popular, bajo el contralor constante de los contrastes y de la polémica; tal vez, digo, que el pensamiento malatestiano resulte más próximo a la verdad, más actual y vital, más eficaz para guiar a los hombres en la conducta y en la acción, más dinámico (como se dice hoy), que no lo que habría podido ser elaborado en la calma solitaria de un gabinete y surgiendo de una especulación intelectual sobre la mesa, siempre, a pesar de todo esfuerzo contrario, fuertemente separada del movimiento continuo de los hombres y de las cosas.

Malatesta mismo, a pesar de su incontentabilidad, no se mostró contrario a una recolección de sus escritos periodísticos cuando últimamente se lo propuse; y sabiendo que había reunido algo de ese material suyo, me dió otro en más de una ocasión, y sólo me pedía que esperase a publicarlo a que él pudiera ocuparse de la selección, de la reordenación y de alguna nota y corrección. Nuestra separación impidió también este trabajo; pero la muerte de Malatesta debería decidirnos, en fin, a proceder ahora a esta reedición de todos los escritos suyos, para la cual han cesado con su desaparición los legítimos reparos que nos oponía.⁷

La cosa no es fácil, pero no es tampoco imposible. Las mayores dificultades son opuestas, es verdad, por el momento crítico de este tumultuoso y catastrófico período histórico, en el que la colectividad anarquista, que sería la más interesada en realizar tal labor, y la que más deber tendría de hacerla, está más que ninguna envuelta en el torbellino ardiente de la tempestad social, y tareas y deberes más

⁷ Después de escrito lo que antecede ha aparecido el volumen primero de *Scritti*, de Malatesta (Ginebra, Ediciones del «Risveglio», año 1934, 358 páginas en octavo), conteniendo los escritos del cotidiano *Umanità Nova*.

urgentes absorben sus energías y los medios materiales de que tan pobres son sus militantes. Pero estas y otras dificultades deben ser vencidas por los hombres de buena voluntad, puesto que hay para todos un interés material en que el pensamiento de Malatesta sea presentado en su complejo más integral a la atención de los revolucionarios de las generaciones más jóvenes y a todos los trabajadores y combatientes por la libertad, los cuales pueden extraer de ellos luz y consejo de valor impagable, justamente en las luchas en que más empeñados están hoy, y en las revoluciones que más inminentes aparecen.

EL ROL OBRERO

Los impedimentos de carácter intrínseco que Malatesta halló en sí mismo, de que he hablado ya, no habrían bastado, es preciso decirlo bien, para hacer que al fin no lograra, venciendo su incontentabilidad, alcanzar en el terreno intelectual el coronamiento final y sintético de toda su vasta obra precedente, como era, ciertamente, también su deseo, si hubiese podido tener materialmente la tranquilidad y el tiempo necesarios. Su incontentabilidad habría contribuido a hacer todavía más perfecta su obra. ¡Pero tiempo y tranquilidad no los tuvo nunca!

Aparte de las necesidades de la propaganda, de la lucha y de la acción revolucionaria, que para él constituyeron el imperativo categórico de toda su vida, encontró ante sí, de continuo, también, muchas dificultades materiales, extrínsecas, las cuales le impidieron de hecho entregarse a un trabajo cultural metódico y de largo aliento, propio. No hablo aquí de las persecuciones policiales, prisiones, fugas, etc., que le privaron de no poco tiempo; éstas entran en el ámbito normal de la vida de todo militante revolucionario, el cual, como decía Malatesta mismo, no está nunca libre y se encuentra siempre «en libertad provisional». El impedimento material mayor fué que debía trabajar siempre para vivir.

Es verdad que también este impedimento se lo había creado voluntariamente. De familia rica,⁸ apenas pudo se desembarazó de todos sus bienes, cediéndoles para la propaganda y para los pobres, y, abandonados los estudios universitarios para ir mejor «hacia el pueblo» (como se decía en torno a 1870, a ejemplo de los revolucionarios rusos), había querido aprender un oficio para vivir. Desde entonces fué siempre pobre. Se había hecho mecánico en el taller de su amigo internacionalista Agenore Natta, en Florencia; y con aquel oficio pudo luego ganarse el pan cotidiano, aparte de los intervalos en que las razones superiores de la lucha le obligaron al trabajo de agitación y periodístico, también éste demasiado absorbente y febril para permitirle concentrarse en una actividad puramente intelectual.

Hubo períodos en que, si no hubiese sido la necesidad de trabajar manualmente en su oficio, habría podido gozar de la relativa tranquilidad necesaria para una

⁸ Los amantes de cosas románticas han fantaseado, especialmente en el exterior, sobre un Malatesta descendiente de los antiguos señores de Rimini. Nada de eso. Parece que la familia Malatesta era de origen nobiliario: pero no tenía ningún ligamen conocido con los condes de Malatesta de la histórica familia romana.

actividad cultural, especialmente en el tiempo pasado en Londres, en las pausas más bien largas entre una y otra de sus incursiones por el continente europeo y americano. Pero propiamente entonces, en la época de su mayor virilidad, un trabajo extenuante lo absorbía desde la mañana a la noche ; y también tenía que sacrificar muchas veladas para dar lecciones con que suplir la escasez de los ingresos de su trabajo manual. Su trabajo de electricista mecánico lo clavaba en su tallercito del barrio de Islington, o le obligaba a girar por Londres con su caja de herramientas a la espalda e ir a donde se le llamaba a ajustar aparatos eléctricos o a gas, cocinas económicas, etc. «Debía colocar a menudo tuberías de gas e instalaciones eléctricas, o repararlas, en locales fríos y expuestos a las corrientes de aire, a veces en tierra sobre el pavimento helado o sobre la dura piedra.»⁹

Pietro Gori me contaba que una vez, durante su exilio en Londres, en 1894, habiendo ido con Kropotkin y algún otro compañero a buscar a Malatesta, lo hallaron en una escalera con el cortafríos y el martillo, horadando un muro, sobre la calle, para suspender el letrero de una firma comercial. Kropotkin, al verlo, había exclamado : «¡Qué hombre admirable!». Y Gori le había respondido: «Sí, Malatesta es admirable; ¡pero qué triste mundo es este, que obliga a una inteligencia tan alta a gastar el tiempo, la energía y la salud en un trabajo como ese, que tantos otros sabrían hacer, impidiéndole así hacer aquello que sólo él sabría hacer! ¡y qué gran error es el de nuestro movimiento al no hallar el modo de permitir a este hombre hacer aquel trabajo, más útil a la humanidad, de que sería tan capaz!». Que Gori tenía no poca razón lo sentí en mi yo también, cuando, en diciembre de 1906, fui a Londres y pasé siete días de vida común con él en la casa donde habitaba, con los esposos Defendi. Los familiares me dijeron que estaban contentos de mi llegada, porque Errico, para estar conmigo, se había tomado una semana de vacaciones, de la que (agregaban) tenía verdadera necesidad para su salud, dado el trabajo pesado que hacía.

Pero tampoco a esto era extraña la voluntad de Malatesta, no sólo porque había elegido aquella vida para formar de hecho parte del pueblo trabajador en medio del cual y por el cual combatía, sino porque se había hecho una norma de conducta de no pedir al movimiento y al partido en que militaba los medios materiales para vivir. Él mismo ha explicado las razones en alguna carta a los amigos personales publicada después de su muerte:¹⁰ no hacía de eso cuestión de

escrúpulos o de objeciones morales, pero hallaba que el vivir de la propaganda se traducía prácticamente en un mal ejemplo, por el efecto que produce en el público, en exceso inclinado a ver fines interesados y personales en todo. Se habría sentido disminuido y paralizado por ello, mientras el vivir de un trabajo extraño a la propaganda le dejaba en ésta una mayor libertad espiritual y de movimientos.

También cuando, para dedicarse a determinadas iniciativas de una cierta duración e importancia para la causa, que no le habrían permitido ninguna otra ocupación, tenía que dejar de trabajar por algún tiempo, prefería vivir con la ayuda de amigos personales más bien que pesar sobre las iniciativas mismas. A tal norma de conducta quedó fiel mientras pudo, hasta la más avanzada edad, obligado a

⁹ Véase Max Nettlau: Errico Malatesta, pág. 185

¹⁰ Véase dos cartas a Luigi Bertoni, de junio de 1913, en el *Risveglio* de Ginebra. número 852. del 22 de octubre de 1932.

pesar suyo a hacer alguna excepción sólo en los últimos años. En 1923, después de los tres años de *Umanità Nova*, trabajaba todavía. Era ya septuagenario cuando, en aquel año, habiendo ido a Roma a verlo durante las vacaciones de Pascua, tuve ocasión de encontrarle en la misma actitud en que le habían visto Gori y Kropotkin cerca de treinta años antes, golpeando desde lo alto de una escalera de pino en una pared con un martillo para poner en orden las conducciones eléctricas, en un gran establecimiento de la capital.

Casi cincuenta años ha durado esa vida suya de artesano y trabajador, menos los paréntesis abiertos por las peripecias de la lucha. También el aspecto físico se había asimilado completamente en él a su condición. Nadie en Londres, en 1900, o en Roma, en 1930, habría imaginado el rico y delicado estudiante de la Universidad de Nápoles de treinta o sesenta años atrás, en el hombre modestamente vestido, de rostro bronceado y de manos callosas, si no hubiese sido por un cierto señorío de modales que revelaba su fina educación. Sin contar cuando hizo trabajos más humildes (peón, vendedor de helados, etc.) a que circunstancias particularmente difíciles le obligaron en más de una ocasión, ha trabajado en su oficio de mecánico electricista dondequiera que se quedó por largas temporadas: ya antes de 1880 en París, después en Florencia, en Buenos Aires, largamente en Londres y, en fin, en Roma, mientras que la edad, la enfermedad y el aislamiento en que lo inmovilizó la vigilancia fascista no le obligaron a abandonar el trabajo manual y a permitir que la ayuda para vivir le llegase de aquella su familia de hermanos y de hijos del corazón que veía y quería tanto en los compañeros de fe esparcidos por todo el mundo.

A principios de noviembre de 1926, el último taller en que Malatesta trabajaba todavía tres años antes, en una de las calles de la vieja Roma papal, era invadido una noche y devastado por una horda de fascistas, por odio al noble obrero del brazo y del pensamiento que representaba para ellos la antítesis viviente de la violencia despótica y depredadora que se había posesionado del gobierno de Italia.

EL ANARQUISTA COMPLETO

Habiéndose consagrado a la causa de la emancipación proletaria y de la libertad. Malatesta hizo a esa causa el sacrificio entero de sí mismo, sin darse cuenta de que lo hacía y teniendo incluso siempre la impresión de hacer demasiado poco. En los últimos días escribía en términos de amargura a mí y a Bertoni, y tal vez también a otros. Habría querido vivir aún «para hacer algo bueno», él que había hecho tanto, y tantos sacrificios había ofrecido sin cansarse nunca, tal vez precisamente porque no los consideraba tales. Y de éstos no el menor fué ciertamente — aun que también, tal vez, no apercibido por él — el de la renuncia voluntaria a lo que habría podido hacerle llegar el gran privilegio de la inteligencia, a cuyos frutos habría tenido derecho incluso desde el más riguroso punto de vista de sus ideas.

Si hubiese podido y preferido dedicarse a un trabajo cultural extraño a la política, por ejemplo a la medicina, que había dejado pero que siempre continuó

interesándole, o bien a las ciencias físico-mecánicas de que se ocupó a intervalos, o a las disciplinas históricas y Filosóficas en que era cultísimo — aunque se complaciese con frecuencia en burlarse de los *dilattanti* de filosofía —, habría podido alcanzar los mayores títulos y crearse igualmente una posición afortunada, sin ninguna necesidad de abandonar las ideas anarquistas, a ejemplo de sus amigos Kropotkin y Reclus. Pero no quiso, aun estudiando siempre por su cuenta, robando las horas al sueño y al reposo, para mantenerse al corriente de todos los progresos más recientes de la cultura y para no hacer envejecer o enmohecer sus conocimientos, que eran vastísimos. Pero también su vasta y fresca cultura la alimentaba en función de revolucionario a fin de sacar de ella armas intelectuales y materiales para la propaganda y para la batalla.

Hablaba y escribía en francés y en español como en italiano, y bastante bien también en inglés, y fué periodista y orador anarquista en los cuatro idiomas. Conocía también el alemán para leerlo, y esto le valía últimamente para estar al corriente del movimiento a través de los periódicos anarquistas alemanes, que escapaban más fácilmente a la censura fascista. Fué por algún tiempo apasionado y ágil esperantista, no porque creyese en la utopía de una lengua universal, sino sólo porque el esperanto le daba modo de estar en correspondencia con revolucionarios de los países más diversos y lejanos. Estaba informado de las últimas conquistas de la física y de la química aplicadas, de la aviación (de que se ocupaba en Londres, aun antes de que el aeroplano surcase los cielos), etc., no por pura curiosidad, sino porque en cada tramo de esas ciencias veía alguna posible utilidad práctica para llegar a oponer fuerzas adecuadas a las fuerzas enormes del privilegio y de la opresión.

Como en el campo del pensamiento, así en la vida práctica, en el ámbito de la lucha y fuera, no se aisló nunca del ambiente ni se alejó de la realidad por más que chocase contra ellos. Como para el antiguo filósofo, nada de lo que es humano le fué extraño. Sabía descubrir el bien, aunque fuese poco, aun cuando estuviera escondido en el mal, y no lo despreciaba. Pero no transigía con el mal a ningún precio. Sabía aprovechar todas las oportunidades favorables a su causa, pero desdeñaba todo oportunismo. Severo consigo mismo, era el más indulgente para las debilidades y errores imputables a la naturaleza humana de aquellos que parecían buenos en las intenciones. Pero por lo que a él respecta, le fueron extraños también aquellos simples y en apariencia insignificantes oportunismos, que en el seno de un mismo partido a veces impulsan a los más débiles o a los menos desinteresados a ser indulgentes para con una tendencia dañosa, para con un preconcepto equivocado, para con una desviación utilitaria, para con un error de método o de doctrina.

Su vida activa de anarquista fué un monolito de unidad : unidad del pensamiento y de la acción; equilibrio entre el sentimiento y la razón; coherencia entre la prédica y la conducta; adherencia de la energía inflexible del combatiente a la bondad del hombre; fusión de una dulzura señorial con la más rígida firmeza de carácter ; concordancia entre la fidelidad completa a su bandera y una agilidad mental que escapaba a todo dogmatismo y le hacía aferrar todas las necesidades contingentes en el campo de la acción y comprender todos los aspectos del progreso, aunque aparentemente en contraste, en el campo de pensamiento.

Fué el anarquista completo. El uso de los medios necesarios para vencer quedaba, en lo que decía o hacía, en constante relación con el fin liberador a alcanzar; el entusiasmo y la ira del momento no perdían nunca de vista las necesidades inmediatas y futuras; la pasión y el buen sentido, la destrucción y la creación, armonizaban siempre en su palabra y en su ejemplo; y esta armonía, tan indispensable para vencer con fecundidad de resultados, que no puede ser dictada desde lo alto, la llevaba con eficacia entre el pueblo, confundándose con él, sin preocuparse si eso hacía desaparecer su obra personal en el vasto y ondulado mar de las masas anónimas. Lo que, lejos de disminuirlo como individualidad distinta, hacía refulgir ésta todavía más luminosamente. Las multitudes, sin embargo, no lo entendieron todo lo que habría sido necesario: presintieron. es verdad, en torno a él, por algún breve instante, que en su enseñanza estaba la vía de la salvación, pero no se adueñaron de ella; no hicieron, por tanto, el esfuerzo indispensable para realizarla. Aclamaron en ciertos momentos su nombre, pero tomaron demasiado poco de su espíritu. Y esto no fué por culpa suya.

Lejos de mí toda intención de querer presentar en estas páginas a Malatesta como perfecto y sin defectos. Defectos habrá tenido, ciertamente, aunque el dolor de su reciente partida y el gran afecto hacia él no me consientan ahora verlos o me los hagan olvidar. El mismo hecho de que haya sido tan universalmente querido es una prueba de que su humanidad participaba de las comunes debilidades, más de aquellas que aproximan los corazones de los hombres que de las que los distancian. Él mismo solía confesarse lleno de defectos, y tal vez los más grandes eran aquella modestia suya excesiva y la incontentabilidad respecto de sí mismo, de que he hablado ya algo, defectos que a veces y en algunos campos han limitado enormemente el desarrollo de su obra, y en ciertos ambientes y circunstancias han impedido a ésta dar todos los frutos que de ella se podían esperar. Pero no temo, en efecto, exagerar ni caer en una vana adulación si digo lo que, estando él vivo, no me habría permitido, que él, hombre de carne y hueso, falible como todos los mortales, fué en toda forma superior con mucho a sus contemporáneos, ciudadano ya de la ciudad futura de armonía por él auspiciada, y al mismo tiempo el menos alejado de su época, apegado a la realidad objetiva de la naturaleza humana y de las condiciones de hecho, no como se quisiera que fuesen o como podrían ser en un lejano mañana los hombres, sino como son actualmente con todos sus errores y sus deficiencias.

Esto sobre todo nos hace deplorar enormemente el vacío que ha dejado entre nosotros como militante de la revolución, como animador de muchedumbres, como suscitador de energías, como coordinador de los esfuerzos, en aquella completa fusión suya del espíritu de la idea con el sentido de la realidad, de lo que habrá tanta necesidad en los días decisivos que se esperan del atrevimiento y de la lucha, cuando haya pasado la borra triste de nuestra actual derrota, que le hizo a él tan angustioso el ocaso de la vida. Vendrá la revancha, estamos seguros de ello. Sin embargo él no la verá, ya no podrá ayudar a ella y cooperar, como había sido el sueño de toda su vida y el supremo anhelo de los últimos desconsolados días suyos.

LA VIDA

Su mejor libro lo ha escrito Errico Malatesta con su vida. No es posible, por tanto, comprender la figura histórica suya en el valor perenne de sentimiento y de pensamiento que queda a través de sus escritos, sin tener presente el cuadro completo de su larga existencia a través del movimiento social y revolucionario de más de medio siglo. De aquí la necesidad, antes de pasar a una exposición suficientemente completa de sus ideas, de conocer por lo menos sumariamente la historia de su vida.

Max Nettlau, tan conocido como historiador escrupulosamente documentado del anarquismo, había publicado diez u once años antes de la muerte de Malatesta un volumen interesantísimo sobre la vida y la obra del agitador anarquista italiano. Aparecieron ediciones en alemán, en italiano y en español, siendo la última, más reciente, la más completa y detallada ¹¹ hasta 1923. Sería deseable que Nettlau completase su trabajo con el relato de los años sucesivos hasta la muerte. Pero también así el libro de Nettlau es una obra histórica fundamental para quien desee conocer la vida de Malatesta en relación a su tiempo y con el movimiento social moderno. Advierte que en las páginas que seguirán me servirá mucho de este libro, además de mis recuerdos personales, forzosamente incompletos, pues no se remontan más que a 1897. ¹²

Los límites impuestos por las proporciones del trabajo no me consentirán extenderme todo lo que quisiera y me sugeriría el afecto hacia el hombre. Para decirlo todo y bien — de lo que me siento incapaz — habría que dar a los lectores una obra que les interesaría como la más movida de las novelas. Hay episodios de

¹¹ M. Nettlau: *Errico Malatesta*, la vida de un anarquista. Traducido del alemán por D. A. de Santillán, revisado y aumentado por el autor. Editorial *La Protesta*, Buenos Aires, 1923. Un volumen de 261 páginas.— Cuando este trabajo mío estaba ya terminado, ha visto la luz otro libro sobre M. en América del Norte, de Armando Borghi: *Errico Malatesta in 60 anni di lotte anarchiche* (Storia, critica, ricordi). Prefacio de Sebastián Faura. Ed. «Edizioni sociali», P. O. Box 60, Nueva York, N. Y. Un volumen de 283 páginas. — Es un libro que estudia la acción de M. como militante en relación con el movimiento anarquista, con marcado carácter polémico y de propaganda. También él me ha sido útil para rectificar algún punto de mi narración y enriquecerla con alguna nota.

¹² Escribí, durante la prisión de Malatesta en Milán en 1920-21, apuntes biográficos sobre él para la revista *La Rivolta Ideale*, de Bolonia, que fueron reeditados varias veces luego en otros periódicos y en folleto, o como prefacio a folletos de Malatesta, en italiano, francés y español. Pero contenían algunas inexactitudes, errores de fechas, etc., que luego el libro de Nettlau e informaciones pedida al mismo Malatesta me han permitido rectificar.

importancia secundaria que tendré por fuerza que dejar en el tintero, que por los motivos más diversos darían al relato no sólo mayor vivacidad, sino también un éxito de curiosidad histórica. Debo renunciar a ello también porque no ha sido ese motivo uno de los menores que impidió a Malatesta escribir sus Memorias : el de no haber llegado todavía la hora de decir ciertas verdades que se refieren a terceras personas todavía en vida y respecto de las cuales es un deber moral la reserva. Otras cosas, además, por interesantes y perfectamente relatables alargarán demasiado este trabajo.

Los lectores disculparán, por tanto, si la siguiente biografía de Malatesta resulta, contra todo deseo mío, demasiado fría y esquemática; y comprenderán también la desproporción de medida que resultará del hecho que el relato hasta 1897 es una referencia sacada de lo que he leído o escuchado de otros y de Malatesta mismo, mientras respecto de los últimos treinta y cinco años es más de mi conocimiento directo. Por otra parte, mientras que en lo referente a lo que se ha publicado varias veces el relato será más conciso, se hará más extenso en los puntos sobre los que se sabe poco o nada, o se sabe de un modo erróneo o inexacto.

EL ESTUDIANTE. — DE REPUBLICANO A INTERNACIONALISTA. —
PRIMEROS ARRESTOS. — ENCUENTRO CON BAKUNIN. —

Hijo de los esposos Federico Malatesta y Lazzarina Rostoia, nació Errico en Santa María Capua Vetere (provincia de Caserta), cerca de Nápoles, el 14 de diciembre de 1853. Era la suya una familia de rica condición, que poseía bienes inmuebles en Santa María. Pero cuando el muchacho era estudiante en el Liceo, hacía tiempo que estaba con los suyos en Nápoles y habitaba en el palacio Pignatelli, en la calle del mismo nombre. En Nápoles, Errico siguió los estudios clásicos como alumno interno de las escuelas de los Escolapios (orden religiosa dedicada a la enseñanza); y fué allí condiscípulo de Saverio Merlino, alumno externo, con el que trabó la primera amistad, todavía no política.

Desde entonces el jovencito manifestaba tendencias y espíritu de rebelión. Tenía catorce años, cuando en 1868 escribió una carta insolente y amenazadora, firmándola, al rey Vittorio Emanuele II. A consecuencia de eso, el 25 de marzo de aquel año, sufrió el primer arresto. Y costó mucho para que su padre, hombre de ideas moderadamente liberales, consiguiese hacerle poner en libertad, haciendo pasar la cosa como una chiquilinada, poniendo en movimiento los conocimientos que tenía en Nápoles del mundo oficial. Detenido todo el día en la policía, por la noche, después de un áspero sermón del questore, que habría querido hacerlo encerrar en una casa de corrección, el jovencito fué devuelto al padre. Este, en la casa, durante la cena, intentó reprochar al hijo y aconsejarle por lo menos mayor prudencia; pero el muchacho le respondió con decisión tan intransigente, que el pobre señor acabó por exclamar con las lágrimas en los ojos : «¡Pobre hijo mío, me desagrada decírtelo, pero acabarás en la horca!».

El rebelde adolescente alimentaba desde hacía ya un año o dos ideas republicanas. Era el republicano, entonces, el partido histórico de la Revolución en Italia; y no podía menos de atraer las simpatías del fogoso estudiante, lleno de los recuerdos clásicos de la Roma antigua y de los acontecimientos heroicos del *Risorgimento* italiano todavía no acabado, mientras Giuseppe Mazzini desde el destierro ejercía tanta fascinación sobre la juventud. Una quincena de años después Malatesta explicó la naturaleza de su republicanismo de entonces, en el que veía una promesa de realización de sus aspiraciones de completa libertad y de justicia social, que luego halló mejor reflejadas en el socialismo anarquista. Pero él, aun frecuentando al elemento republicano, no perteneció propiamente al partido. Pidió, junto con su amigo Leone Leoncavallo (el hermano mayor del músico), entrada en la «Alleanza Repubblicana Universale». El pedido fué transmitido al Comité Central, es decir, a Mazzini; pero éste lo rechazó, porque juzgó que los dos aspirantes tenían tendencias demasiado socialistas y se habrían pasado ciertamente pronto a las filas de la Internacional.¹³

Malatesta hasta aquel momento no había oído hablar todavía de la Internacional, y tuvo deseos de saber lo que era. Buscó y halló. Conoció entonces, entre otros, a

¹³ Artículo «La república de los jovencitos y la de los hombres con barba» en el periódico *La Questione Sociale*, de Florencia, número 3 del 5 de enero de 1884. Reproducido en el *Almanacco Sociale Illustrato* para 1925 (págs. 67-70), Casa Editrice sociali, Milano. con el título «Cómo me hice socialista», fuera de algunas líneas finales de carácter polémico y contingente que no se publicaron. Max Nettlau cita algunos párrafos en el libro mencionado (págs. 18-20).

Giuseppe Fanelli, a Saverio Friscia, a Carmelo Paladino, a Gambuzzi, y bajo su influencia (especialmente de Fanelli y Paladino) abrazó decididamente — en 1870 — las ideas internacionalistas.¹⁴ Se sabe que en aquel tiempo la Internacional y el socialismo tenían en Italia, sobre todo debido a la influencia ejercida por Bakunin desde 1864 en adelante, un carácter marcadamente revolucionario y anarquista. Los hechos de la Comuna de París de 1871 y el fermento por ellos esparcido en todas partes no hicieron más que reforzar también en Malatesta la nueva fe abrazada, acrecentando su entusiasmo.

El 4 de agosto de 1872 se reunía en Rímini un congreso de internacionalistas de varios lugares de la península, conocido luego como «Conferencia de Rímini», en donde se constituyó la Federación Italiana de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Antes ya había difundidas por Italia secciones aisladas — la más importante de ellas en Nápoles—, fascios obreros, sociedades de resistencia, etc., adherentes a la Internacional. En Rímini se concretó la organización común. Presidente de la conferencia fué Carlo Cafiero y secretario Andrea Costa. Malatesta no participó en ella, pero se convirtió pronto en uno de los miembros más activos de la Federación. Desde enero era ya secretario general de la Federación Obrera Napolitana, cuyo programa formuló. Había colaborado el año antes (1871) con Cafiero en *L'Ordine* de Nápoles,¹⁵ y fué colaborador asiduo de *La Campana*, también de Nápoles (1871-72), el periódico internacionalista más importante de aquel tiempo por la vivacidad, la seriedad y la densidad de pensamiento.

La Federación Italiana fundada en Rímini tenía un programa socialista-anarquista revolucionario, anti-marxista en los métodos, de carácter público por la propaganda, pero conspirativa por el movimiento insurreccional que trata de suscitar sin tregua. Malatesta se arrojó en cuerpo y alma en el trabajo por ese programa, no se preocupó más de sus estudios¹⁶ ni de sus asuntos personales y familiares y dió (como se ha dicho en otra parte) todo su patrimonio a la propaganda y a los pobres. Infatigable en su actividad de agitador y de conspirador, siempre en movimiento y en todas partes donde había algo que hacer, hábil y serio, de un entusiasmo que irradiaba en torno suyo y se comunicaba a todos los que se le acercaban, ya desde entonces razonador insinuante y persuasivo, logró ejercer muy pronto una extraordinaria influencia entre los trabajadores y los jóvenes. Se convirtió por eso inmediatamente en la bestia negra de la policía italiana, que seguía sus pasos y le perseguía sin descanso, deteniéndole a cada momento por los pretextos más nimios e incluso sin pretexto alguno. Más tarde, en el proceso de Roma de 1884, tuvo que poner de relieve que, sin haber sido nunca hasta aquel día condenado por delito alguno, había cumplido en total más de seis años de cárcel.

¹⁴ Estos detalles, algunos de viva voz y otros por carta. los supe directamente de Malatesta mismo, del cual he adoptado en algún punto las palabras textuales.

¹⁵ Malatesta me dijo *L'Ordine*, pero me parece recordar que el nombre completo del periódico era *Il Motto d'Ordine*.

¹⁶ Malatesta abandonó los estudios después del cuarto año de la facultad de medicina, en la que estaba inscrito en la Universidad de Nápoles. En *Socialismo e socialisti in Italia*, de Angiolini (citado por Nettlau), se dice que Malatesta, mientras era estudiante, fué detenido una vez en un tumulto en Nápoles, condenado por primera vez y suspendido por un año de la Universidad. No se sabe otra cosa de la vida estudiantil de Malatesta.

El mismo año que se celebró el Congreso de Rímimi, Malatesta fué al Congreso Internacional Socialista antiautoritario de Saint-lmier (5 y 6 de septiembre de 1872), pero yendo algunos días antes a Zurich, donde se encontró por primera vez con Bakunin. Quedó en compañía de Bakunin quince o diez y seis días antes y después del Congreso, y entró pronto en completa comunión de ideas con él, participando también en los trabajos reservados de la Alianza, especie de fraternidad secreta revolucionaria y anarquista que Bakunin había fundado algunos años antes bajo el nombre de «Alianza de la democracia socialista» y que más tarde se denominó «Alianza socialista revolucionaria».

A pesar de su gran energía, el joven Errico era de salud frágil, hasta podría decirse que era propiamente enfermo. Hacia los 15 ó 16 años su médico creía que difícilmente alcanzaría los 24 años. Lo advirtió Bakunin, en el primer encuentro con él, cuando lo vio llegar a Zurich con la tos y la fiebre. Malatesta contó en 1926, en ocasión del cincuentenario de la muerte de Bakunin, recordando cómo conoció al gran revolucionario ruso, que, en casa de Bakunin, éste, en un momento en que no creía ser escuchado, dijo de él a los compañeros que lo rodeaban: «¡Lástima que esté tan enfermo! Lo perderemos pronto; no hay con él para seis meses».¹⁷

Desde entonces las relaciones entre Bakunin y Malatesta fueron de lo más estrechas y frecuentes; se veían a menudo y se escribían, y el primero tuvo por algún tiempo de secretario al joven anarquista italiano, cuando éste podía ir a pasar alguna temporada con él, especialmente en el período en que Bakunin vivió en la casa de campo «La Baronata», próxima a Locarno, en Suiza. Justamente Malatesta estaba en «La Baronata» cuando en julio de 1873 Bakunin lo encargó de ir a Barrletta, donde habitaba entonces Carlo Cafiero, para combinar con éste una gira común en España. Pero allí Malatesta fué detenido, llevado a Trani y encerrado en la cárcel de esta ciudad.

Desde la cárcel de Trani logró hacer llegar una carta a los amigos de fuera, hallada por la policía en un registro. Se hizo una investigación, y el resultado fué que al prisionero se le aisló en un torreón llamado «la torre de Tiepolo», bajo la custodia especial de un guardián exprefeso. Pero éste, un ex presidiario bajo los Borbones, tipo curiosísimo de patriota, se hizo amigo de Malatesta, y las cartas del joven revolucionario salían de la cárcel mejor que antes. Aquel guardián, que había sido bajo el anterior gobierno compañero de cadena del entonces ministro Silvio Spaventa, confió a Malatesta que quería matar al ministro para castigarlo por haber abandonado a sus viejos compañeros; y le mostró con gran secreto el puñal que afilaba para ese fin todos los días.

En aquel mismo período de prisión se hizo amigo de Malatesta también el director de la cárcel, un tal Carlo Battistelli, también antiguo prisionero político patriota. La amistad comenzó con un endurecimiento del director, una vez que Malatesta lo trató de «polizonte». Se llegó a una discusión y de la discusión surgió la más grande simpatía de Battistelli por su prisionero. Malatesta quedó en la cárcel seis meses y fué puesto en libertad sin que se le hiciese ninguna acusación concreta o proceso.

¹⁷ Revista *Pensiero e Volontà*, de Roma, número 11 del 1 de julio de 1926.

Estos pequeños episodios pueden servir para demostrar qué influencia ejercía Malatesta sobre todos los que se le acercaban. Otro ejemplo lo hallamos en un episodio de poco tiempo después.

Un poco por la cárcel sufrida y sobre todo por el gran desgaste de su vida agitada — apenas salió de la cárcel de Trani, se había dedicado al trabajo para contribuir a la preparación en el *Mediodía* de Italia del próximo movimiento insurreccional, combinado en Locarno por Bakunin. Costa, Cafiero y otros —, su salud se hallaba muy sacudida. Los médicos le ordenaron un período de absoluto reposo; y él, a invitación de Carmelo Paladino, fué a pasar unos días de vacaciones a casa de éste en Cagnano Varano (en el carnaval de 1874). En aquel pueblecito, Malatesta entró en contacto con la plana mayor del lugar que se reunía por la noche en una farmacia, y en poco tiempo consiguió meter el diablo en el cuerpo hasta al síndico, al cura y al mariscal de los carabinieri, además del farmacéutico. Y todos combinaron, para el último día de carnaval, una rascarada política: «La muerte de la burguesía»; y se vió, en efecto, desfilar por las calles del pueblo el funeral de la burguesía muerta, con los cuatro disfrazados en torno al féretro, del modo más cómico. Después de partir Malatesta, se ha debido sentir algo en lo alto: el mariscal fué transferido, el cura llamado por el obispo y el síndico censurado por el prefecto.

LOS MOVIMIENTOS INSURRECCIONALES DE 1874. — LOS
CONGRESOS INTERNACIONALISTAS: FLORENCIA Y BERNA
(1876).

La tentativa insurreccional de 1874, de la que Andrea Costa fué, con Bakunin, el principal promotor, había sido tramada en casa de éste, en «La Baronata», en diciembre de 1873, mientras Malatesta estaba todavía en prisión en Trani. Salido el joven de la cárcel y vuelto a Nápoles, allí Cafiero lo puso al corriente de todo, y se dedicó de inmediato a cooperar en el asunto. Salvo el breve paréntesis de reposo en Cagnano, de que se habló más arriba, hizo viajes por toda la Italia meridional, especialmente confiada a él, y fué también a Locarno a encontrarse con Bakunin. A fines de julio estaba en la Puglia para los últimos preparativos. Se hicieron llegar cajas de armas de Nápoles, se tomaron las disposiciones definitivas, y en agosto, mientras la policía italiana había sentido ya algo de la cosa y hacía las primeras detenciones entre los internacionalistas y una parte de los mazzinianos favorables al proyecto (arrestos de Villa Ruffi en Romagna), se inició en varios puntos de Italia el movimiento.

No es tarea mía hacer aquí el relato de ese movimiento, por lo demás ya bastante conocido, y, de los hechos, aludiré al vuelo sólo a aquellos en que participó directamente Malatesta, más que otra cosa para esclarecer su figura y su posición en medio de ellos. El movimiento, en general, abortó, sea porque la policía estaba ya sobre aviso, sea porque el fermento popular de rebelión a causa de la miseria que se manifestó desde el principio del año estaba ya calmado, sea por algún disentimiento surgido a último momento entre internacionalistas (ruptura entre Cafiero y Bakunin y partida del primero para Rusia), sea por otras causas menores, entre ellas probablemente también cierta poca seriedad de Costa. Se tuvieron, no obstante, pequeñas tentativas por doquiera, que dieron luego ocasión a una cantidad de procesos en Roma, en Massa (Carrara), en Liorna, en Florencia, en Perugia, en Palermo (¿o Girgenti?), en Trani y en Bolonia.

Los más importantes fueron estos últimos, porque sólo en la Emilia (banda de los prados de Caprara, cerca de Bolonia) y en las Puglias (banda de Castel del Monte) hubo hechos dignos de nota, una salida al campo en armas y encuentros con la policía y los soldados. También el proceso de Florencia fué importantísimo, pero más que por los hechos concretos que no llegaron a producirse, por el gran número de implicados y la notoriedad de algunos de ellos, por los debates y los testimonios (entre ellos el de Garibaldi), la escenografía, etc. Giuseppe Garibaldi había hecho saber a Bakunin que también él se habría asociado al movimiento si éste tomaba un serio desarrollo. Pero no fué así, aunque Bakunin en persona estuvo clandestinamente en Bolonia, de donde consiguió con gran dificultad ponerse en salvo una vez terminada la cosa.

Al comienzo de los hechos en las Puglias, en los que Malatesta debía participar personalmente, éste se encontraba en Molfetta y debía ir a Terlizzi. Fué advertido a tiempo de una emboscada de instrumentos de la policía para asesinarlo, pero fué, sin embargo, por caminos no usuales y no halló casi a nadie: y de allí con algún otro se fué a Castel del Monte. Allí, en el antiguo castillo de Federico II de Suavia, que era el lugar definitivo de la cita, fué alcanzado por algunos otros elementos aislados. Malatesta mismo contaba más tarde : «Varios centenares de

conjurados habían prometido hallarse en Castel del Monte; me dirijo a la reunión, pero, en el lugar de la cita, de los centenares que habían jurado, nos encontramos seis. No importa; se abre la caja de las armas... ; está llena de fusiles de pistón. Como si nada. Nos armamos y declaramos la guerra al ejército italiano. Recorrimos la campaña varios días, tratando de arrastrar a los campesinos, pero sin hallar eco. El segundo día tuvimos un encuentro con ocho carabinieri, que no nos hacen fuego creyéndonos muchísimos. Tres días después nos dimos cuenta de que estábamos rodeados de soldados. No había más que hacer; enterramos los fusiles y decidimos dispersarnos; yo me escondo en un carro de hierba, y así consigo salir de la zona peligrosa»¹⁸

El relato, demasiado sumario, debería ser completado, pero se tienen pocos elementos. Nettleau refiere que aquel pequeño grupo de insurrectos se multiplicó aquellos días en actividad y con movilizaciones continuas; apareció en Andria, Molfetta, Corato, Minervino, dando la impresión de que se trataba de otras tantas bandas, pero eran siempre los mismos. Malatesta me contó que los campesinos aprobaban con interés la propaganda, aprobaban los propósitos de los conjurados; pero ninguno hasta el punto de unirse a los insurrectos. Un episodio: en una de aquellas correrías, un día, de madrugada, al volver un camino de campaña, el pequeño núcleo vió venir hacia sí una patrulla de soldados guiada por un carabiniere. Se decidió luchar y se tuvieron listas las armas ; pero cuando se estuvo a una distancia bastante para distinguirse unos a otros, el carabiniere hace un signo a Malatesta, como si éste fuese un funcionario superior, detiene a los soldados y les ordena media vuelta, y luego vuelven atrás. Malatesta había reconocido en el carabiniere al mariscal amigo, de la mascarada de Cagnano Varano.

Hoy todo esto puede parecer pueril; pero no era así en aquellos tiempos, todavía llenos de los recientes recuerdos de las tentativas de Mazzini, Garibaldi, Pisacane, etc., en las que tanto se contaba con el poder sugestivo de las pequeñas iniciativas, mientras la hostilidad al gobierno era tanta, el poder gubernativo de los nuevos dominadores todavía débil y los mismos instrumentos de éstos todavía de una fidelidad bastante insegura. Las intenciones eran grandes, y de ellas se derivaba un optimismo lleno de exaltación y de una seriedad profunda.

El castillo de Federico II fué en aquellos días el depósito de armas y el punto de reparo, de reposo nocturno y de partida para los diversos lugares de las acciones proyectadas. Se esperó hasta lo último a que llegasen nuevos reclutas y se pudiese hacer de allí el centro, el cuartel general de una vasta sublevación. Los seis insurrectos se habían atrincherado allí como en una fortaleza, desde donde se hacían continuas salidas; y por la noche los ocupantes se turnaban como centinelas de un campamento. El último día de los cinco o seis que duró la empresa, la banda de Castel del Monte tomó el camino para Spinazzola. En un cierto punto del camino se detiene en una hacienda rural para reponerse. Llega allí en una carreta Cugliemmo Schiralli (que más tarde será un socialista pugliese muy conocido), el cual advierte a los seis que están rodeados a poca distancia por todas partes. Es entonces cuando se decide el desbande. Había allí carros de heno que

¹⁸ Este relato que había leído antes también (no recuerdo dónde) lo hallo reproducido, sin citar la fuente, en un número de *L'Operaio Italiano*, órgano sindical reformista de París, agosto de 1932.

debían salir; Malatesta, y algún otro se escondieron en ellos, y así atravesaron inadvertidos el cordón de soldados.

Malatesta consiguió llegar a Nápoles, donde estuvo escondido algún día; luego partió hacia las Marcas, directo hacia Suiza, a «La Baronata», donde era esperado. Pero en Pesaro fué reconocido y arrestado. Los carabinieri en el cuartel están furiosos contra él, por las noticias en los periódicos de que Malatesta en Puglia había disparado contra sus conmitones. Le hacen desnudarse y pretenden interrogarlo así. Malatesta comprende que se acerca una paliza, y entonces anuncia grandes revelaciones que sólo puede hacer al juez instructor. Viene el juez, pero a éste le confiesa que... no sabe nada y que lo han detenido injustamente. El primer escollo es superado; pero los carabinieri, después del inútil interrogatorio, lo meten en una especie de jaula de hierro para animales feroces que está en el patio del cuartel, y allí van a verlo todos.

Finalmente llega la orden de transportar a Malatesta a Trani. Bien encadenado todo el viaje, llega a la ciudad pugliesa, y es conducido a las cárceles que ya conoce. El director Battistelli, al ver entrar a su antiguo inquilino, lo acoge exclamando como dolorido: «Oh, te dejaste atrapar!»

Siguió el período habitual de prisión. La amistad del director facilitó enormemente a los abogados la preparación de la defensa ; se combinaron en la cárcel por anticipación las versiones de los hechos, los testigos, etc. El abogado Lamberto Valbois era el defensor de Malatesta. El proceso, que tuvo lugar desde el 1 al 5 de agosto de 1875, fué un enorme y continuo mitin de propaganda, que hizo mucho más popular que antes la Internacional. Acabó todo con una absolución general,¹⁹ con el veredicto favorable de once sobre doce jurados, algunos de los cuales quisieron inscribirse poco después en la Internacional.

Poco después Malatesta estaba de nuevo en el cantón Ticino, en «La Baronata», donde estaba Cafiero, ya de regreso de Rusia, con su mujer Olimpia Kutusoff. Estaba allí también algún otro compañero, pero no estaba ya Bakunin. La ruptura entre Cafiero y Bakunin era definitiva, y el segundo se había establecido en Lugano. Se trataba de disentiimiento puramente personal y sin hostilidad; tanto, que hubo todavía entre ellos algún intercambio de cartas. Malatesta, que fué también a ver a Bakunin en Lugano, contó más tarde a Nettlau (del cual tengo estos detalles) que cada uno hablaba del otro sin ningún rencor. Pienso que Malatesta trató entonces de reconciliar a los dos viejos amigos; pero tuvo la impresión de que en lo sucesivo, por la edad y la enfermedad, Bakunin había acabado como revolucionario activo. Pero había acabado también físicamente: en efecto, el indómito agitador ruso moría, ocho o nueve meses después de la visita de Malatesta, el 1 de julio de 1876, en Berna, a donde había ido para curarse mejor.

En Suiza, Malatesta había permanecido muy poco, pues hacia septiembre o poco después (1875) hizo su primer viaje a España, donde, además de ocuparse de la propaganda y de la organización de la internacional (probablemente también de la Alianza revolucionaria secreta), participó en las tentativas para libertar, con la astucia y la fuerza, a un compañero de la cárcel. Visitó muchas localidades

¹⁹ También los otros procesos semejantes en el resto de Italia (Bologna, Florencia. Roma. Liorna. etc.). acabaron con otras tantas absoluciones y con el mismo resultado de acrecentamiento de entusiasmo y de extraordinaria propaganda.

(Barcelona, Cádiz, Madrid, etc.), pero antes de fines de octubre estaba ya de regreso en Nápoles.

Fué entonces cuando, en esta última ciudad, por la insistencia de amigos, aceptó la propuesta de hacerse admitir en la Masonería, esperando poder repetir con mayor fortuna la tentativa ya hecha por Bakunin de arrastrar aquella asociación al terreno revolucionario. Pero fué decepcionado pronto, y el único resultado que obtuvo fué el de conocer allí a jóvenes entusiastas que ganó fácilmente para sus ideas. Quedó allí menos de dos años, y en la época en que el fr. Nicotera llegó a ministro y la masonería de Nápoles decidió festejarle con banderas desplegadas, Malatesta salió indignado y desde entonces combatió siempre a la Masonería como el adversario más intransigente.²⁰

Un episodio curioso de la vida de Malatesta es el ocurrido en Nápoles a fines de 1875 o comienzos de 1876. Había sido denunciado para ser sometido a la «ammonizione» — procedimiento contra los individuos peligrosos, que implicaba la vigilancia especial de la policía, la obligación de presentarse periódicamente en la questura, de no cambiar de domicilio y no viajar, de no estar fuera de casa después de anochecer y antes de salir el sol, no frecuentar reuniones, teatros, cafés, fondas; de no ir con personas sospechosas, etc., y esto bajo pena de arresto y condena de cárcel —, y como el procedimiento permitía el arresto preventivo, Malatesta se había resistido. Sin abandonar la ciudad, trataba de no dejarse sorprender e iba por la noche a dormir a casa de un amigo o de otro. La policía le seguía de cerca.

Un día, por una calle secundaria de Nápoles, se enfrentó inesperadamente con el antiguo director de la cárcel de Trani, Battistelli, que lo volvió a ver con gran alegría y le hizo mil preguntas. Malatesta le dijo que era buscado por la policía y que no sabía dónde esconderse una vez llegada la noche para dormir. «Ven a mi casa—le dijo Battistelli; te escondo yo.» «¿Dónde?» «¡ En la cárcel !» Y contó que había sido trasladado de Trani como director de una de las cárceles de Nápoles. Malatesta aceptó. Así fué que por algunos días, para no ser encarcelado, el temido internacionalista se refugió... ¡ en la cárcel!

Siempre en ese período, la fiebre de acción en que ardía el joven revolucionario lo impulsó a llegar a la Herzegovina para participar en la insurrección que había estallado allí en 1875 contra los turcos. Por medio de un amigo (Serafino Mazzotti) hizo saber su intención a Bakunin, que le desaconsejó; pero él persistió en su idea y trató de realizarla poco después de haber estado en marzo en Roma en una conferencia de internacionalistas sobre temas de organización.

Partió, no sabría precisar siquiera aproximadamente la fecha,²¹ y llegó por Hungría a orillas del río Sava. Mientras en campo abierto una mañana se disponía a pasar a nado el río, policías húngaros en indumentaria civil, que le parecieron estar allí para trabajar la tierra, corrieron hacia él y lo arrestaron. Le condujeron a la ciudad (Neusatz) y de allí fué llevado a Fiume, donde se le presentó al cónsul italiano. Habiéndose malquistado ásperamente con el cónsul por las duras palabras

²⁰ Véase Nettlau: artículo de Malatesta «A proposito di Massoneria» en *Umanità Nova*, de Milán, del 7 de octubre de 1920, y carta del mismo a *Il Resto del Carlino* de Bolonia, con fecha 14 de octubre del mismo año.

²¹ Me habló de esto Malatesta largamente en el verano de 1913, contándome las peripecias que aquí sería demasiado largo repetir, aunque interesantes. Pero evité preguntar datos precisos y tomar apuntes, que podían hacerle pensar en mis proyectos biográficos que, al menos entonces, no habria aprobado.

pronunciadas contra el gobierno italiano, el cónsul predispuso contra él a la policía húngara, que le hizo hacer la conducción casi toda a pie. El viaje fué largo y penosísimo (menos el último breve trayecto en territorio austriaco), sufrió mucha hambre, y cuando un mes después fué entregado a la policía italiana, era irreconocible, llegaba sucio y con la ropa y los zapatos deshechos.

No obstante, una segunda vez, poco después, fué a Servia con el mismo fin, cuando estuvo también Alceste Faggioli, conocido internacionalista bolognés. Nettlau cuenta que Garibaldi entonces estimulaba a los jóvenes a aquellas expediciones. Malatesta era ciertamente favorable, en algún momento, sea en la esperanza de que la intervención de revolucionarios conscientes pudiese imprimir a la insurrección una orientación más atrevida, sea como forma de demostración de arrojo y de espíritu de batalla que podía aumentar el prestigio de los internacionalistas italianos. Pero luego, frente a casos semejantes, cambió enteramente de actitud.

Volviendo hacia Nápoles, desde la frontera austríaca, se detuvo breves instantes en Florencia, donde tenía la sede entonces la Comisión de correspondencia de la internacional italiana. En Nápoles se puso de nuevo al trabajo de organización y de propaganda. Se estaba preparando ya el congreso internacionalista italiano, del que se ocupaba sobre todo Andrea Costa, y en julio se había decidido ya que se celebraría en Florencia. Debía ser este, en intención de todos, un congreso interesante, pues mientras tanto se había delineado entre los más conocidos exponentes del movimiento un notable cambio ideológico.

Fué en aquellos meses que precedieron al congreso, efectivamente, cuando por correspondencia y de viva voz se discutió largamente entre compañeros la cuestión del colectivismo y del comunismo. Hasta aquel momento toda la internacional del ala libertaria, que era la única que había permanecido activa (el ala marxista se había extinguido poco después de 1872), consideraba el colectivismo como la forma mejor de reconstrucción social sobre el terreno económico, según las ideas de Bakunin. Pero eso no satisfacía ya el pensamiento de algunos internacionalistas italianos, entre ellos Emilio Covelli, Cafiero, Malatesta y Costa.

Malatesta contó a Nettlau que él, Covelli y Cafiero discutieron mucho en Nápoles en aquellos meses, en largos paseos a la orilla del mar, y llegaron a formular la concepción del anarquismo comunista.²²

El congreso fué fijado en Florencia para octubre (1876), y los últimos acuerdos lo decidieron para el 21 y el 22. Pero la policía estaba en acecho. Los primeros internacionalistas llegados a Florencia el 20 supieron que el día antes Andrea Costa, Natta, Grassi y otros de la Comisión de correspondencia, habían sido arrestados, el congreso prohibido y el local donde debía realizarse ocupado por la policía. Pero por fortuna todos los documentos estaban a salvo. Se decidió celebrar, a pesar de todo, el congreso. Había sido enviado a Pontassieve (ciudad de la provincia a pocos kilómetros de Florencia) el compañero Fortunato Serantoni para ver si había manera de reunirse allí o en los alrededores, y la respuesta había sido afirmativa.

²² Un movimiento de ideas sobre la misma dirección se iba determinando también en Suiza entre algunos elementos de lengua francesa.

En la noche del 20 al 21 los congresistas salen de Florencia aisladamente, llegan a Pontassieve al lugar de la cita, donde Serantoni—todavía un muchacho y desconocido de la policía— enseña a los convenidos, a medida que van llegando, la calle y el punto hacia donde han de dirigirse. Este punto estaba más lejos, en la aldea de Tosi, fracción de la comuna de Rignano, ya entre los montes del Appennino.

El congreso pudo iniciarse sólo en la noche del 21 de octubre, después que los congresistas hicieron una marcha de nueve horas bajo una lluvia torrencial. Asistían cerca de cincuenta delegados de todas las partes de Italia, sin contar las adhesiones enviadas por carta. El trabajo inicial fué hecho por cuatro comisiones de estudio; luego comenzaron las discusiones, que prosiguieron al día siguiente. Pero en un cierto momento llegó la noticia de que la policía, en Pontassieve, había logrado saber algo; había llegado a aquel pueblecito una compañía de soldados y un fuerte número de guardias y carabinieri. Habían sido detenidos al llegar nueve congresistas, entre ellos Enrico Bignami, en la estación ferroviaria. Por precaución, el día 22 el congreso se transfirió en masa a los bosques próximos, y en uno de sus claros continuaron pacíficamente las discusiones.

La discusión más importante fué la relativa a la conclusión de adoptar el principio expresado en la fórmula comunista: «de cada uno según las propias fuerzas, a cada uno según sus necesidades». Se rechazó toda idea de recurrir a la instauración de una forma cualquiera de gobierno, y al respecto gran número de los delegados habían tenido mandato imperativo de sus secciones. Se reafirmó el carácter anarquista del socialismo internacional. En cuanto a la táctica, se condenó la participación en las elecciones políticas y administrativas «porque desvían al proletariado y hacen de él un instrumento inconsciente de los partidos políticos burgueses». Después se trató de la prensa, de las relaciones entre las secciones, de las relaciones internacionales, de la propaganda en los campos y en el ejército y sobre todo entre los maestros elementales y entre las mujeres (había en el congreso también una representación de un grupo femenino de Florencia). En fin, el congreso se clausuró después de haber nombrado a Errico Malatesta y Carlo Cafiero, allí presentes, como representantes de la Federación Italiana al congreso próximo de la internacional en Berna.

Después de finalizar el congreso, un grupo de delegados consiguió reunirse de nuevo en Florencia, y allí fué redactada una protesta, comunicada a la prensa, contra la prohibición del congreso, los arrestos y la arbitraria violación de la libertad de reunión perpetrada por el poder ejecutivo. La protesta llevaba diecisiete firmas, entre las cuales noto los nombres de Malatesta, Cafiero, Covelli, Serantoni, Temistocle Silvagni, Napoleone Papini, Tomasso Schettino, etcétera.²³

El octavo congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores se inició en Berna cuatro días después de finalizar el de Florencia, y duró del 24 al 30 de octubre. Como delegados italianos, además de Cafiero y Malatesta, estaban

²³ Encuentro estos detalles en un artículo mío: *Frugando fra vecchi giornali*, en la revista *Pensiero e Volontà*, de Roma, núm. 7, del 16 de mayo—15 de junio de 1925. Muchos detalles me fueron contados por Malatesta y, en 1904, por Fortunato Serantoni, muerto hace cerca de veinticinco años. Otros del Congreso de Florencia y del sucesivo de Roma los había extraído de *Il Martello*, de Fabriano y Jesi, números del 17 y del 26 de noviembre de 1876, del libro de Nettlau, etc. Advierto que aquí por brevedad lo he resumido todo del modo más sumario.

Giovanni Ferrari y Oreste Vaccari, enviados por otros grupos. No me extenderé sobre este congreso, del cual se hallan relatos extensos en numerosas publicaciones, y me limitaré, por brevedad, a referir lo que se refiere a Malatesta, que representó en él una de las partes más importantes.

Hizo una relación oral sobre las «relaciones a establecer entre los individuos y los grupos en la sociedad reorganizada». Desarrolló las nuevas ideas suyas y de sus compañeros italianos sobre el comunismo anárquico (hoy demasiado conocidas para tener que hablar obra vez de ellas aquí); insistió sobre la necesidad de obrar y de organizar la acción no sólo contra las instituciones autoritarias, sino también contra las resistencias naturales individuales y colectivas con medios morales; propugnó la «revolución en permanencia» como complejo de las luchas, acciones y reacciones contra la sociedad burguesa; aludió a la necesidad de estudiar las formas de organización futura como «esfuerzo para descubrir el porvenir por el estudio del presente y del pasado» sin pretensiones de hipotecar el porvenir. Protestó también contra el hábito de llamarse y hacerse llamar bakuninistas, puesto que — decía — «nosotros no lo somos, ya que no dividimos todas las ideas teóricas y prácticas de Bakunin, y no lo somos sobre todo porque seguimos las ideas y no los hombres, y nos rebelamos contra esa costumbre de encarnar un principio en un hombre».

Se hizo en aquel congreso también una sesión aparte, secreta, con exclusión del público y de los periodistas, sobre el tema: «La solidaridad en la acción revolucionaria». Fué entonces cuando se discutió la cuestión de la insurrección como «propaganda por el hecho», y Malatesta sostuvo la necesidad de hacer tentativas insurreccionales que, atacando directamente los organismos estatales y autoritarios y procediendo a expropiaciones lo más vastas que fuera posible en beneficio de las poblaciones pobres, harían entre éstas la propaganda más eficaz. Fué en el curso o a consecuencia de estas discusiones que se ventiló el proyecto de una tentativa de ese género en Italia, que luego se concretó en el movimiento de las conocidas «bandas de Benevento» del año siguiente. Malatesta me contó que, cuando él y Cafiero, después del congreso, volvieron a Italia, estaban ya de acuerdo sobre aquel proyecto.

(Tal vez es después del congreso de Berna cuando debería ser situada la referencia al segundo viaje de Malatesta a los Balcanes (en Servia), de que he hablado ya antes, después del relato de la tentativa para penetrar en la Herzegovina. Pero no estoy seguro, y no he hallado al respecto en ninguna parte otra noticia fuera de una fugaz alusión en uno de los apuntes tornados después de una conversación con Malatesta. Antes del congreso difícilmente debe haber tenido el tiempo material, y además él mismo me dijo que los movimientos balcánicos continuaban todavía en 1877.)

Sobre todo, el tiempo fué ocupado en buscar los medios financieros, adhesiones, etc., para la proyectada tentativa insurreccional. Se esforzaron Malatesta y Cafiero por hallar un trabajo manual a fin de ganar algo, pero en vano. Siempre con el objeto de hallar dinero, hicieron una escapada a Neuchatel, donde se encontraron con Pedro Kropotkin (Malatesta y Kropotkin se vieron entonces por primera vez), pero no obtuvieron nada. Hasta que, inesperadamente, Cafiero consiguió

realizar cinco o seis mil francos, último resto de sus bienes,²⁴ y esto y una suma menor que había puesto antes a su disposición una socialista rusa, constituyeron el fondo de guerra para el movimiento revolucionario que estaban preparando.

²⁴ Nettlau precisa que Cafiero había gastado para la compra de la Baronata en el Cantón Ticino, para la propaganda, tentativas insurreccionales. etc., de 25 a 30 mil liras, que representaban, sin embargo, mucho menos del valor efectivo de su patrimonio. liquidado a la ligera por un precio mucho más bajo.

LA BANDA DE BENEVENTO (1877)

Advierte Max Nettlau que hay una diferencia fundamental entre los movimientos insurreccionales de 1874 y este otro de Benevento al que se disponía el grupo de Cafiero y Malatesta en 1877. El primero tendía a desencadenar una insurrección en toda Italia, mientras el segundo tenía más bien un carácter demostrativo, de propaganda por el hecho. En efecto, en 1874 el movimiento fué preparado y tuvo principio de actuación en diversos puntos de la península; el de 1877, en cambio, se localizó en las campiñas del Matese (provincia de Benevento). No debió, naturalmente, ser extraña la esperanza de que el movimiento pudiese desarrollarse y extenderse — Malatesta solía decir a menudo que «de cosa nace cosa» —, pero el objetivo concreto era el de predicar la revolución con el ejemplo, independientemente del éxito práctico eventual. Hay que notar que esta vez Andrea Costa quedó extraño al movimiento, del cual se había mostrado contrario. Los preparativos fueron esmerados, y se había conseguido obtener promesas de intervención de un considerable número de campesinos, especialmente por medio de un tal Salvatore Farina, que gozaba de una cierta influencia local. Pero este Farina, amigo del entonces ministro Nicotera, con el cual había conspirado en el pasado contra los Borbones, traicionó e hizo arrestar a todos los que conocía, menos a Cafiero y a Malatesta, que supieron sustraerse hábilmente a las investigaciones policiales. Y esto interrumpió el contacto con el elemento campesino. Pero las cosas continuaron, sin embargo. Quiso participar en la tentativa también el conocido revolucionario ruso Sergio Stepniak (Sergio Kravchinski), que en aquel momento se encontraba en Nápoles.

El movimiento se precipitó por un caso inesperado y desgraciado, no insólito en semejantes circunstancias. Stepniak, una señora rusa y Malatesta habían tomado en arriendo una casa en Cerreto (provincia de Benevento), con el pretexto de la curación de una señora enferma, pero que debía servir como depósito de armas.²⁵ Las armas llegaron en grandes cajones el 3 de abril (1877). Pero la casa estaba vigilada inadvertidamente por la policía, y dos días después un grupo de internacionalistas que se aproximaba entró en conflicto con los carabineros en acecho: dos de éstos fueron heridos y uno murió a consecuencia de las heridas. Hubo algún arresto, y los compañeros, la cuarta parte apenas del número esperado, sin esperar a los demás, juzgaron urgente entrar en campaña, lo que hicieron saliendo armados durante la noche e internándose en los montes circundantes, donde fueron alcanzados por otros pocos desarmados.

Eran aproximadamente una treintena, con Cafiero, Malatesta, Stepniak y Cesare Ceccarelli a la cabeza.²⁶ Recorrieron del 6 al 8 de abril las localidades montañosas en torno al Monte Matese — Pietravia, Montemutri, Fileti y Buceo —, comiendo y durmiendo por la noche en casas de campesinos (a los que se pagaba todo sin mezquinar), hasta que llegaron a Lentino. Entraron en el pueblo con la bandera

²⁵ Sigo el relato de Nettlau, que lo toma del de Angiolini: *Socialismo e socialisti in Italia*, ya citado, modificando algo de acuerdo a elementos extraídos de otras lecturas y de recuerdos de conversaciones con Malatesta.

²⁶ Los participantes de la empresa, menos tres o cuatro (Cafiero, Malatesta y algún otro), eran todos de la Italia central y septentrional, en especial romagnolos, como Ceccarelli.

roja desplegada e invadieron el Municipio justamente mientras sesionaba el Concejo comunal. Declararon caduco al rey en nombre de la revolución social y exigieron la entrega de los documentos oficiales, de las armas secuestradas a los ciudadanos y de la caja municipal, dándole recibo de todo al secretario comunal en estos términos: «Nosotros, los que suscriben, declaramos habernos posesionado con las armas en la mano del Municipio de Lentino en nombre de la revolución social». Fueron distribuidas entre los habitantes del pueblo las armas que les habían sido confiscadas, los instrumentos de trabajo y el poco dinero hallado en la caja comunal. Se destruyó el instrumento de mensura con que se calculaba la tarifa sobre la trilla y fueron quemados todos los documentos oficiales, menos los relativos a la beneficencia pública. Después se pronunciaron discursos, escuchados con gran simpatía por la población.

Se dirigieron en seguida a Gallo, pueblo vecino, y antes de entrar allí encontraron al párroco, Vincenzo Tamburi, y le obligaron a entrar con ellos, a precederles y a tranquilizar a los habitantes declarándose también él comunista. También allí invadieron el Municipio e hicieron como en Lentino. Después de la conferencia final, según el relato de Malatesta a Nettlau, un campesino tomó la palabra y preguntó: «¿Quién nos asegura que no sois carabineros disfrazados para descubrir cómo pensamos y arrestarnos después?» Justamente observa Nettlau que esta desconfianza debía ser causada, sea por el recuerdo reciente de la traición de Farina, sea por el hecho de que los insurrectos eran casi todos septentrionales. Había mucho rencor en el pueblo meridional contra el gobierno de Saboya, bajado del Piemonte, el cual había introducido en el Sur el servicio militar obligatorio y todo un sistema vejatorio y expoliador de impuestos. Pero en tanto las tropas del gobierno comenzaron a ocupar la región, mientras, como en Puglia en 1874, las poblaciones escuchaban con simpatía los discursos de los rebeldes, aun guardándose bien de unirse a ellos. El 9 y el 10 de abril los insurrectos chocaron con los soldados, batiéndose en retirada. Una noche, Malatesta, en Venatro, donde había ido a comprar municiones, casi fué arrestado, y se salvó huyendo a un bosque. En tanto llovía y en la alta montaña nevaba. La situación era desesperada. Las armas, además, se habían vuelto inservibles, porque los cartuchos estaban mojados. Habrían querido pasar a la contigua provincia de Campobasso, pero era preciso escalar una montaña muy alta: ¡imposible! Discutieron sobre lo que había que hacer, si desbandarse o no; decidieron quedar unidos. Dos que quisieron separarse fueron detenidos a poca distancia. Malatesta y Cafiero habían hallado el modo de salvarse, pero ellos solos, y prefirieron quedar con los demás para afrontar con ellos las comunes responsabilidades. Los veintiséis, volviendo atrás, se refugiaron en el caserío Cacetta, a pocos kilómetros de Lentino, y allí un campesino fué a denunciarlos a los soldados. En la noche del 11 al 12 fueron sorprendidos por militares en la casa y detenidos en número de veintitrés. De los otros tres, que habían conseguido dispersarse, dos fueron tomados en las cercanías y el último más tarde en Nápoles.

Así la empresa, que duró diez o doce días, tuvo su término. Los detenidos fueron llevados luego a las cárceles judiciales de Santa María Capua Vetere. Se hicieron además otros arrestos. Veintiséis, entre ellos Malatesta, estaban en Santa María; ocho en la cárcel de Benevento. Los ocios de la prisión no fueron inútiles. Cafiero los ocupó para escribir el *Compendio del Capital*, de Marx, y Stepniak el libro *La*

Rusia subterránea; Malatesta escribió un informe a la Comisión de correspondencia de Florencia sobre los hechos ocurridos y varios artículos. Se estudiaba, se discutía, etc. Cuando se celebró en Verviers (del 5 al 8 de septiembre de 1877) el noveno congreso de la Internacional, se leyó la adhesión firmada por los imputados en los hechos de Benevento, enviada desde la cárcel como «Sección internacionalista del Monte Matese».

En tanto, el 9 de enero (1878) moría el rey Vittorio Emmanuele II, y el ministro Crispi dió en febrero una amnistía general para los delitos políticos. Los implicados de la banda del Matese habrían debido ser comprendidos, pero fueron retenidos en la cárcel a causa de la duda que tuvieron los magistrados respecto a si la amnistía era aplicable también por la muerte del carabiniere, ocurrida en Lentino el 5 de abril (1877). Se decidió enviar a juicio ante la Corte de Benevento a los acusados, y someter a los jurados dos cuestiones: 1., si los imputados eran culpables o inocentes de la muerte del carabiniere; 2., en caso de ser culpables, si la muerte entraba en la imputación de insurrección, o bien no. Si la muerte entraba en la imputación de insurrección (delito político), se les aplicaría la amnistía. En abril todos los acusados fueron trasladados a la cárcel de Benevento, y en agosto (1878) se les hizo allí el proceso. En el proceso, nueva ocasión de propaganda, los acusados declararon haber disparado sobre los carabinieri; pero, no obstante, los jurados los declararon no culpables del hecho, y por tanto fueron todos absueltos. Entre los defensores figuraba en el proceso Francesco Saverio Merlino, abogado de confianza de Malatesta. Merlino, desde hacía tiempo ya abogado en Nápoles, no tenía ideas políticas determinadas; pero cuando supo por los periódicos que su amigo de la adolescencia estaba en la cárcel y bajo proceso por los hechos del Matese, se ofreció como defensor. Aceptado con placer por Malatesta, en los largos coloquios en la prisión entre detenido y defensor, el primero tuvo oportunidad de explicar al segundo las propias ideas, incluso para darle argumentos para defenderle con conocimiento de causa. Pero al defender a Malatesta, también Merlino se hizo internacionalista, socialista y anarquista, y cuando pronunció su defensa lo era ya. En el mismo año Merlino publicó su primer folleto de propaganda: *A proposito del processo di Benevento, Bozzetto sulla questions sociale*.

EN EGIPTO, FRANCIA E INGLATERRA — EL CONGRESO INTERNACIONAL DE LONDRES (1881).

Al salir Malatesta de la cárcel en agosto (1878) y volver a Nápoles, la policía hizo más sofocante la vigilancia sobre él de lo que lo había sido hasta entonces. ¡Y antes era ya insoportable! El tener continuamente la policía a los talones, las molestias ocasionadas a los que se le acercaban o a casa de los cuales iba, le impedían entre otras cosas hallar trabajo para vivir, de lo que tenía absoluta necesidad.

Sus padres habían muerto ya, dejándole una herencia que para aquellos tiempos habría significado la comodidad asegurada. He tenido ya ocasión de decir que todo su patrimonio líquido (un poco más de 50 mil liras) lo había entregado a la propaganda y gastado para el trabajo de conspiración y de insurrección, desde antes de 1877. Le había quedado la propiedad de algunas casas en Santa Maria Capua Vetere, en donde vivía gente pobre que las llevaba en arriendo. Nettlau cuenta, sobre el testimonio de un viejo compañero, según parece bien informado, que poco después de salir de la cárcel de Benevento, una vez que volvió a Santa Maria, cedió las casas a los inquilinos sin querer ninguna indemnización.²⁷ Y así se convirtió definitivamente en el proletario que siguió siendo hasta la muerte.

Además, el gobierno mostraba la evidente intención de desembarazarse de él. Esperaba de un momento al otro el arresto para ser enviado a «domicilio coatto» — medida de policía que consiste, en Italia, en la segregación de los delincuentes más de una vez reincidentes y juzgados incorregibles, en las varias islas que hay a lo largo de la costa meridional de Italia y de Sicilia. La medida había sido ya aplicada, arbitrariamente desde el punto de vista legal, a algunos internacionalistas. Entonces Malatesta decidió expatriarse, al menos por un poco de tiempo, y se fué a Egipto, donde se habían refugiado ya otros de sus compañeros.

En los últimos meses de 1878 Malatesta estaba ya en Alejandría, Egipto, donde había encontrado trabajo como empleado privado, cuando ocurrió en Nápoles, el 17 de noviembre, el atentado de Passanante contra el rey Umberto I. Los elementos monárquicos y burgueses de la colonia italiana de Alejandría organizaron una demostración, que terminó al grito de: «¡Mueran los internacionalistas!» Entonces los internacionalistas convocaron un mitin de protesta. Pero la mañana del día fijado la policía procedió al arresto de varios compañeros. Malatesta fué detenido poco después de mediodía, al salir de la casa de un amigo a donde había sido invitado a comer y donde había sido advertido de que tipos sospechosos, sobornados por agentes de la policía italiana, le preparaban una emboscada para eliminarlo.

Detenido, Malatesta pidió que fuese entregado sin más a Italia. No se tuvieron en cuenta sus protestas; fué llevado a bordo de una nave que salía, y sólo en alta mar el capitán le dijo que sería desembarcado en Beyrout, en Siria (Asia Menor). Desembarcado allí, con sólo 20 francos en el bolsillo, después de haber andado un poco por la ciudad, se presentó al cónsul italiano local, reiterando su demanda de que se le embarcara para Italia. «Prohibido — le dice el cónsul —. En Italia no se

²⁷ No puedo recordar quién me contó que la cesión la hizo Malatesta mientras estaba en la cárcel de Santa María C. V. y que firmó en la cárcel a un escribano las actas oficiales necesarias. No sé cuál de las dos versiones es exacta, pero la cosa no tiene importancia.

os quiere», y añadió palabras de imitación contra el gobierno italiano y contra su colega de Alejandría que le habían enviado allí a Malatesta. «Pero yo no tengo medios para vivir aquí, donde no sé qué hacer.» «No piense en ello; vaya al albergue y todo será pagado.» «Yo no quiero ser mantenido — exclama Malatesta —. Si no puede repatriarme, hágame arrestar y meterme en la cárcel.» «Imposible. ¿Por qué habría de hacerlo, si no tengo ningún motivo?» «El motivo se lo doy de inmediato: le arrojo este tintero a la cara...» (y hace ademán de tomar un tintero de la mesa). Entonces el cónsul entra en arreglos: a Italia no puede mandarlo, pero puede hacerlo transportar a Smirna. Malatesta al principio rehusa, pero después acaba por aceptar. Es embarcado así en un barco francés, el Provence, que partía para Smirna. En el barco encuentra a otro compañero, Alvino, aproximadamente en las mismas condiciones suyas.

En el mar, Malatesta traba amistad con el capitán de la nave, un cierto Rouchon, el cual consiente en no hacerlo bajar en Smirna y le permite continuar el viaje con él. Malatesta y Alvino dan así toda la vuelta a las costas del Mediterráneo oriental, hasta que llegan a las costas italianas. Breve estancia en Castellamare, donde la policía italiana es informada del paso de Malatesta, hasta que se llega a Liorna. Allí los agentes de la policía van a bordo para detener a los dos internacionalistas, pero el capitán se niega a entregarlos sin una orden explícita del embajador francés. Los compañeros de Liorna, advertidos, van a visitar a Malatesta. Después de mediodía la policía vuelve a bordo con el prefecto de la ciudad a la cabeza, el cual respetuosamente da al capitán un telegrama que «autorizan» (no ordena) la entrega de los prófugos. Pero el capitán rompe el telegrama y da orden de acompañar a la escala de salida a «aquellos señores». En tanto, se habían reunido en el muelle y en algunas barcas muchos compañeros y obreros de Liorna, que acogen con una sonora silbatina a los funcionarios que bajan con las manos vacías del Provence.

El vapor continuó el viaje y desembarcó a los dos italianos en Marsella: De allí Malatesta prosiguió el viaje a Ginebra, donde se detuvo. Encontró allí a Kropotkin, que juntamente con Herzig y Dumartheray preparaba la salida de *La Révolté*, y le ayudó en el trabajo material de los primeros números.²⁸ Pero se ocupaba casi exclusivamente en aquel momento — en medio de una gran miseria, hasta sufrir literalmente el hambre — de las cosas de Italia. Escribió, mientras se iniciaba en Nápoles el proceso contra Passanante por el atentado al rey, un violento manifiesto que acababa con estas palabras: «Umberto de Saboya, dicen que sois valeroso. ¡Atrevedos a condenar a muerte a Passanante!» A consecuencia de ese manifiesto, Malatesta, junto con otros prófugos italianos, fué expulsado de Suiza.

De Ginebra partió para Rumania, donde quedó algún tiempo, ganándose penosamente un pan muy escaso dando lecciones de francés, y cayó enfermo. Volvió a salir pronto para Francia. Lo volvemos a encontrar en París a fines de aquel mismo año (1879). Allí se pone a trabajar de mecánico para vivir. Pronto, en lo más ardiente del movimiento, forma parte de un grupo socialista revolucionario

²⁸ «Tcherkesoff y Malatesta nos daban una mano» (P. Kropotkin, «Cómo fué fundado el *Révolté*», artículo traducido de *Les Temps Nouveaux* de París en la revista *Il Pensiero* de Roma, número 18, del 16 de septiembre de 1909). El conocido órgano comunista anarquista *Le Révolté* salió en Ginebra el 22 de febrero de 1879, fué transportado a París en 1885, se convirtió en *La Révolte* en 1887, luego en *Les Temps Nouveaux* en 1895, hasta que cesó las publicaciones en agosto de 1914.

con Deville, Guesde, Jean Grave, etc. Toma la palabra en las reuniones públicas, participa en las demostraciones callejeras, polemiza con los marxistas en los periódicos. Hasta que, habiendo denunciado en una reunión pública a un espía y agente provocador italiano, el gobierno francés lo expulsa de Francia, dándole cinco días de tiempo para irse. Pero cambia de domicilio y de nombre (toma el de Fritz Robert) y no sale. Es arrestado poco después, el 8 de marzo de 1880, en una demostración y acompañado a la frontera.

Fué a Bruselas,²⁹ luego a Londres, después nuevamente, en junio, a París, donde tuvo que cumplir cuatro meses de cárcel por contravención a la expulsión. Se fué después a Suiza, a Lugano. Había ido simuladamente, a principios de 1881, con intención de quedar allí, pues no estaba bien seguro de la expulsión de 1879, que no se le notificó oficialmente, y dudaba de que se tratase de una expulsión sólo del Cantón de Ginebra y no de toda Suiza. Pero en cambio fué arrestado el 21 de febrero. Después de catorce días de cárcel fué acompañado a la frontera. Se dirigió de nuevo a Bruselas, pero fué detenido aquí también. Al fin volvió a Londres (marzo de 1881).

Después de tantos azares, pudo Malatesta en Londres gozar de un poco de tranquilidad. ¡Pero fué una tranquilidad muy relativa! Había que contar, entre otras cosas, con la dificultad de los medios de vida, y para vencerla probó un poco de todo, hasta vender pastas y helados por las calles, hasta que consiguió abrir un tallercito de mecánico. Pero también en Londres se puso a trabajar en el movimiento inmediatamente. Intentó en el verano la publicación de un periódico italiano, *L'Insurrezione*, del que sólo salió la circular, firmada por él, Vito Solieri y Cafiero. Este último, su gran amigo y, más todavía, hermano, estaba ya afectado por la grave enfermedad mental que poco después lo volvía loco del todo.³⁰ Experimentó Malatesta el primero de los más grandes dolores de su vida.

Se celebró en aquel año en Londres el Congreso Internacional Socialista Revolucionario (del 14 al 19 de julio de 1881), que de hecho puede ser considerado como el último de la vieja Internacional y el primero de la Internacional anarquista. Malatesta fué el principal organizador, junto con Gustave Brocher. En su intención el congreso debía ser una tentativa, y fué la última, para resucitar la primera Internacional, ya muerta casi en todas partes. Debió, entre otras cosas, vencer las prevenciones contra el congreso del mismo Kropotkin, que desde lejos había sospechado una simulada maniobra de Marx, por completo inexistente. Fueron invitadas a intervenir no sólo las últimas secciones supervivientes de la Internacional de los diversos países, sino también los grupos anarquistas autónomos y los círculos socialistas revolucionarios. De hecho intervinieron casi todos los anarquistas — entre los más conocidos Kropotkin, Merlino, Herzig, Neve, Luisa Michel, E. Gautier, etc. — y algún socialista de los más avanzados.

²⁹ Desde Bruselas, en abril (1880), Malatesta sostuvo una viva correspondencia con J. Guesde y el periódico *L'Egalité* de París, órgano suyo, en defensa de la «Federación Regional Española» de la Internacional calumniada en aquel periódico del modo más torpe por un pretendido corresponsal español. Malatesta se vió obligado incluso a mandar sus padrinos a Guesde. Véase la narración del asunto en *Le Révolté* de Ginebra, número 5 del 1 de mayo de 1880.

³⁰ Malatesta me contaba que ya en 1879, cuando se hallaron en Ginebra, poco después de la fundación del *Révolté*, Cafiero daba a intermitencias los primeros signos de alienación mental.

«Malatesta representaba a la Federación toscana de la Internacional, a las secciones de Forlì y Forlino, al círculo Figli del Lavoro de Alejandría, al círculo obrero de Turín y Chiavasso, a los socialistas revolucionarios de Marsella, a los socialistas de las Marcas, a los anarquistas de Ginebra, a la Alianza socialista revolucionaria de Turín y a las Federaciones de la Internacional de Constantinopla y de Alejandría de Egipto. En la sesión del 15 de julio habló extensamente. Dijo, entre otras cosas: «Queremos la revolución. Pertenece a escuelas diversas, pero queremos todos la revolución. Todos estamos de acuerdo sobre la necesidad de la insurrección, que debe destruir las condiciones de la sociedad actual. Las revoluciones políticas no bastan para nuestro objetivo, es preciso destruir las bases de la sociedad entera, y no podemos llegar a una armonía con los que quieren la dictadura y la centralización. La autonomía de los grupos es necesaria. Acuerdo hasta la insurrección. ¿Es necesaria la Internacional? Es necesaria una nueva organización, semejante a la Internacional, que conserve el nombre, pero que acentúe los principios en sentido revolucionario. La lucha económica no puede estar sola, es necesaria la lucha política; pues no se destruye la propiedad si no se destruye al mismo tiempo la autoridad que la mantiene. En Italia una conmoción política puede hacer posible una sublevación económica. Dejad a todo grupo la elección de los medios. Adhesión en masa a la Internacional con acentuación de sus principios, autonomía y solidaridad para las acciones verdaderamente revolucionarias...»³¹

Malatesta hizo todos los esfuerzos para hacer aceptar por el congreso sus puntos de vista. Consiguió formalmente en parte (se concretó una apariencia de organización, se nombró una oficina de correspondencia, etc.), pero en sustancia sus esperanzas fueron frustradas. Las persecuciones en los diversos países absorbían todas las actividades de los compañeros e impedían un trabajo amplio de organización y las necesarias continuas relaciones internacionales; y, por otra parte, bajo la influencia de los círculos anarquistas franceses, tomaba ya pie desde entonces un fuerte espíritu antiorganizador. «El relato exacto de Kropotkin, publicado en el *Révolté* — según Nettlau³² — deja comprender que Malatesta era uno de los pocos que concebían claramente el valor de una solución práctica del problema de la organización. Pero hubo contra él una formidable oposición, tanto que él en un cierto momento tuvo que exclamar: «Somos doctrinarios impenitentes». La mayor parte de los congresistas querían y no querían una organización, es decir, consideraban todo paso práctico para realizarla como un atentado a la propia autonomía.»

A pesar de las precauciones adoptadas para garantizar la seguridad de las discusiones frente a las investigaciones de la policía internacional — entre otras cosas, los delegados eran nombrados con un número en lugar de serlo por el nombre —, un agente de la policía francesa participó en el congreso en la persona de un cierto Serreaux, que hacía en Saint Cloud (cerca de París) un periódico violentísimo, *La Révolution sociale*, en el cual consiguió por un cierto tiempo tener la colaboración de Luisa Michel, Cafiero, Gautier y otros. Dos meses más tarde aquel sujeto, que se había vuelto sospechoso desde hacía rato, fué desenmascarado

³¹ De una carta de D. A. de Santillán, con apuntes de obras de Max Nettlau.

³² M. Nettlau: Errico Malatesta. Ed. «La Protesta», Buenos Aires. pág. 130.

por obra especialmente de Kropotkin y Malatesta;³³ pero eso no impidió que en el proceso a Malatesta y Merlino en Roma, en 1884, ciertos detalles del congreso de Londres fuesen utilizados por la policía contra ellos.

³³ Además de Nettlau, véase Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*.

DE NUEVO EN EGIPTO — REGRESO A ITALIA — EL PROCESO DE ROMA Y «LA QUESTIONE SOCIALE» DE FLORENCIA. — CON LOS ENFERMOS DEL CÓLERA EN NAPOLES (1884).

La comisión de correspondencia anarquista, nombrada por el congreso de Londres, de la que formó parte también Malatesta, no dió muchos signos de vida. Que no tenía mucho que hacer lo demuestra el hecho que Malatesta no quedó en Inglaterra más que algunos meses más. Cuando en junio de 1882 estalló en Egipto la rebelión contra los europeos capitaneada por Arabi Pascha, y el 11 de julio siguiente los ingleses bombardearon Alejandría, Malatesta formuló el proyecto de ir a unirse a los insurrectos. En agosto llegó, en efecto, allá de Europa, junto con Cesare Ceccarelli, Caetano Marocco y Apostolo Paulides.

La existencia de los cordones militares en torno a la ciudad y las pequeñas escaramuzas continuas — contaba muchos años después Icilio Parrini, entonces residente en Alejandría— les impidieron alcanzar el objetivo. Se intentó por la parte del mar desembarcar en Abukir, y por la parte de tierra en Ramley, sobre el Nilo. La más peligrosa y arriesgada fué la tentativa a través del lago Mariut, que, por el cierre de las aguas del canal Mahsnondich, estaba seco. Como los precedentes, tampoco este último medio dió resultado; el fondo todavía tierno del lago obligó a la retirada.³⁴

En una última tentativa en barca, creían haber llegado a donde se proponían, pero en tierra se encontraron rodeados por los ingleses, detenidos y devueltos a Alejandría. Malatesta desde allí decidió volverse a Italia. No sé dónde y cuánto permaneció mientras tanto (tal vez en Alejandría misma); pero el hecho es que en la primavera de 1883, después de marzo, desembarcaba en Liorna clandestinamente y de allí se dirigía a Florencia.

La policía se dió pronto cuenta de su presencia. Acariciaba todavía la idea de mantener unidas las fuerzas socialistas italianas con una orientación libertaria y, como veremos, también la de dar nueva vida a un movimiento internacionalista. Escribió un par de artículos al respecto en polémica con A. Costa en *L'Iota* de Pistoia (abril). Pudo volver a ver entonces en el manicomio de Florencia a su amigo Cafiero; ¡pero en qué condiciones! Aunque reconoció a Malatesta, lo que no ocurría con otros, el pobre Cafiero le hizo discursos tan disparatados y extravagantes, que hacían perder toda esperanza de una posible curación. Entre los compañeros, entonces muy numerosos en Florencia, reinició pronto el trabajo de propaganda, especialmente para contrarrestar la propaganda de Andrea Costa, que había abandonado ya, desde hacía dos años y más, definitivamente, las ideas anarquistas de su primera juventud, se había hecho nombrar diputado y patrocinaba la táctica electoral y parlamentaria. Pero mientras Malatesta estaba preparando la salida de un nuevo periódico y se había puesto a trabajar de mecánico en el taller del compañero Agenore Natta, fué arrestado (mayo de 1883).

³⁴ Véase *L'anarchismo in Egipto*, di Un Vecchio (I. Parrini), en *La Protesta Umana*, de San Francisco. Cal., número 40, del 9 de enero de 1904.

El 18 de marzo de aquel año (1883), en el duodécimo aniversario de la Comuna de París, se habían distribuido en varias ciudades de Italia manifiestos conmemorativos revolucionarios, debidos a la pluma de F. Saverio Merlino, mientras Malatesta estaba todavía en Egipto o en viaje hacia Liorna. En Roma fueron detenidos algunos de los que los fijaban en los muros, conocidos internacionalistas. En las persecuciones hechas por un lado y otro por la policía, fué también encontrado el manuscrito del manifiesto. Merlino fué detenido en Nápoles. Y se instruyó contra todos un proceso por conspiración. En tanto, Malatesta había desembarcado en Liorna y después fué detenido en Florencia sin ninguna razón legal; y como se buscaba un pretexto para no dejarle libre, se le incluyó en el proceso de los detenidos en Roma y Nápoles. En las cárceles de Roma un espía, un tal De Camillis, puesto junto a uno de los más inexpertos de los detenidos, casi un muchacho, persuadió a éste para que echase toda la culpa sobre Malatesta y dijese que éste había escrito el manifiesto y proporcionado las direcciones para expedirlo en las diversas localidades. «Como — insinuaba De Camillis — Malatesta está en el exterior, así nos salvamos todos sin daño alguno.» Así se fabricó la prueba contra Malatesta.

Pero el proceso de conspiración, bastante grave, era de competencia de la Corte de Assisi; y en la instrucción del mismo se comprendió pronto que los jurados habrían ciertamente absuelto a todos. Entonces se cambió el título del delito; se sustituyó la «conspiración» por la «asociación de malhechores», delito menos grave, pero de competencia del tribunal correccional, en donde los magistrados de carrera habrían condenado, dóciles como siempre a las órdenes del gobierno. Pero la nueva forma de imputación no admitía la prisión preventiva, y así en noviembre los acusados fueron todos puestos en libertad provisoria, habiendo Malatesta sufrido seis meses de cárcel y los otros ocho. Malatesta volvió de inmediato a Florencia, donde un mes más tarde (el 22 de diciembre de 1883) salía el primer número del periódico *La Questione Sociale*.

Fué esta la primera publicación importante atendida por Malatesta: periódico de cultura y al mismo tiempo de propaganda y de polémica, teórico y práctico.³⁵ Aparecieron allí artículos notables (recuerdo uno sobre las ideas de Bentham, seguramente de Merlino, que duró varios números), una parte del trabajo de Malatesta, *La anarquía*, más tarde aparecido en folleto, y sobre todo vivaces escritos polémicos sobre el patriotismo, sobre la masonería, sobre la república, sobre el parlamentarismo, etc. La polémica más ardiente fué con el renegado Andrea Costa, la cual ocasionó el viaje a Ravenna de Malatesta para una controversia, a la que Costa acabó por negarse. Apareció allí el artículo en que Malatesta explicó su evolución del republicanismo al anarquismo, que fué poco después traducido para el *Révolté* de Ginebra (lo he señalado más atrás).

El periódico fué pronto objeto de la atención de la policía y hubo de sufrir dos o tres breves interrupciones. En tanto, proseguía la instrucción del proceso de Roma, cuya primera sesión se celebró el 29 de enero de 1884; duró tres o cuatro días. Malatesta estaba presente con los otros imputados, los cuales hicieron todos

³⁵ Nettlau advierte que una colección completa de este periódico se encuentra en la biblioteca del British Museum de Londres, donde algún amigo de buena voluntad podría ir para copiar los artículos más importantes para una futura edición de los escritos de Malatesta.

declaraciones enérgicas y altivas. Malatesta ³⁶ «habla franco, desenvuelto, mordaz hasta la impertinencia, declara pertenecer a la Asociación Internacional de los Trabajadores; sus declaraciones al fin del proceso promueven un escándalo, hasta que el presidente le quita la palabra. El tribunal distribuye las condenas: Merlino, cuatro años de cárcel; Malatesta y D. Pavani, tres años; A. Biancani, dos años y medio; C. Pernier y E. Rombaldoni, quince meses; L. Trabalza y Venanzi, seis meses. Defensores fueron los abogados Pessina, Nocito y Fazio.

Un detalle característico de este proceso fué la tesis sostenida por el procurador del rey, el cual se complació en reconocer que los imputados, tomados uno a uno, eran personas honestas y laboriosas; pero, tomados en grupo, como asociados, se convertían en «malhechores». Y, en efecto, como tales fueron condenados...

Terminado el proceso, los condenados apelaron de la sentencia, y así obtuvieron el derecho a quedar en libertad provisoria, y Malatesta volvió a Florencia a continuar redactando *La Questions Sociale*. Esta cesó de aparecer el 4 de agosto (1884). A fines del verano, Malatesta y algunos de sus compañeros de varias partes de Italia fueron a Nápoles, donde hacía estragos el cólera, como voluntarios para curar a los enfermos. Dos anarquistas, Rocco Lombardo y Antonio Valdre, murieron allí, víctimas del morbo. Se distinguió de modo especial el conocido anarquista Galileo Falla por la abnegación, la energía y el espíritu de sacrificio. A Malatesta, como era estudiante de medicina, se le confió una sección de enfermos, que dió el más alto porcentaje de curados, porque supo forzar a la comuna de Nápoles a dar en abundancia los alimentos y medicinas, que luego Malatesta distribuía sin mezquinar. Se le decretó un atestado oficial de benemérito, que rehusó. Cuando, terminada la epidemia, los anarquistas abandonaron Nápoles, publicaron un manifiesto para demostrar que la «causa verdadera del cólera era la miseria, y que la verdadera medicina para evitar el retorno no podría ser más que la revolución social» ³⁷

Después que Malatesta regresó a Florencia, en enero, la Corte de apelaciones de Roma discutió el recurso de los imputados; disminuyó un año la prisión de Merlino, absolvió a Trabalza; pero a todos los condenados les agregó la vigilancia especial de la policía por seis meses. Los condenados recurrieron en última instancia a Cassazione, la cual confirmó la sentencia; pero antes que ésta se hiciese definitiva, todos se habían refugiado en el exterior. Malatesta fué uno de los últimos en huir, cuando ya se había lanzado el mandato de captura contra él. Se hallaba entonces en Florencia, en casa de Natta, en el taller del cual había vuelto a trabajar de su oficio. Un día la casa fué rodeada por la policía. Malatesta se fingió enfermo, evitando el arresto inmediato. En tanto, se organizó su fuga. Fué encerrado en un gran cajón de máquinas de coser, transportado desde el taller de Natta a un carro que esperaba fuera. Un policía se prestó gentilmente a ayudar a Natta a levantar el cajón hasta el carro. Poco después, Malatesta se encaminaba hacia la frontera, y después consiguió embarcarse para América del Sur (no sabría precisar la fecha, pero debe haber sido en marzo o abril de aquel mismo año de 1885).

³⁶ Diario *Il Messaggero* de Roma. número 34. del 3 de febrero de 1884 y siguientes.

³⁷ Nettlau, op. cit.. de *Le Révolté* de París.

Ha de recordarse que fué en este período de su permanencia en Florencia cuando Malatesta publicó el conocido folleto, en forma de diálogo, *Entre campesinos*, que después tuvo tanto éxito. En el mismo período acarició por algún momento la idea de resucitar la vieja Internacional, por lo menos en su rama italiana, y publicó incluso (sin nombre de autor) un proyecto de programa. Pero el proyecto no tuvo ningún principio de realización práctica.

PROFUGO EN AMÉRICA DEL SUR. — «LA QUESTIONE SOCIALE.» DE BUENOS AIRES (1885). — EN BUSCA DE ORO — REGRESO A EUROPA (1889).

La emigración a América del Sur de Malatesta tuvo que ser concertada con algunos otros compañeros. En efecto, se encontró allí — poco más o menos hacia mayo o junio de 1885 —, en Buenos Aires, junto con otros compañeros que habían militado con él activamente en la filas de la internacional : Agenore Natta, Cesare Agostinelli y otros, algunos de ellos más jóvenes, como Galileo Palla. Natta y Malatesta instalaron para vivir un pequeño taller mecánico, y Malatesta reinició el trabajo de propaganda, sea en medio de los numerosos obreros italianos emigrados, sea entre el elemento indígena, con cuyo idioma se familiarizó pronto. Se constituyó un círculo socialista, en el cual, o por el cual, daba continuas conferencias, controversias, etc. Tuvo discusiones y polémicas frecuentes con el elemento republicano, entonces numeroso entre la emigración italiana, y publicó por algún tiempo un pequeño periódico italiano, al que volvió a dar el nombre de *La Questione Sociale*.

De este periodiquito he podido consultar en Italia una colección incompleta, pero no recuerdo las fechas. No salieron más que diez o doce números, que se publicaron en las semanas de agosto (1885) y en las pocas precedentes y siguientes. El periódico, casi enteramente lleno de cuestiones y discusiones locales, no asumió la importancia que había tenido su homónimo Florentino, del cual reprodujo algunos de los artículos más salientes. Más importante fué, en cambio, la acción de Malatesta tendiente a promover el surgimiento de organizaciones obreras de resistencia; y de ella se conserva todavía el recuerdo en Buenos Aires, donde se hace remontar a su propaganda en tal sentido la formación en aquel tiempo de la asociación de panaderos, que fué una de las más florecientes en lo sucesivo, la más animada de espíritu libertario y revolucionario. En este trabajo tuvo el mejor colaborador en Ettore Mattei, muerto hace unos años, que fué uno de los más conocidos y valientes apóstoles del anarquismo obrero en América del Sur.

En 1886, habiéndose difundido la noticia de que en el extremo sur de la Argentina había arenas auríferas de rico rendimiento, surgió en un grupo de compañeros la idea de servirse de ellas, esperando obtener una suma considerable de dinero para dedicar a la propaganda. Partieron, efectivamente, en una cañonera, Malatesta, Agostinelli, Palla, un tal Meniconi y otro, para el estrecho de Magallanes, y desembarcaron en la playa, en Cabo Vírgenes. Haciendo de peones para los negociantes locales, con una temperatura de 14 grados bajo cero, reunieron víveres para tres meses y el material para una casilla, y se dirigieron hacia la zona aurífera. Pero fué una desilusión. Las zonas más renditivas habían sido ya acaparadas por una compañía de especuladores ; en las otras había poco que hacer. El oro era escaso, apenas suficiente para vivir, y costaba un trabajo extenuante. Los cinco se alimentaban dando caza a las nutrias de mar, abundantes en aquellos parajes. Algún tiempo trabajaron también por cuenta de la compañía, siendo escandalosamente robados.

Quedaron en las proximidades de Cabo Vírgenes más de siete meses, en pleno invierno polar, hasta que se persuadieron de que no había propiamente nada que hacer y decidieron partir. Malatesta salió a caballo para Río Gallegos, con el propósito de aguardar allí a los compañeros que preferían esperar en el lugar un vapor que debía pasar por Cabo Vírgenes algunos días después. El vapor, en efecto, llegó; pero no se detuvo. Arrojó a la costa la correspondencia y volvió a marchar, mientras los cuatro compañeros, todavía lejos, corrían hacia la playa. Entonces Galileo Falla se arrojó al agua, en aquel mar casi helado, y se dirigió a nado hacia el vapor, mientras los demás agitaban una camisa y gritaban. El vapor se detuvo, hizo botar al agua una lancha que recogió a Palla y lo llevó a bordo. Pero una vez allí, el capitán rehusó hacer buscar a los otros tres; y entonces, Falla, aunque todavía bañado y aterido de frío, hace ademán de lanzarse de nuevo al agua y de volver junto a los compañeros. Es sujetado a la fuerza; pero hizo tanto estrépito y gritó tanto que los pasajeros se conmovieron y obligaron al capitán a enviar una lancha en busca de los demás.³⁸ Cuando el vapor llegó a Río Gallegos, Malatesta — que había vivido allí aquel tiempo trabajando de mozo de cuerda — subió también a la nave, encontrando a los compañeros que había dejado quince días antes, y juntos prosiguieron hasta Patagones, donde fueron desembarcados como náufragos. Y con el primer vapor que salía de Patagones para Buenos Aires, volvieron todos a la capital argentina.

Después de este paréntesis tormentoso, Malatesta reinicia la vida de antes, y permaneció en la Argentina, salvo alguna breve escapada a la vecina Montevideo (Uruguay), hasta mediados de 1889. Poco antes de partir, los diarios hicieron mucho ruido en torno a su nombre, como jefe de una banda de monederos falsos. El incidente fué explotado más tarde por la policía italiana en el proceso contra él en Ancona (1898); pero la verdad fué pronto puesta en claro. Galileo Palla había sido arrestado porque la policía, en un allanamiento, le había encontrado un billete falso de moneda argentina; y dado que era conocido como anarquista y amigo de Malatesta, los órganos policiales insinuaron que éste y Natta habían fabricado moneda falsa. Pero todo acabó allí. Palla, reconocida su buena fe y su inocencia, fué puesto en libertad y nada se intentó contra Malatesta y Natta, el último de los cuales quedó largos años todavía en la Argentina. Malatesta partió poco después (segunda mitad de 1889). El año anterior había vuelto a Italia Cesare Agostinelli, que, de regreso en su Ancona, fundó el periódico anarquista *Il libero patto* (1888-89).

³⁸ Este episodio (que erróneamente Nettlau, en su libro, atribuye no a Palla, sino a Malatesta) fué narrado ampliamente por Malatesta, junto con otros detalles de la vida de Palla, hace más de cuarenta años. en un artículo: «Galileo Palla e i fatti di Roma». en *La Rivendicazione*, de Forli, número 20 del 23 de mayo de 1891.

«L'ASSOCIAZIONE» DE NIZA Y LONDRES (1889-1890) — EL
CONGRESO DE CAPOLAGO. — EN SUIZA, FRANCIA, BÉLGICA Y
ESPAÑA — LOS MOVIMIENTOS DE 1891 Y DE 1894 EN ITALIA. — EL
CONGRESO INTERNACIONAL SOCIALISTA OBRERO DE
LONDRES.— «L'ANARCHIA» (1896).

Ya en octubre de 1889, Malatesta estaba en Niza, donde inició las publicaciones de *L'Associazione* (el primer número es del 10 de octubre) con programa e intención de fundar un partido internacional socialista anarquista revolucionario, preconizando la concordia, el apoyo mutuo y la recíproca comprensión de las diversas tendencias del anarquismo. Le interesaba especialmente determinar un acercamiento entre los comunistas anarquistas y los colectivistas anarquistas, que eran todavía numerosos, en mayoría entonces en España. Pero no pudo quedar largo tiempo en Niza, dada su calidad de expulsado de Francia diez años antes. Habiendo desenmascarado en *L'Associazione* al viejo espía Terzaghi,³⁹ que había reiniciado su obra nefasta desde Ginebra bajo el falso nombre de Azzati, la policía francesa lo buscaba; pero Malatesta, antes de ser alcanzado, pudo refugiarse tranquilamente en Londres. De su periódico, después de tres números escritos en Niza, salieron otros cuatro en Londres. Con el número 7 (del 23 de enero de 1890) *L'Associazione* tuvo que suspender la aparición, porque un mal compañero, un cierto Cioci, un día desapareció llevándose todo el dinero del periódico.

Fué un gran daño, porque *L'Associazione* era redactada con mucho esmero, llena de material interesante. Colaboraba en ella también Merlino. Publicó notables escritos sobre el parlamentarismo, sobre las elecciones de protesta, sobre el comunismo y el colectivismo, sobre la organización, sobre la práctica del robo, etc. Malatesta, que en tanto había instalado en el barrio de Islington, en un pequeño local, su habitual taller de mecánico, no perdió el ánimo. Publicó una serie de folletos — entre ellos la edición definitiva de *Entre campesinos* y la primera edición de *La Anarquía* — y volvió a escribir para los periódicos anarquistas italianos y franceses, y sobre todo volvió a trabar relaciones con los compañeros de Italia, para dar mayor impulso al movimiento en la península. Resultado de ese impulso del trabajo organizador fué la decisión, entre los compañeros, y la preparación de un congreso anarquista italiano para el año siguiente.

Como en aquellos años, que eran los primeros, la manifestación internacional del primero de mayo había asumido un fuerte carácter revolucionario en todas partes, y se esperaban, especialmente en París, acontecimientos sensacionales, Malatesta se fué a esa ciudad a fines de abril (1890), en la esperanza de poder participar en un movimiento serio. De un artículo posterior de crítica ⁴⁰ se pueden deducir sus intenciones al respecto, o lo que él creía que se habría podido hacer, y lo que

³⁹ Terzaghi, en tiempos de la Internacional, se había distinguido como un agente provocador que en las filas de la Asociación hacía el doble juego, ya de marxista, ya de extremista de los más violentos. Redactaba un periódico en Turín. Fué descubierto como espía por Cafiero y, después de haber hecho bajo periodismo de chantages, desapareció. Volvió a la obra después de 1880 bajo el nombre de Azzati, pero sólo poniéndose en correspondencia con los compañeros, sin hacerse ver personalmente nunca. Malatesta descubrió de nuevo las intrigas epistolares en 1889: y entonces fué «liquidado» definitivamente.

⁴⁰ Véase *La Révolté* de París. número posterior al primero de mayo de 1890.

ciertamente habría aconsejado a los compañeros: provocar grandes manifestaciones en las calles, y aprovechar la ocasión para atraer a todos los anarquistas y a parte de los manifestantes hacia uno o dos de los barrios más altos de París, Montmartre o Belleville y, aprovechando el hecho que todas las fuerzas de la policía se hallarían concentradas en las proximidades del Sena, atrincherarse en aquellos barrios populares, levantar barricadas, defenderse. No se habría tal vez podido quedar dueños del campo más que algún día o algunas horas, pero mientras tanto se habría podido comenzar la expropiación y hacer ver a las masas, con los hechos, cuáles serían las ventajas de la revolución. Dada la situación del momento en Francia y en Europa, eso habría causado una impresión enorme y una inmensa propaganda. Pero las esperanzas de Malatesta no se realizaron, y volvió días más tarde a Londres.

Se debe a la pluma de Malatesta el texto de un largo y enérgico manifiesto abstencionista que se publicó en noviembre (1890), en ocasión de las elecciones generales de aquel año en Italia. Era una especie de «declaración de guerra» y de «guerra a muerte» a los dominadores italianos, firmada «por encargo de grupos y Federaciones anarquistas» por una setentena de compañeros residentes en el exterior, entre los cuales hallamos los nombres, aparte del de Malatesta, de los compañeros más conocidos de aquel tiempo: Luigi Calleani, Saverio Merlino, Amilcare Cipriani, Nicolo Converti, Francesco Cini, Galileo Palla, Attilio Panizza, etc. ⁴¹ En aquellos tiempos Malatesta fué clandestinamente a París, mientras se encontraban allí Amilcare Cipriani y Andrea Costa. Por intervención de Cipriani, Malatesta se reconcilió entonces personalmente con Costa, con quien había roto violentamente toda relación alrededor de 1880, en tiempo de la apostasía del segundo. Pero fué una reconciliación muy superficial.

Los preparativos para el congreso italiano prosiguieron, y se decidió que se celebraría en el cantón Ticino. Se convocó públicamente para el 11 de enero de 1891 en Lugano, y fueron invitados a participar en él los socialistas de todas las corrientes. (Entonces no se había llegado todavía a una separación definitiva entre anarquistas y socialistas, a pesar de su disentimiento profundo teórico y práctico; la separación, por decirlo así, oficial, se tuvo en Italia en el congreso de Génova de 1892 y, en la serie de los congresos internacionales, en el de Londres, de 1896.) El trabajo de preparación local se había hecho en Lugano por Attilio Panizza, Francesco Cini y Antonio Cagliardi. Cino, por un incidente que le provocó la policía, fué arrestado y expulsado, y entonces fué a sustituirlo Amilcare Cipriani, que en aquel momento se declaraba anarquista. La policía suiza estaba alarmada, y todas las policías europeas habían enviado sus agentes a Lugano. Se decía que en el último momento el congreso había sido prohibido y los congresistas expulsados antes de Suiza serían arrestados. Pero el día 7 de enero se supo que, en cambio, el congreso se había celebrado ya en Capolago y había terminado sus trabajos. Había durado tres días (4, 5 y 6 de enero) y habían participado en él delegados

⁴¹ A propósito de este manifiesto, un episodio curioso era contado por Calleani (citado por Borghi, *Errico Malatesta*, etc., op cit., páginas 83-84). Cipriani quería hacer firmar el manifiesto también por Andrea Costa, que hacía alarde por aquella época de intenciones revolucionarias. Y como alguien se reía de la ingenuidad de Cipriani, éste se enfureció: «Mañana os traigo la firma de Costa, contad con ella». Pero volvió de visitar a Costa decepcionado. Se dejó caer en una silla, suspirando desolado: *es un hombre perdido Andrea; no ha querido.*

numerosos, entre ellos Cipriani, Malatesta, Merlino, Gori, Molinari, Luigi Pezzi, etc. (Calleani fué arrestado durante el viaje).

En el congreso triunfó la orientación anarquista (los socialistas que acudieron fueron dos o tres apenas, y quedaron más bien como espectadores) en el orden de ideas sostenido ya por Malatesta en *L'Associazione* de Londres. Las resoluciones fueron publicadas en folleto, y también en *La Société Nouvelle* de Bruselas, ilustradas por Merlino. Las más importantes fueron dos: la constitución de una organización socialista anarquista revolucionaria en Italia, y la preparación de grandes manifestaciones en todas las ciudades para el próximo primero de mayo. Secretamente, luego, se tomaron acuerdos para tratar de dar a esas manifestaciones un impulso insurreccional. Después del congreso, a pesar de las investigaciones de la policía suiza, Malatesta consiguió escurrirse y partir como todos los demás. Volvió a Londres sin inconvenientes, y en marzo estaba allí todavía, puesto que el 18 conmemoró la Comuna de París.

A consecuencia de los acuerdos tomados en Capolago, Cipriani inició poco después una gira de conferencias y de mítines en la Italia central y meridional, que concluyó con el gran mitin de Roma el primero de mayo, en la plaza Santa Croce in Gerusalemme, acabado — como se recordará — trágicamente y con el arresto de Cipriani y de una cantidad de compañeros. También en Florencia aquel día sucedieron hechos graves. Malatesta había llegado clandestinamente a Italia en abril y estuvo allí hasta un tiempo después de los sucesos. Visitó el septentrión de Italia y parte de las regiones centrales. No sé si estuvo en Roma el primero de mayo o en Florencia. Se detuvo algún tiempo en Carrara, donde había entonces y hubo por mucho tiempo un poderoso núcleo anarquista pronto a la acción. Cuando abandonó Italia, de paso para Suiza, se detuvo en Lugano, en casa de Isaia Pacini, donde, esta vez, la policía suiza, a la que lo señaló un espía italiano, logró detenerlo (22 de julio de 1891).⁴²

Procesado por contravención a la expulsión, fué condenado a 45 días de cárcel, al terminar los cuales fué mantenido en prisión, porque entre tanto el gobierno italiano había pedido su extradición, con el pretexto que Malatesta había organizado el congreso de Capolago, que allí se habían decidido los hechos del primero de mayo, y que estos eran hechos de delincuencia común. Pero el tribunal federal de Lausana negó la extradición con una sentencia que fué una bofetada al gobierno italiano. Se decía en ella, en cierto punto: «El gobierno italiano pretende que Malatesta y sus compañeros son malhechores, que cubren sus crímenes con apariencias políticas; en cambio, de los mismos documentos comunicados por el gobierno italiano, resulta que se trata de sus enemigos políticos, de los que quiere desembarazarse, calumniándoles como malhechores.» Pero la satisfacción tenida no impidió que Malatesta cumpliera, por eso, otros 45 días de cárcel, en todo, tres meses, después de los cuales volvió a su refugio londinense.

De allí volvió pronto a salir, porque a fines de año y a principios de 1892 estaba en España; primero en Barcelona, donde quedó algún tiempo y escribía en *El*

⁴² Muchos detalles sobre el Congreso de Capolago, sobre el viaje de Malatesta a Italia, sobre el regreso a Suiza, la detención, etc., me fueron contados por el compañero Antonio Gagliardi, muerto en Bellinzona en 1926.

Productor — entre otras cosas tuvo allí una polémica con P. Schicchi, que escribía entonces en el *Porvenir anarquista*, de tendencias antiorganizadoras — luego en Madrid, en Andalucía, etc., haciendo una gira de conferencias junto con Pedro Esteve. Estaba allí todavía cuando el 6 de enero (1892) estalló la revuelta de Jerez de la Frontera, que fué sofocada en sangre. La policía española, que sospechó una ingerencia suya en los hechos, lo buscó afanosamente; pero consiguió desaparecer, y llegar unos días después a Londres.

Se remonta a aquellos años, 1891-92 el comienzo de largas, ardientes y a veces ásperas polémicas entre Malatesta y los anarquistas que disientían de él sobre las cuestiones más diversas: organización, sindicatos, moral, atentados, etc. En tiempos del congreso de Capolago, también *Le Révolté* le criticó acremente. En Londres salían manifiestos violentos contra Malatesta, Merlino, Cipriani, etc. En París apareció alguna hoja con el título *Il Pugnale* con el mismo tenor. Aquellas discusiones, naturalmente, tuvieron su repercusión en Italia y continuaron por un tiempo. Malatesta escribió en sostén de sus ideas una cantidad de artículos en varios periódicos (*La Révolté* y *En-dehors*, de París,⁴³ *La Campana*, de Macerata, *La Propaganda*, de Imola, etc.). Sobre los atentados apareció una entrevista de Malatesta en *Le Figaro* de París. Dió también, sobre tales argumentos, conferencias, y tuvo discusiones orales en los clubs anarquistas de Londres. Ejerció no poca influencia en aquel período, desde 1892 a 1895, sobre los anarquistas franceses emigrados en Londres durante las persecuciones que siguieron a los frecuentes atentados de aquellos años. Se debe también a tal influencia el ímpetu con que algunos prófugos, de regreso en Francia, se entregaron a un trabajo metódico de penetración en el movimiento obrero.

Pero él continuaba, de tanto en tanto, interrumpiendo su residencia en Londres, donde ejercía siempre el oficio de mecánico, por alguna fuga clandestina al Continente, apenas se le presentaba la esperanza de movimientos revolucionarios populares. Aunque estaba expulsado de Bélgica desde 1880, fué allí junto con Carlo Malato en 1893,⁴⁴ durante la gran agitación obrera socialista por el sufragio universal, que culminó en una huelga general que en cierto momento pareció convertirse en revolución. Estaba también allí Amilcare Cipriani, pero por su cuenta. El año después, 1894, durante los movimientos de carácter socialista en Sicilia y de la tentativa insurreccional anarquista de Carrara, estuvo de nuevo clandestinamente en Italia — esta vez de acuerdo y contemporáneamente con Saverio Merlino, Carlos Malato y Amilcare Cipriani, pero cada cual en zonas diversas determinadas — visitando gran parte de la península septentrional y central. Se detuvo algunos días también en Ancona, donde redactó un número o

⁴³ Uno de los principales escritos sobre el terrorismo revolucionario de Malatesta fue publicado precisamente en *En-dehors: Un poco de teoría* (17 de agosto de 1892). reproducido después en diversas ocasiones. Aquel artículo dió lugar a un escrito polémico de Emilio Henry, en oposición a las ideas de Malatesta. Henry, un anarquista culto, inteligente y valeroso, debía morir dos años después, guillotinado, a consecuencia de un atentado terrorista. De la polémica habla E. Zoccoli en su conocido libro sobre *La Anarquía*, que no tengo a mano.

⁴⁴ No recordaba bien esta fecha. pero la he visto precisada recientemente por Nettleau. Encuentro la confirmación en *L'Agitazione*, de Ancona, de 1897, donde Malatesta reproduce con notas suyas, bajo el título «Cómo se conquista lo que se quiere», algunas correspondencias de Bélgica al *Avanti!*, de Roma, de lo que resulta que el período más agudo de aquel movimiento fué precisamente el año 1893. Carlos Malato recogió en forma chistosa aquella especie de expedición en el capítulo «La campaña de Bélgica», de su libro *Les Joyeusités de l'Exil* (Edit. P. V. Stock. París, 1897).

dos del periódico anarquista *L'Art*. 248, que se publicaba allí, y el número único de *Il Commercio*. La policía italiana supo de su presencia, todos los periódicos hablaron, se le dió una caza feroz, pero él, después de estar donde quiso (en Milán tropezó con Filippo Turati), y después del fin desdichado de los movimientos, volvió incólume a Londres. Así consiguieron volver a París Cipriani y Malato; pero no Saverio Merlino, a quien un espía denunció y fué detenido en Nápoles. Desde mitad de 1894 a comienzos de 1896 hubo un período de fuerte reacción contra los anarquistas en casi toda Europa, y su prensa calló casi en todas partes por más de un año. Era posible hacer algo en Inglaterra, y muchos prófugos se refugiaron entonces en Londres, en especial de Italia (Gori, Edoardo Milano) y de Francia (Emile Pouget, Guérineau, Malato, etcétera). La casa y el negocio de los esposos Defendi, en donde habitaba Malatesta, en el número 112 de High Street, Islington, eran un punto de convergencia para todos los que llegaban a Londres. ¡Cuántas discusiones tempestuosas y fraternas en la cocinita detrás del negocio de comestibles del buen Defendi, que servía de ateneo! Y también cuántos proyectos, cuántas esperanzas, cuántos dolores... La policía francesa había señalado aquella dirección a todas las oficinas postales, para que se secuestrase toda la correspondencia dirigida allí.

Fué en medio del fuerte número de anarquistas prófugos en la capital británica de los diversos países, que se concertó en la segunda mitad de 1895, de acuerdo con los compañeros ingleses, una intervención regular y bien organizada de las fuerzas anarquistas y de las obreras de tendencia más libertaria y revolucionaria, en el próximo Congreso internacional obrero socialista que se debía celebrar en Londres al año siguiente. Malatesta fué uno de los más activos artífices de la preparación sucesiva, escribió un largo manifiesto, solicitó envío de delegados y de delegaciones para los compañeros que estaban en Londres, hizo propaganda entre el elemento inglés incluso no anarquista, etc. La esperanza de una afirmación anarquista numerosa, si no precisamente de una mayoría, era posible debido a la orientación libertaria tomada por muchos sindicatos franceses, bajo el impulso de F. Pelloutier, Pouget y Tortelier; de la determinación de una fuerte corriente anarquista entre un núcleo de socialistas alemanes que seguían a Landauer; por las tendencias antimarxistas de algunos socialistas ingleses, como William Morris, Tom Mann y Keir Hardie; por la prevalencia del socialismo libertario en Holanda, con Domela Nieuwenhuis; por la fracción alemanista del socialismo francés; etc. Tanto que, cuando en julio (27 de julio a 1 de agosto de 1896) se reunió en Londres el congreso, los socialdemócratas y los marxistas pudieron tener la mayoría sólo por el gran número de sus delegados alemanes, belgas e ingleses, y por las representaciones y delegaciones, en gran parte ficticias, que habían hecho llegar de las más lejanas y pequeñas nacionalidades.

En el congreso, Malatesta representó una parte notabilísima.⁴⁵ Fué uno de los pocos oradores anarquistas que logró imponerse y hacerse escuchar, a pesar del sistemático y ruidoso obstruccionismo de la disciplinada mayoría marxista. Era

⁴⁵ En ocasión del Congreso, pero fuera de éste, los anarquistas llegados a Londres celebraron también diversas reuniones importantes para entenderse entre ellos sobre la orientación del propio movimiento y de la propaganda entre las masas obreras. Entre otras cosas, Malatesta expuso allí las propias ideas sobre el problema agrario (véase Nettlau, op. cit.).

delegado de la mayor parte de las asociaciones obreras españolas, de tendencia libertaria (que no habían podido mandar representantes propios a causa de la reacción), de algunos grupos anarquistas italianos y de un sindicato francés. Fernand Pelloutier era delegado de Cámaras del Trabajo italianas; Pietro Gori, de grupos italianos y de sociedades obreras de Norteamérica. No obstante, la mayoría marxista se impuso y consiguió fácilmente hacer votar la exclusión definitiva de los anarquistas, de los socialistas antiparlamentarios y de todas las uniones obreras que no aceptaban la conquista de los poderes públicos, de los futuros congresos internacionales socialistas. Malatesta hizo un relato vivaz de las sesiones del congreso en dos o tres artículos para la *Italia del Popolo*, diario republicano de Milán, y resumió sus ideas al respecto en el número único *L'Anarchia*, publicado por él poco después del congreso (Londres, agosto de 1896).⁴⁶

Este número único *L'Anarchia*, además de precisar la posición del anarquismo en el socialismo, en controversia con la social democracia, era dirigido también a reafirmar el carácter socialista y humano del anarquismo, en comparación con las tendencias individualistas de éste, a defender la práctica de la organización anarquista y obrera, y a reaccionar contra las tendencias amoralistas e inconsideradas de algunas formas de propaganda y actividad anarquista. Aquella publicación ejerció mucha influencia sobre el movimiento anarquista italiano, y se puede decir que en ella se echaron las bases de toda una orientación definida y metódica, que Malatesta mismo debía ir poco después a propagar y a defender personalmente en Italia.

⁴⁶ Un relato ordenado, completo e imparcial del Congreso se encuentra en el libro *Le socialisme et le Congrès* de Londres, de A. Hamon (Edit. P. V. Stock, París). Véase también *Pagine di Vagabondaggio*, IX volumen de las obras de Pietro Gori (Edit. «La Sociale», Spezia), págs. 99-117: *Il Congresso Internazionale Operaio e Socialista di Londra*.

EN ITALIA DE INCÓGNITO. — «L'AGITAZIONE» DE ANCONA (1897-98). — LOS MOVIMIENTOS ITALIANOS DE 1898. — ARRESTO, PROCESO Y CONDENA. — CÁRCEL Y «DOMICILIO COATTO». — FUGA. — «LA QUESTIONE SOCIALE» DE PATERSON (1899—1900).

Pocos meses mas tarde, en efecto, en marzo de 1897, Malatesta estaba de nuevo en Italia, en Ancona, también esta vez de incógnito, para iniciar allí la publicación de un nuevo periódico: *L'Agitazione*. Cerca de un mes después de la llegada tuve el gran placer de verlo por primera vez, y he relatado ya cómo, al principio de este trabajo. Su condena de 1884 debía prescribir dentro de pocas semanas; pero había tenido prisa por llegar, para poner pronto un dique a la desviación que amenazaba determinar la reciente evolución de Saverio Merlino hacia el socialismo parlamentario.

El ingenio y la cultura extraordinarias de Merlino, su evidente buena fe y la influencia del nombre hacían más peligrosa la amenaza; y Malatesta no vaciló en ponerse resueltamente contra su viejo amigo y compañero, aun conservando en la polémica con él la máxima serenidad y cordialidad de maneras. Ya había tenido lugar, en cartas públicas, en un diario popular de Roma,⁴⁷ una breve discusión entre los dos; y prosiguió largamente en *L'Agitazione*, desde el primer número (14 de marzo de 1897) todo aquel año. Cuando cesó la polémica, sus efectos fueron evidentes. Casi ningún anarquista siguió a Merlino — el único un poco conocido fué el joven abogado Cenuzio Bentini, que luego fué uno de los más elocuentes diputados socialistas — y Merlino permaneció aislado, demasiado revolucionario, ecléctico e independiente para ser bien visto en el ambiente socialista, pero demasiado legalitario para los anarquistas, con los cuales conservó hasta la muerte las más amistosas relaciones. Malatesta dejó a Merlino, en aquel año, la más amplia libertad de exponer sus ideas en *L'Agitazione*, refutándolas, naturalmente, del modo más completo.

Este periódico, que creo que ha sido el más importante, histórica y teóricamente, de los que ha redactado Malatesta — el hecho de estar obligado a permanecer oculto hizo que la acción práctica y la propaganda pública imposibles, o casi, no le desviasen del trabajo intelectual —, tenía más el carácter de revista que de periódico y se impuso inmediatamente a la atención de los compañeros y de los adversarios. Bajo su influencia, no pocos elementos nuevos, especialmente socialistas, pasaron al campo anarquista : entre otros, Giuseppe Ciancabilla, redactor de *Avanti!* y Mamolo Zamboni, de Bolonia (el padre de Anteo Zamboni, que atentó contra la vida de Mussolini en octubre de 1926). Fué *L'Agitazione*, con la acción desarrollada por Malatesta también en conferencias, lo que determinó en Italia la iniciación de un movimiento anarquista de ideas y de hechos orgánico y coherente, que no se detuvo desde entonces en adelante.

⁴⁷ *Il Messaggero*, de Roma: primera carta de Merlino a los anarquistas para incitarles al método electoral, en el número 29 del 29 de enero de 1897; respondió Malatesta en el número 38 del 7 de febrero; réplica de Merlino en el número 41 del 10 de febrero.

Las ideas y la táctica propiciadas por Malatesta en aquel periódico eran las mismas expuestas en el número único de *L'Anarchia*, de Londres; acentuó allí la crítica al marxismo y al individualismo, reaccionó contra las tendencias armonistas y espontaneistas de Kropotkin — sin polemizar, sin embargo, directamente con éste y casi sin nombrarlo —, insistió sobre la necesidad de organizar el anarquismo en partido, y propagó, por primera vez en Italia, el método sindical y la acción directa obrera.⁴⁸ El lenguaje polémico, de propaganda y de crítica a las instituciones vigentes era sereno y lleno de calma, privado de toda violencia verbal y de toda retórica. Hubo compañeros que le reprochaban entonces que era «demasiado inglés»; pero respondía que prefería decir sus ideas de modo que pudiesen llegar al público y ser comprendidas, más bien que en una forma grata sólo a los ya convencidos, que alejaría a los demás o bien provocaría el secuestro del periódico, lo que entonces equivaldría a no decir nada. Mostró experimentalmente con *L'Agitazione* cómo se pueden decir las cosas más atrevidas y audaces con las palabras menos violentas y más razonables.

El tono del periódico y su elevación bien pronto preocuparon al gobierno italiano. Sus agentes habían señalado ya la desaparición de Londres de Malatesta y se comenzó a sospechar que estaba en Ancona o en sus contornos. Una nube de espías, en los disfraces más diversos y cómicos, cayó sobre la pequeña ciudad. Se hicieron allanamientos, también en la provincia, en casas de viejos internacionalistas; se secuestró por algunos días toda la correspondencia del periódico. En vano. Sin embargo, Malatesta no se escondía casi nunca; y la única precaución que tomaba era la de salir solo, y nunca en compañía de anarquistas. También adversarios conocidos habían tropezado con él varias veces; y no se abstuvo siquiera de dar algunas conferencias en la provincia (Iesi, Fabriano, Porto S. Giorgio, Foligno, etc), donde se hacía presentar con el nombre de Giuseppe Rinaldi. Un tiempo después publicó en *L'Agitazione* una carta que fingía escrita desde un lejano pequeño centro de Italia, en donde protestaba contra las pesquisas policiales; reconocía que estaba en Italia desde hacía tiempo, pero no se mostraba en público sólo porque no quería ser encarcelado, aunque tenía derecho a que se le dejase tranquilo, estando ya prescrita la vieja condena de Roma.

Pero al fin, en noviembre, es decir, después de nueve meses de permanencia clandestina, fué descubierto, por casualidad. La mujer de un compañero, al darse cuenta de que este iba a menudo misteriosamente a la casa donde habitaba Malatesta (en vía Podesta, 24), ignorante de todo, creyó que iba al piso superior a encontrarse con otra mujer, y se encaró con ésta por la calle. La agredida gritó que en cambio el hombre iba a verse con «uno que estaba escondido»; se hizo un poco de escándalo, se reunió gente. Por la noche, los amigos aconsejaron a Malatesta que cambiase pronto de residencia; pero no quiso, prefería ahora que lo hallasen y ver qué le iba a suceder. En efecto, a la mañana siguiente fué la policía, y no tuvo más que empujar una puerta abierta para descubrir a un desconocido que estaba escribiendo junto a una mesa, en medio de una cantidad de libros y periódicos. Dijo de inmediato quién era, fué arrestado y llevado a la jefatura con una cantidad

⁴⁸ Fué en *L'Agitazione* donde, mientras estaba aún escondido, publicó los primeros diez diálogos de su trabajo *En el Café*, que hubo de interrumpir por las circunstancias ulteriores, y sólo muchos años después había de proseguir y ultimar.

de cartas suyas; pero unas horas después, y tras breves explicaciones con el questor, se le restituyó todo y fué dejado en libertad.

Entonces, libre de moverse, tomó parte más activa en el movimiento. Multiplicó sus conferencias en la ciudad y en su provincia, tuvo controversias con oradores de otros partidos, organizó reuniones, etc. Pero fué por poco tiempo. En enero comenzaron en el Sur de Italia y se propagaron por las Marcas, los tumultos por el encarecimiento del pan, que luego prosiguieron en toda Italia por casi medio año. Durante una demostración popular, el 18 de enero, Malatesta fué arrestado, junto con un grupo de compañeros, en una calle de la ciudad. Fueron arrestados también Adelmo Smorti, administrador de *L'Agitazione*, Felicioli, Bersaglia y otros. Y en número de nueve fueron sometidos a proceso por el delito habitual de «asociación para delinquir». Hubo una novedad en este proceso: que mientras hasta entonces los anarquistas procesados por asociación negaban regularmente el hecho de estar organizados, atrincherándose muchos tras una concepción antiorganizadora propia, Malatesta y sus compañeros, en cambio, declararon estar organizados, reivindicando el derecho de los anarquistas a asociarse en partido.

Eso dió lugar a una agitación en toda Italia «por la libertad de asociación», promovida por la Federación socialista anarquista romagnola, y conducida con fervor desde las columnas de *L'Agitazione*, que siguió publicándose, a pesar de los repetidos secuestros y el arresto sucesivo de varios redactores llegados de fuera para hacerse cargo del trabajo (Vivaldo Lacchini, Nino Samaja, Luigi Fabbri). Más de tres mil compañeros, en nombre de una infinidad de grupos y círculos anarquistas, firmaron un manifiesto público — que fué presentado al proceso Malatesta por la defensa — en el cual declararon su fe, se afirmaban asociados en partido y solidarios completamente con los procesados de Ancona. La protesta superó las fronteras. Se asociaron a ella compañeros y simpatizantes de otros países de Europa y hombres conocidos de los otros partidos populares, entre los primeros Giovanni Bovio.

Así el proceso se convirtió en una verdadera batalla civil por las libertades públicas, además de ser, como tantos otros, un óptimo medio de propaganda anarquista. Las sesiones se desarrollaron ante el Tribunal correccional anconetano del 21 al 28 de abril; fueron ricas en incidentes, los imputados hicieron erriégicas declaraciones y Malatesta, en fin, pronunció una autodefensa que conmovió vivamente a todos. Numerosos defensores hablaron en favor de los procesados y de la libertad de pensamiento y de asociación, entre ellos Enrico Ferri, Saverio Merlino y Pietro Gori, el último de los cuales aprovechó la ocasión para dar una de sus arrebatadoras conferencias en apología del ideal anarquista. A pesar de eso, no se obtuvo la deseada absolución; Malatesta fué condenado a 7 meses de detención, Smorti, Felicioli, Panfichi, Petrosino, Bellavigna, Baiocchi y Bersaglia a 6 meses, y Cerusici fué absuelto.

También esta vez, como había ocurrido en el proceso contra Malatesta, Merlino y compañeros en 1884, el representante de la acusación rindió homenaje a la honestidad personal de los imputados, que se convertían en «delincuentes» sólo por el hecho de estar organizados. Dijo incluso más a propósito de la moralidad de los acusados el Ministerio público: puso de relieve que desde cuando había comenzado en Ancona la propaganda de Malatesta, había disminuido notablemente la delincuencia en la ciudad, especialmente las riñas, los hechos de

sangre, la embriaguez, etc. Pero, agregaba la explicación, ¡disminuía la delincuencia sólo porque se preparaban cosas mucho más graves! Por eso se tuvieron las condenas, aunque no las pedidas por el acusador oficial...

Sin embargo, esta sentencia, desde el punto de vista político, era una victoria, porque fué descartada la imputación de «asociación para delinquir», cambiándose así radicalmente la jurisprudencia italiana en relación a las asociaciones anarquistas, que desde entonces no fueron consideradas ya de malhechores, sino simplemente subversivas. Materialmente era también un beneficio, porque la asociación para delinquir podía implicar condenas hasta de cinco años de reclusión y siete para los jefes o supuestos tales, mientras la asociación sediciosa no podía recibir más que, a lo máximo, 18 meses de detención. La sentencia fué luego confirmada en apelación y en casación, y así se tornó definitiva.

En tanto, durante la prisión de Malatesta los tumultos populares se habían comunicado del meridional al septentrión de Italia; y pocos días después del proceso, el 8 de mayo (1896), estallaron más violentos que los anteriores los tumultos de Milán, seguidos de una feroz represión con muchos muertos y heridos. Se desencadenó la reacción en toda Italia del modo más implacable. *L'Agitazione* fué suprimida y los redactores que quedaban aún libres fueron detenidos o se fugaron. El Parlamento aprobó leyes de excepción, fué remozado el «domicilio coatto» con sistemas peores que antes. Malatesta habría debido ser libertado a mediados de agosto, y los demás un mes antes; pero fueron todos retenidos en la cárcel y condenados a cinco años de «domicilio coatto» en las islas. Malatesta fué transportado a Ustica, de donde más tarde se le llevó a Lampedusa.

No estuvo mucho tiempo en la isla. La idea de escapar debió presentársele de inmediato y espontáneamente frente al Mediterráneo, mientras en aquella especie de escollos estériles e inhospitalarios sintió que sus días pasarían aburridos e inútiles. El traslado de Ustica a Lampedusa fué motivado precisamente por el temor en el gobierno de una fuga, más fácil en la primera que en la segunda de las islas. Pero en Lampedusa en cambio la tarea fué más fácil por una circunstancia muy semejante a la de la amistad con el director de la cárcel de Trani en 1874. Malatesta inspiró una simpatía tan viva al director de la colonia de los confinados, que éste le dió a él y a todos los confinados políticos, todas las facilidades posibles, cerrando los ojos sobre todo. Muchos deportados vivían fuera de los lugares destinados, tenían correspondencia con el continente, hacían excursiones en el interior de la isla, etc. Los preparativos de la fuga fueron realizados cómodamente. Sé que le dió una mano también el socialista Oddino Morgari, que fué una vez a visitar la colonia, en su calidad de diputado al Parlamento. Lo cierto es que la noche del 9 de mayo (1899), en la obscuridad más completa y con mar picado, Malatesta, el compañero Vivoli de Florencia y un confinado común, alcanzaron a nado una barca de pesca que (con el socialista siciliano Lovetere a bordo) les esperaba un poco alejada, y con ella se pusieron en marcha rumbo a Malta.

Mientras el director de la colonia no sabía nada todavía, al día siguiente llegaba a la isla un inspector gubernativo. Parece que alguna voz de los proyectos de Malatesta había llegado ya a Roma. El inspector pidió la presencia de Malatesta, el director envió un recadero a buscarlo, pero... Malatesta no se encontraba. En una palabra: la fuga fué descubierta y denunciada telegráficamente a Roma y a Girgenti. Fuerron arrestados nueve confinados, amigos y compañeros de Malatesta,

sospechosos de complicidad, y pocos días después el director de la colonia fué destituido. Los arrestados, trasladados de Lampedusa a Cirgenti, encontrándose en las cárceles de esta ciudad, recibieron un día la visita del director destituido que quiso saludarles. Se alegró con ellos de la fuga de Malatesta, exclamando sólo con amargura y casi con lágrimas en los ojos: «¡ Malatesta no ha tenido confianza en mí ; si me lo hubiese dicho, escapaba también yo con él!»

Mientras tanto Malatesta llegó a Malta. Allí estuvo ocho días, el tiempo necesario para esperar el barco con que llegar a Inglaterra, y unos días después estaba en Londres, en su viejo alojamiento del barrio de Islington.⁴⁹ Por el momento no quedó mucho allí. Cediendo a las invitaciones que le llegaban de Norteamérica, en especial de su viejo amigo español Pedro Esteve, que residía en Paterson, N. J. consintió en ir a pasar algunos meses de propaganda en los Estados Unidos. En agosto estaba ya en Paterson.

Nettlau recuerda en su libro que mientras Malatesta estaba en la isla, socialistas y republicanos propusieron llevarlo como candidato en las elecciones comunales y provinciales para obligar al Gobierno a libertarlo; pero rehusó enérgicamente con una carta al *Avanti !* de Roma (21 de enero de 1899). Saverio Merlino, que tal vez había aconsejado a los socialistas y a los republicanos que hiciesen aquella propuesta, volvió a la carga en mayo, después de la fuga; pero de nuevo protestó Malatesta con una carta a Jean Grave desde Londres (*Les Temps Nouveaux*, París, 9 de junio).

En Paterson, N. J. se publicaba ya desde 1895 por cuenta del grupo «Diritto all'Esistenza», el periódico anarquista *La Questione Sociale*, nacida con un programa comunista anarquista organizador. Pero confiada hacia 1898 a Giuseppe Ciancabilla, que en el exterior y durante su permanencia en París, se había vuelto poco a poco hacia el individualismo antiorganizador, el periódico había cambiado un tanto de orientación, aunque el grupo «Diritto all'Esistenza» permanecía fiel al programa primitivo. Llegado Malatesta a Paterson, el contraste entre el grupo y el periódico se agudizó; y habiendo el primero, en una reunión, decidido por ochenta votos contra tres que el periódico quedase fiel al programa originario organizador, Ciancabilla se retiró y fundó otro periódico en West Hoboken, *L'Aurora*. Confiada entonces *La Questione Sociale* a Malatesta, éste agrandó el formato y le dió su habitual impresión personal.

La Questione Sociale, con la redacción de Malatesta, fué como una continuación de *L'Agitazione* de Ancona. Como era inevitable, por algunos números sostuvo una polémica más bien animada contra *L'Aurora*; y la divergencia de ideas asumió, por un momento, a causa del temperamento especial de Ciancabilla, y tal vez del mismo Malatesta, un carácter personalista. Fué durante esta polémica, y como consecuencia involuntaria de ella, que durante una conferencia de Malatesta, en el calor de la discusión, un exaltado disparó contra él un tiro de revólver que lo hirió en una pierna ligeramente. Pero Malatesta se rehusó con energía a dar importancia y continuidad al incidente; no habló de él siquiera en el periódico, y como los amigos lejanos insistían en protestas vehementes, intervino con estas simples

⁴⁹ Estos detalles de la fuga de Lampedusa los tuve, en parte, de compañeros de Malatesta que quedaron entonces en la isla, y en parte los he tomado de un artículo del artista dramático Achille Vitti en un periódico cuyo nombre no recuerdo. Vitti estaba en aquel período en Malta con su compañía y pasó algunos días con Malatesta.

palabras en forma impersonal : «El compañero Errico Malatesta — vistas las protestas que van publicando los periódicos italianos, aparte de las llegadas directamente a nosotros, a propósito de la pequeña desgracia que le ocurrió y de la cual creímos que no valía la pena siquiera hablar — agradece a los amigos que han querido de esa manera expresarle sus simpatías, pero les ruega... que terminen».⁵⁰ Durante su permanencia en los Estados Unidos dió numerosas conferencias de propaganda en italiano y español en los centros más importantes, desde el Atlántico al Pacífico, sostuvo varias controversias, entre otras alguna con el diputado socialista Dino Rondani, etcétera. En el periódico que él redactó publicó algunos escritos de teoría y de táctica, algunos de importancia fundamental, traducidos y reproducidos más de una vez en otros países. Notables entre ellos, una serie de artículos de *Il nostro programma*, que más tarde, en 1920, fueron utilizados por él para redactar en Bolonia el programa de la Unione Anarchica Italiana, que se lo había encargado. Pero razones personales determinaron pronto su regreso a Londres.

Antes de volver a Inglaterra fué a Cuba para dar allí algunas conferencias. Llegó el 27 de febrero (1900); y la primera conferencia la dió el 1 de marzo en el Círculo de Trabajadores. El gobierno local la había prohibido, y sólo a último momento la permitió, a condición de que no se tratase en ella de anarquismo. Malatesta hizo una exposición completa de los principios anarquistas sin nombrar la palabra «anarquía»; y al fin, dirigiéndose irónicamente hacia el puesto del delegado gubernativo, dijo: «Como veis, ya que no había otra manera, he hablado de todo menos de anarquía.» Dió otras tres conferencias, esquivando como pudo las prohibiciones gubernativas; pero éstas al fin fueron tales que Malatesta decidió irse, y se embarcó de nuevo para Nueva York el 10 de marzo.⁵¹

En el mes de abril (1900) estaba ya en Londres.

⁵⁰ *La Questione Sociale*, de Paterson. N. J., número 8 del 28 de octubre de 1899. Después de la muerte de Malatesta, respecto a aquel incidente, un periodista norteamericano, en un libro suyo, contó algunas cosas falsas, atribuyendo entre otras cosas el tiro de revólver a Ciancabilla, que ni siquiera estaba presente. Haciendo resaltar y rectificando esas torpezas, *L'Adunata dei Refrattari*, de Nueva York (número 5 del 28 de enero de 1933) precisó que el autor del disparo contra Malatesta había sido un desgraciado que no gozaba de ninguna consideración entre los compañeros, un cierto Pazzaglia, que desapareció inmediatamente después del movimiento y murió hace unos años.

⁵¹ Véase el artículo «Visita de Malatesta a La Habana en 1900» en *La Revista Blanca*, de Barcelona, número 229 del 1 de diciembre de 1932.— Malatesta publicó en aquella ocasión un llamado al pueblo cubano en *La Discusión*, de La Habana (10 de marzo de 1900); y en el mismo periódico apareció una entrevista con él (28 de febrero). En el periódico anarquista *El Nuevo Ideal* se publicó también una carta abierta suya a los compañeros cubanos, reproducida luego en *La Questione Sociale*, de Patterson (7 de abril).

VIDA DE OBRERO EN LONDRES (1900-1913). — PERIÓDICOS Y
NÚMEROS ÚNICOS. — CONGRESO ANARQUISTA DE AMSTERDAM
(1907). — EN PRISIÓN EN LONDRES. — REGRESO A ITALIA (1913).

Trece años quedó sin interrupción Malatesta en Inglaterra, después de la partida de los Estados Unidos, salvo algún brevísimo viaje al Continente.

En el mismo año de su regreso, el 29 de julio (1900), en el parque de Monza tuvo lugar la muerte a tiros de revólver del rey Umberto I, por el anarquista Caetano Bresci, que había llegado expresamente de América para Vengar en la persona del monarca las víctimas de la guerra de África, y las masacres proletarias de 1894 a 1898, poner Fin al régimen antiliberal y reaccionario que oprimía también entonces a Italia, del cual el rey era el mayor responsable, y tratar de impulsar a los italianos a la rebelión con el propio ejemplo.

El atentado modificó fuertemente la situación italiana en sentido más democrático, como reconocieron más tarde en alguno de sus artículos incluso Enrico Ferri y Filippo Turati. Pero el hecho provocó en el momento entre los exponentes de las diversas oposiciones de izquierda italianas, estúpidas manifestaciones de fingida condolencia, de deploración y de cortesanería, para reaccionar contra las cuales Malatesta — que había conocido en Paterson a Bresci y se había hecho muy amigo suyo ⁵² — publicó un número único, *Cause ed Effetti* (Londres, septiembre de 1900), en defensa del héroe de Prato, explicando su gesto como un «efecto» lógico de la «causa» representada por la monarquía tiránica y sanguinaria.

En Londres, naturalmente, se volvió a poner al trabajo como mecánico (ahora era también electricista) en su tallercito de Islington, poco distante de donde habitaba. Como tuve ya ocasión de decir, el trabajo le absorbía gran parte del tiempo y sobre todo le fatigaba, de manera que le quedaba poco para dedicarle a un trabajo intelectual constante y continuado. También debía dedicar las noches a dar lecciones de italiano, de francés y de cultura general a algún alumno que le caía, para completar los recursos míseros de su trabajo manual. Además, mucho tiempo había de dedicarlo a estar al corriente intelectualmente, no sólo de las cosas especiales del movimiento ideológico y práctico del anarquismo en los diversos países, sino también del desarrollo del pensamiento científico y filosófico de su tiempo, que seguía atentamente y con gran interés. Nada le era extraño e indiferente, y, también como electricista mecánico, no se contentaba con trabajar materialmente día a día en lo que se le pedía por los clientes, sino que en los libros y en las revistas técnicas trataba de ensanchar sus conocimientos cada vez más.

El idealista y el combatiente, sin embargo, estaban siempre presentes en él, aun cuando se interesaba por las cosas en apariencia más lejanas del objeto de su pasión dominante de revolucionario y de anarquista. En las diversas corrientes del pensamiento contemporáneo hallaba siempre nuevos argumentos en apoyo de las propias ideas, y estas ideas adquirían mayor frescura. En los progresos de la mecánica, de la física y de la química buscaba armas de combate que pudiesen dar

⁵² Me contaron hace muchos años (pero no sé cuánto hay de verdad en el relato), que la noche en que tuvo lugar el hecho del disparo de revólver contra Malatesta en América, fué Gaetano Bresci el que, con evidente peligro para él, se arrojó sobre el energúmeno que tenía el revólver en la mano y lo desarmó.

a la revolución el modo de hacer frente a los medios formidables de destrucción y de muerte de las clases dominantes. Pero no exageraba el valor de sus conocimientos. Veía las cosas como eran, la poca utilidad que se podía sacar de ellas, y no se dejaba arrastrar por la tentación de especializarse en ellas para dejar de lado el resto. Fué, por ejemplo, justamente en ese período suyo de permanencia en Londres, diligente culto del esperanto, sin creer en manera alguna que se pudiesen obtener grandes resultados de él. Pero se contentaba con poder, por medio del esperanto, entrar en relaciones con los compañeros de los países más lejanos, con los cuales la diversidad de idiomas le habría impedido toda correspondencia. Pero ni el trabajo cotidiano para las necesidades de la vida ni el estudio constante que era indispensable a su intelecto le impidieron hacer lo que podía para la propaganda y el movimiento, aunque contribuyesen a limitar su actividad la pobreza de los medios. Quedando siempre en contacto con el movimiento inglés y con el limitado número de sus compañeros italianos de Londres, colaboraba de cuando en cuando en los periódicos de diversos idiomas y seguía con pasión los acontecimientos de Italia⁵³. En 1901 intentó, de acuerdo con algún grupo de compañeros, la publicación del periódico *L'Internazionale*, del que salieron sólo cuatro números; en 1902 *Lo Sciopero Generale*, en italiano y en francés (tres números) y *La Rivoluzione Sociale* (nueve números); en 1905, *L'Insurrezione*.⁵⁴ También él condivide en aquel período las esperanzas que muchos anarquistas habían puesto en el desarrollo que el sindicalismo obrero de acción directa había tomado en Francia, del cual había sido, en cierto modo, desde 1890, un precursor. Cuando este movimiento estaba en su apogeo, y los anarquistas ejercían en él una influencia preponderante, en 1906, en vísperas del primero de mayo se esperaba que la clase obrera francesa, especialmente parisién, aprovecharía la ocasión de la manifestación tradicional para salir a la calle y dar la batalla campal en torno a la plataforma de las ocho horas de trabajo. Malatesta fué entonces de incógnito a París y quedó allí hasta el día siguiente. Publicó en italiano un número único, *L'Emancipazione*, en donde colaboraron también Cipriani, Malato, Felice Vezzani y otros. No se hacía muchas ilusiones: «no marcará este movimiento — decía — una gran conquista, tal vez no será siquiera una gran batalla, pero al menos esperamos que sea una manifestación grandiosa y un gran experimento que dará frutos para el porvenir».

Pero volvió a Londres más bien decepcionado. A fines de aquel año, llamado por él y también por encargo de compañeros italianos de Norteamérica, fuí a Londres y quedé allí una semana, en diciembre; (1906), en su casa. Dormía en una camita improvisa a su lado, y se puede imaginar las discusiones y las largas conversaciones tenidas día y noche. Se había tomado una semana de vacaciones en su trabajo, y pudo así pasar todo el tiempo conmigo. Lo que me sorprendió, fué precisamente su fe disminuida, que era mucha en 1897 y luego, en el

⁵³ Me parece obligado precisar que, aun colaborando en él Malatesta y participando en el trabajo, el periódico *L'Internazionale* no era redactado por él, sino por S. Corio; y *Lo Sciopero Generale* estaba redactado por un grupo de compañeros italianos y franceses (Corio, C. Frigerio y otros). De *L'Insurrezione* sólo recuerdo haber leído la circular de anuncio.

⁵⁴ Me parece obligado precisar que, aun colaborando en él Malatesta y participando en el trabajo, el periódico *L'Internazionale* no era redactado por él, sino por S. Corio; y *Lo Sciopero Generale* estaba redactado por un grupo de compañeros italianos y franceses (Corio, C. Frigerio y otros). De *L'Insurrezione* sólo recuerdo haber leído la circular de anuncio.

movimiento sindicalista. De París había traído la impresión de que el sindicalismo estaba ya en una fase descendente y, además, que disminuía en lo sucesivo, en lugar de aumentar, la combatividad del elemento anarquista. Sobre todo le impresionaba el hecho que bellos temples de luchadores se inmovilizasen y se acomodasen en los puestos de responsabilidad y de dirección de las organizaciones sindicales, y que por otra parte la hostilidad de los revolucionarios se volvía encarnizada y violenta sólo contra las últimas ruedecillas del engranaje estatal, gendarmes y guardias urbanos, o bien contara los crumiros desconocidos, mientras que no se osaba ninguna acción contra los mayores responsables y contra los capitalistas, con quienes, en cambio, se iba a discutir afablemente y con el sombrero en la mano.

«Figúrate — me decía — que el primero de mayo, en una manifestación, el prefecto de policía Lepine se halló por casualidad en un punto de París, perdido y separado de sus agentes en medio de la muchedumbre. No se le tocó un cabello; incluso hubo quienes le rodearon respetuosamente y le abrieron camino para que volviese con los suyos. Si hubiese sido un pobre agente aislado o un crumiro, lo habrían abrumado a golpes.»

Yo no era todavía de su opinión, tal vez porque en Italia el sindicalismo revolucionario estaba todavía en su fase ascendente y permitía muchas ilusiones; pero tres o cuatro años después me di cuenta que sus previsiones se realizaban también en Italia.

Además me manifestó el temor de que también entre los anarquistas italianos se atenuase el espíritu de rebelión, de que se manifestase la tendencia a tomar los caminos más cómodos, aun sin caer en una verdadera y propia incoherencia con los principios. «Sindicatos, agrupaciones, federaciones, huelgas, conferencias, manifestaciones, iniciativas culturales, sí, son todas cosas bellas y también necesarias, pero todo eso se vuelve inútil sin la lucha y la revuelta directas y activas, sin hechos revolucionarios concretos, que si cuestan sacrificios graves y parecen arruinar por el momento el trabajo práctico y alguna iniciativa particularmente simpática, son los que nos mantienen abiertas las puertas del porvenir y de la victoria real.» Un día en que estábamos conversando en su pequeña habitación, vi sobre la mesa un manuscrito suyo sobre «Los anarquistas y la violencia». Sabiendo cuáles eran sus ideas sobre el argumento, le pregunté si lo habría publicado. «No — me respondió — no es este el momento. Hoy me parece que los anarquistas se dejan desviar por un defecto opuesto al de los excesos violentos de que me he ocupado en este artículo. Es preciso reaccionar ahora más bien contra ciertas tendencias al acomodatismo y al quieto vivir, que se van manifestando en nuestros ambientes. Es más urgente, ahora, resucitar el ardor revolucionario que va languideciendo, el espíritu de sacrificio, el amor al riesgo.» Sobre todo esto me hallé completamente de acuerdo con él.⁵⁵

⁵⁵ En aquellos días tuve ocasión de leer, de él, el manuscrito de un breve drama en tres actos: *Lo Sciopero*, que había sido representado poco antes por un cuadro filodramático de compañeros y simpatizantes italianos de Londres. Me dijeron que el trabajo había gustado muchísimo y me gustó también a mí. Pero Malatesta, que había consentido de mala gana que lo leyese, me dijo que lo considerara como una torpeza y me hizo prometer que, aunque cayese en mis manos, no lo habría nunca hecho publicar.

Recuerdo que, habiendo acontecido pocos meses antes en Madrid el atentado de Mateo Morral contra el rey de España, Malatesta me contó las insistencias del redactor de un gran diario reaccionario inglés para arrancarle una entrevista o al menos alguna palabra deplorando el hecho. Malatesta había rehusado: «Ustedes son enemigos, y no se dan explicaciones a los enemigos». Y como el otro insistiera y se extendiese hablando de los inocentes alcanzados por la metralla, Malatesta, impaciente en cierto punto, le interrumpió: «Tiene razón, aquel pobre caballo herido de muerte era del todo inocente». Es verdad que el periodista, al irse, le dijo: «Está bien, no ha querido concederme la entrevista; pero la he hecho ya, y la publicaré igualmente». «¡Y después fíate de las entrevistas!», concluyó diciéndome Malatesta.

Volví a Italia como si hubiese hecho un baño de entusiasmo y de fe. Malatesta me había prometido, entre otras cosas, que volvería pronto con nosotros, que colaboraría en nuestros periódicos, etc., y en consecuencia fuí a varias ciudades italianas. Pero no logré persuadir a mucha gente sobre los proyectos que se habían esbozado, y las condiciones que Malatesta creía indispensables para su regreso no inútil se hicieron esperar muchos años todavía. Por eso no se movió de Londres más que para ir al año siguiente a Amsterdam, al Congreso internacional anarquista que se celebró del 24 al 31 de agosto de 1907.

En ese congreso, Malatesta representó una parte importantísima, con notables discursos, entre otras cosas sobre la organización anarquista y sobre la organización sindical, que determinaron la prevalencia de la corriente igualmente distante de las exageraciones individualistas y del unilateralismo sindical. Polemizó especialmente con Pierre Monatte, exponente de la corriente sindicalista.

Habiendo ido también yo al congreso, junto con el malogrado compañero Arístide Ceccarelli, tuve así el placer de pasar con él aquellos siete días. (Recuerdo que estaba con él su hermano, comerciante en Egipto, entonces de viaje, pero sólo por casualidad, pues no era un compañero.) En el congreso, cuando se fué a votar sobre el sindicalismo, yo, que no era todavía de su opinión, firmé una moción diversa de la suya (la de Monatte, Dunois, etc), aunque después di el voto también a la suya, pues no me parecía que contrastase completamente con la que había preferido. En aquella ocasión me concedió también una entrevista, auténtica ésta, para un periódico italiano— yo vivía entonces del periodismo — que me había pedido algún artículo sobre el congreso, haciéndome así ganar una parte de los gastos de viaje. La entrevista fué publicada, a mi regreso, en *Il Giornale d'Italia*, de Roma (no recuerdo la fecha).

Sobre el congreso, Malatesta escribió un largo relato haciendo resumen y comentarios, exponiendo sus ideas sobre los argumentos más importantes, en *Les Temps Nouveaux*, de París.⁵⁶ Sobre el mismo argumento en *Freedom*, de Londres, y en *Il Risveglio*, de Ginebra expuso en algún otro artículo sus opiniones sobre el sindicalismo (años 1908 y 1909). En Amsterdam había sido nombrado miembro de la Comisión de correspondencia de la «Internacional anarquista» que se había

⁵⁶ En italiano en la revista *Il Pensiero*, de Roma. núms. 10-21 del 16 de octubre y 1 de noviembre de 1907. —En la misma revista, que en aquellos años, de 1903 a 1911, redacté yo junto con Pietro Gori, se encuentran reproducidos casi todos los artículos de Malatesta, que me parecieron entonces más importantes, aparecidos en *Les Temps Nouveaux*, en *Freedom*, de Londres. y en los periódicos en italiano y números únicos de Londres que he mencionado ya.

decidido crear, con sede en Londres, junto con R. Rocker, A Schapiro, Turner y C. Wilquet. Pero los compañeros de los diversos países, más preocupados de los movimientos internos de cada una de sus naciones, no tomaron desgraciadamente en serio el trabajo internacional proyectado, y así poco a poco las funciones del «Bureau» de Londres cesaron.

Max Nettlau, en su libro, describe bastante minuciosamente la vida de Malatesta en los años que siguieron; sus relaciones con Kropotkin, Tcherkesoff, Tarrida del Mármol, E. Recchioni, Arnold Roller, etcétera. Anota que en este período la edad comenzó a hacer sentir su peso sobre Malatesta, junto a los azares de su oficio. Una vez trabajando se lastimó una mano bastante gravemente, y fué un milagro que no se desarrollara a causa de ello una infección de la sangre. A menudo tenía que colocar tuberías para el y gas, y conducciones eléctricas, hacer reparaciones, etc., y era obligado con frecuencia a trabajar en locales fríos y expuestos a las corrientes de aire, a veces echado sobre el pavimento helado. Eso le originó otra vez un ataque violento de inflamación pulmonar, que lo tuvo en peligro de muerte durante varias semanas; y mucho, si se salvó, lo debió a las atenciones de sus huéspedes, especialmente de la señora de Defendi, que tuvo para él los cuidados más minuciosos e incesantes.

En diciembre de 1910 tuvo Malatesta una aventura tan desagradable como involuntaria, que pudo tener para él serias consecuencias, sin su sangre fría y la estimación general de que estaba circundado. Había permitido a un terrorista ruso, de Letonia, trabajar por su cuenta en su taller de mecánico de Islington; y el ruso, abusando de la hospitalidad, se había hecho llevar allí un cilindro de oxígeno, de que se sirvió luego en una tentativa de robo. Descubierta, él y sus compañeros, en flagrante delito, se defendieron a tiros, seguidos hasta su casa de Sidney Street, donde fueron bombardeados militarmente y murieron con una valentía digna de mejor causa. El hecho tuvo entonces extraordinarias repercusiones. La policía descubrió pronto la procedencia del cilindro y su paso por el taller de Malatesta. Éste demostró lo que había ocurrido y no tuvo ulteriores molestias. Pero imagínese cuáles consecuencias se habrían derivado para él en un ambiente diverso (por ejemplo, Italia), y también en la misma Inglaterra si hubiese sido otro y la verdad de sus palabras hubiera podido ser puesta en duda.

El incidente dió ocasión a Malatesta para escribir uno de sus artículos tan claros y precisos sobre la práctica del robo y las relaciones entre el robo legal de los burgueses y el ilegal: *Capitalistas y ladrones*, en *Les Temps Nouveaux*, de París.⁵⁷

Cuando, en 1911, el gobierno italiano, con Giolitti a la cabeza, llevó el país a la empresa de la conquista de Tripolitania y de Cíneraica, con el objetivo evidente de desviar la atención popular de las cuestiones internas y aligerar la presión de las masas trabajadoras cada vez más exigentes, pareció a Malatesta que iban a determinarse en Italia (aunque fuera del movimiento anarquista de partido) las condiciones que faltaban en 1907. No se equivocaba: la guerra de Africa resucitaba, con la oposición proletaria, el espíritu revolucionario que antes parecía

⁵⁷ En italiano en la revista *Il Pensiero*, de Roma. número 6 del 16 de marzo de 1911. Un detalle característico: de los protagonistas muertos tan trágicamente en Sidney Street hizo una apología entusiasta entonces, en sentido completamente opuesto a las ideas de Malatesta, el socialista Benito Mussolini en la revista *Pagine Libere*, de Lugano (número 1 del 1 de enero de 1911).-

deprimido en los cauces muertos del reformismo predominante. Escribió a más de uno de nosotros sobre su intención de volver a Italia.

En confirmación de la seriedad de tales propósitos de Malatesta tuve yo mismo una prueba indirecta al ver entrar en mi casa un día, en Bolonia, a un tipo, un cierto Ennio Belelli, que se decía anarquista y escribía en prosa y en verso a veces en nuestros periódicos, residente en Londres, sobre el cual Malatesta en 1906 me había advertido que estuviera en guardia, porque, sin elementos positivos concretos y suficientes, se tenía gran sospecha de que fuese un espía. Belelli me dijo que había llegado a Italia «encargado por Malatesta» de estudiar el terreno para su posible retorno. Era evidentemente una mentira; pero ciertamente había oído algo y venía por cuenta de quien le pagaba para asegurarse de ello. Comprendí que las dudas sobre él eran cada vez más fundadas: Belelli era un agente del gobierno italiano en Londres, con el encargo especial de vigilar a Malatesta y su ambiente. No había aún una prueba segura y traté de no hacerle comprender nada. Pero ciertamente él adivinó igual que se tenían sospechas, me saludó después de haber aceptado un encuentro al día siguiente, y luego no le volví a ver. Supe poco después que había regresado casi de inmediato a Londres.

En relación con sus intenciones de volver a Italia estaba un artículo que Malatesta mandó aquellos días al periódico *L'Alleanza libertaria*, de Roma (*Che fare?*, en el número 133, del 21 de septiembre de 1911), en donde desaconsejaba por el momento de la celebración de un congreso que aquel periódico había proyectado y decía sus ideas sobre lo que los anarquistas habrían debido hacer antes para realzar los destinos del movimiento.

En tanto, la guerra de Africa se proseguía y se había convertido en guerra contra Turquía. Socialistas y anarquistas habían tomado posición en contra. Un soldado anarquista, Augusto Masetti, había disparado en un cuartel de Bolonia contra su coronel, mientras estaba alineado con sus compañeros en vías de salir para el Africa. El ambiente se irritaba cada vez más. En Londres, Malatesta hacía también propaganda contra la guerra entre el elemento italiano. Publicó incluso un número único, *La Guerra Tripolitana* (Londres, abril de 1912). Fué entonces cuando el espía Belelli se reveló como era. ¡Tuvo la desfachatez de acusar a Malatesta de ser... un agente de Turquía! Malatesta se dispuso a desenmascarar a Belelli en un manifiesto firmado con el propio nombre: *Errico Malatesta alla Colonia Italiana di Londra. Per un fatto personale*. Proponía que se constituyese un jurado y juzgase si él era un calumniador o Belelli un canalla. Belelli se guardó bien de aceptar el desafío y prefirió denunciar al acusador ante los tribunales ingleses por ofensa a su honor (sin facultad de pruebas, naturalmente); y dada la jurisprudencia inglesa, la condena de Malatesta era inevitable.

En efecto, el 20 de mayo fué condenado a tres meses de prisión, sin facultad de apelación, y recomendado al gobierno para la expulsión de Inglaterra. Eso suscitó la indignación en el público inglés y en las uniones obreras. El *Manchester Guardian* dedicó (23 de mayo) un artículo de fondo en defensa de Malatesta; en *The Nation* apareció una elocuente carta de P. Kropotkin; surgió un comité de agitación; hubo reuniones y mítines, etc. El gobierno reconoció que no había lugar a la expulsión, y cuando Malatesta salió de la cárcel pudo quedar en Londres sin que nadie le molestase. Mientras tanto se habían tenido pruebas concretas, desde Roma (por

medio de Arnold Roller), de que Belevi era verdaderamente un espía a sueldo del gobierno italiano; y fué publicada la documentación en el número único *La Gogna*, editado por los anarquistas italianos en Londres. Belevi desapareció de su ambiente londinense y se supo que había vuelto a Italia.

Habiendo ido a fines de aquel mismo año a Londres Gustave Hervé, todavía en aquel tiempo socialista revolucionario intransigente, para dar una conferencia, Malatesta fué a escucharle al Shoredith Hall. Aun declarándose siempre revolucionario, Hervé aludía, desde hacía algún tiempo, a un cambio de táctica — a una «rectificación del punto de mira», decía él —; pero en sus palabras, Malatesta adivinó al futuro tráfuga; tomó la palabra contra él y reafirmó la bondad del método insurreccionalista, que Hervé estaba abandonando, deteniéndose, entre otras cosas, sobre las relaciones entre guerra y revolución. Aquellas ideas suyas las expuso sintéticamente en un artículo, poco después, en la revista *Le Mouvement Anarchiste* de París (n. 6-7 de enero-febrero de 1913).

Como su salud continuaba siendo delicada, comprometida más todavía por su reciente permanencia en las prisiones inglesas, pensaba ya en abandonar Inglaterra, cuando se presentó una circunstancia que le persuadió decididamente a partir para Italia.

«VOLONTÀ» DE ANCONA (1913-14). — LOS MOTINES DE LA
«SEMANA ROJA». — FUGA A LONDRES (1914).

Desde 1911, el ambiente anarquista italiano estaba trabajado por disgustantes polémicas internas y personales, fomentadas, sobre todo, por dos o tres individuos de carácter litigante (que luego se pasaron pronto al campo de la burguesía); y yo, que había tenido la desgracia de ser amigo de alguno de los contendientes y el grave error de no permanecer bastante extraño a aquellas polémicas, me había apartado un tanto del movimiento, había dejado el periodismo y me había retirado a una aldea de la Emilia en función de maestro elemental. Fué entonces cuando, en la primavera de 1913, el viejo y estimado compañero Cesare Agostinelli, de Ancona, uno de los más fieles amigos de Malatesta, me propuso cooperar con él en la fundación de un nuevo periódico anarquista en su ciudad.

Comunicó su proyecto también a Malatesta, y éste le respondió que aprobaba la idea, que un nuevo periódico podía ser útil para llevar la serenidad al campo anarquista y terminar con las polémicas; y que la situación italiana, sacudida por la guerra de Trípoli, exigía la iniciación de un trabajo «práctico», al que un periódico bien hecho habría podido servir grandemente. Prometía su colaboración, sugería al periódico el bello título de *Volontà*, y prometía también, si el periódico se presentaba bien, que él mismo volvería a Ancona a redactarlo apenas regulase sus cosas como para salir de Inglaterra.

Agostinelli me comunicó contentísimo estas buenas noticias; me encargó de redactar una circular para anunciar el periódico, lo que hice inmediatamente, y en breve, el 8 de junio de 1913, salía el primer número de *Volontà*. De un par de cartas escritas aquellos días a Luigi Bertoni en Ginebra, publicadas recientemente,⁵⁸ se deduce que Malatesta se había apasionado pronto por la nueva iniciativa que, según él, debía servir, sobre todo, de «cobertura para un trabajo más práctico», es decir, para una labor de preparación espiritual y material de índole revolucionaria e insurreccional. Evidentemente, veía ahora en Italia, para ese trabajo, la existencia de aquellas condiciones indispensables que le habían parecido ausentes en 1907, después de mi viaje a Londres.

El nuevo periódico de Ancona tuvo pronto el fuerte sello de los periódicos malatestianos precedentes. Aunque no firmado, era de Malatesta, en el primer número, el artículo de fondo programática, y otros artículos suyos firmados y no firmados. Continuó así cerca de dos meses la abundante colaboración suya desde Londres, hasta que rompió las vacilaciones y partió para Italia. De paso por Milán, tuvo buena acogida también entre los socialistas; conoció entonces a Mussolini, director del *Avanti!*, que lo hizo entrevistar por un redactor y estrechó con él cordiales relaciones. Pasó por Bolonia, donde pude abrazarlo y conocer sus intenciones; y antes de mediados de agosto llegaba a Ancona, desde donde (*Volontà*, n. 10, del 17 de agosto) dirigía un ardiente «Llamado a los compañeros de Italia», en el que se complacía en constatar un gran despertar entre las masas populares italianas en marcha hacia la revolución, incitaba a los compañeros a mostrarse a la altura de la situación y concluía: «¡Una vez más, al trabajo!»

⁵⁸ *Il Risveglio Anarchico*, de Ginebra. número 859 del 22 de octubre de 1932 («Lettere di Malatesta»).

El periódico *Volontà* tuvo, desde el primer momento, un neto y evidente carácter de preparación revolucionaria; lo que no le impidió ser contemporáneamente, como las otras publicaciones de Malatesta, un laboratorio de ideas. Aparecieron allí artículos y discusiones interesantes sobre el socialismo y el parlamentarismo, el sindicalismo, la huelga general, la organización anarquista, el insurreccionalismo, el individualismo, el banditismo, la educación, el ateísmo, el proteccionismo, el librecambismo, la república, la guerra y el militarismo, etc., etc. Se publicaron de nuevo los diez diálogos de «*En el Café*», interrumpidos en 1897 en *L'Agitazione*, agregándole otros cuatro nuevos (pero no los últimos todavía). A propósito de sindicalismo, tuvo lugar una larga polémica entre Malatesta y James Guillaume (desde París), de carácter histórico y teórico, en la que se resumieron por ambos recuerdos y detalles inéditos sobre la primera Internacional y sobre Bakunín.

El trabajo de «cobertura» no era, como se ve, menos serio e interesante que el «cubierto». Pero era este último el que más le interesaba a Malatesta, y se dedicó a él en cuerpo y alma. Ante todo logró hacer cesar en el campo anarquista los pasados litigios, de los que dos o tres meses después no se volvió a hablar, y orientó al elemento anarquista por un camino de concordia y de acción común, haciendo pasar a segunda línea también las divergencias teóricas. Contemporáneamente, contribuyó a una aproximación espiritual con los elementos revolucionarios dispersos en los diversos movimientos subversivos, entrando en relaciones con todas las personas que le parecieron de buena voluntad revolucionaria o útiles en un posible movimiento insurreccional, tanteando el terreno en todos los ambientes, sin ninguna necesidad de contactos o negociaciones de ninguna especie con los diversos partidos oficiales, frente a los cuales permaneció sobre un pie de absoluta intransigencia.

Estuvo en varias ciudades de Italia (Roma, Milán, Florencia, Bolonia, Liorna, Turín, etc.) para dar conferencias y celebrar mítines, y en cada lugar anudaba relaciones, conocía hombres y cosas. Acudía, en su calidad de periodista, donde se reunían fuerzas populares y proletarias — encuentro de ex internacionalistas en Imola, congreso socialista de Ancona, republicano de Bolonia, sindicalista de Milán, etc. —, y en esas ocasiones estudiaba qué elementos podían ser más propensos a un movimiento serio de conjunto. Favoreció con simpatía el trabajo de la *Unione Sindacale Italiana*, fundada hacía poco, que le pareció la más propicia para sus intenciones y más afín por la participación que en ella tenían algunos anarquistas; e intervino personalmente, aun sin ser delegado oficial, en el congreso sindical de Milán (diciembre de 1913), e, invitado, habló en una sesión al margen de las sesiones ordinarias del congreso, presenciando, en mayo de 1914, el congreso republicano, también aquí, después de clausurada una sesión, fué llamado a la tribuna y pronunció un discurso revolucionario y antimonárquico que entusiasmó a los presentes. Participó con calor en la agitación antimilitarista para la liberación de Augusto Masetti y contra las compañías de disciplina; y así sucesivamente.

Tuvo la oportunidad dos o tres veces, desde agosto de 1913 a junio de 1914, de encontrarse todavía con Benito Mussolini. El lenguaje revolucionario blanquista de este último y la orientación audaz y antimonárquica por él acentuada en el *Avanti !*, le habían hecho confiar por un momento que el inquieto romagnolo

podiese, en un instante dado, contribuir fuertemente a precipitar la situación italiana. Pero no se ilusionó largo tiempo. Una noche de mayo de 1914, durante el congreso sindical de Milán, fuimos los dos a una cita con Mussolini en el *Avanti!* Hablaron largamente entre ellos, y yo escuchaba. Malatesta trataba de que Mussolini se manifestase sobre el argumento de una posible insurrección italiana; pero no logró sacarle una sola palabra que indicase una voluntad precisa. El director del *Avanti!* estaba dominado completamente por su aversión, del todo interna, de partido, contra los reformistas, mostraba la mayor desconfianza y antipatía hacia los sindicalistas y republicanos; la tenía a muerte con la casa de Saboya, con los generales, con Giolitti, etc. Pero en cuanto a la revolución, mostraba un escepticismo de superhombre y lanzaba flechazos contra el «quarantottismo» (contra la mentalidad de 1848). Al salir, ya en las escaleras, refiriéndose a un juicio incidental de Mussolini sobre Giulio Barni y Libero Tancredi,⁵⁹ llamados por él hipercríticos y nada más, Malatesta me dijo: «¿Has sentido? Llama hipercríticos a Barni y a Tancredi; pero también él es un hipercrítico y nada más. Este hombre es revolucionario sólo en el periódico. ¡No hay nada que hacer con él!»

Se estaba preparando para el verano siguiente, por los anarquistas italianos, con el concurso de Malatesta, un congreso nacional, cuando estallaron los hechos de la «semana roja» de las Marcas y Romagna, que interrumpieron todo trabajo. Como ocurre a menudo, la preparación revolucionaria, apenas iniciada y todavía insuficiente, fué perjudicada por un grave hecho improvisado que precipitó antes de tiempo los acontecimientos.

Habían sido convocados para el primer domingo de junio, fiesta oficial del Estatuto, manifestaciones en toda Italia para reclamar la liberación de Augusto Masetti y la abolición de las compañías militares de disciplina. En la mañana de aquel día, 7 de junio (1914), en Ancona la policía había disuelto por las calles grupos de demostrantes y había arrestado a Malatesta, libertado pocas horas después. Por la tarde, en Villa Rosa, sede del partido republicano, se celebró el mitin anunciado, en que hablaron oradores de los diversos partidos, entre otros Malatesta. A la salida, los manifestantes, un millar aproximadamente, encontraron las bocacalles bloqueadas por guardias y carabineros, sobrevino un conflicto inevitable, y bajo el fuego de los guardias, quedaron en el pavimento tres muertos y algunos heridos.

Inmediatamente el proletariado anconetano salió a la calle. Fué proclamada la huelga general. Fueron asaltadas y desvalijadas las armerías, expulsados los guardias aduaneros, obligada la fuerza pública a retirarse a los cuarteles. Al día siguiente toda la ciudad estaba en manos del pueblo; y el movimiento se propagó, como un reguero de pólvora, en todas las Marcas y en la Romagna. Ciudades y aldeas, hasta Foligno hacia Roma y hasta Imola y Ravenna hacia el norte, vieron desaparecer la fuerza pública, y las multitudes insurrectas quedaron dueñas de la situación. Los trenes cesaron de circular, y pasaban de un pueblo al otro sólo los

⁵⁹ Ambos, en aquel período, colaboradores del *Avanti!*, aunque no socialistas. Giulio Barni era un sindicalista revolucionario, entonces muy popular. muerto después en la guerra. Libero Tancredi (seudónimo de Massimo Rocca), entonces anarquista individualista, después nacionalista con la guerra, luego fascista; antes amigo, después enemigo personal de Mussolini. Fue diputado fascista en 1924. Ahora está en el extranjero y se dice antifascista.

automóviles de los comités de agitación; se requisaron alimentos; en los campos eran detenidos todos los vehículos, exigiéndoseles el salvoconducto de los Comités. En Fabriano, una compañía de soldados fraternizó con los obreros; en Forlì fué incendiada una iglesia; cerca de Ravenna fué hecho prisionero un general del ejército.

Entretanto, esparcida como un rayo la noticia de los hechos de Ancona en toda Italia, los organismos proletarios, sindicales y políticos, declararon la huelga general nacional.⁶⁰ Pero ésta, fuera de las Marcas y de Romagna, no duró más de dos días y medio, truncada en el momento culminante por una orden traidora de la Confederazione Generale del Lavoro de ponerle fin. Las Marcas y Romagna, abandonadas, permanecieron, sin embargo, en la brecha hasta el domingo siguiente. Anarquistas, socialistas y republicanos en conmovedora concordia, mantuvieron sus puestos en las calles día y noche. En Ancona, Malatesta, entre los primeros, incansable, siempre en medio de la muchedumbre, en la Camera del Lavoro y en la plaza, arengando repetidamente al pueblo, aconsejando, incitando. El viernes, día 12, publica una proclama en que se refiere a rumores de que la revolución se extiende por Italia y que la monarquía estaba a punto de caer, sugiriendo las medidas más urgentes para los aprovisionamientos y para la extensión del movimiento y advirtiendo que no se creyese ni se diera oído a la noticia de la orden de cesación de huelga de la Confederazione.

Pero entretanto, de todas partes, el gobierno italiano, al serle interrumpida la resistencia, dirigió imponentes masas de ejército sobre las regiones rebeldes. El sábado fué forzoso reconocer que la partida estaba frustrada. Comenzaron a llegar trenes militares sobre las líneas puestas en condiciones por los batallones de Zapadores. El domingo, 14, la ocupación militar era completa en todas partes, hasta en las más pequeñas aldeas. El lunes la huelga terminó también en las Marcas y en Romagna; la «semana roja» había pasado. Malatesta un día o dos más pudo quedar en Ancona, con la sola precaución de cambiar de domicilio. Preparó todavía un número de *Volontà*. El artículo de fondo suyo era titulado «¿Y ahora?», y continuaba: «Ahora... continuaremos. Continuaremos más que nunca llenos de entusiasmo, hecho de voluntad, de esperanzas, de fe. Continuaremos preparando la revolución libertadora, que habrá de asegurar a todos la justicia, la libertad, el bienestar» (número 24 del 20 de junio de 1914).

De improviso, aun antes de salir el periódico, fué advertido de que la policía había ido a su domicilio habitual para arrestarlo. Se eclipsó. Un automóvil lo transportó hacia el sur de Italia, donde, en una pequeña estación, superficialmente disfrazado — se había puesto simplemente sobre su ropa un guardapolvo señorial de viaje y se había afeitado — tomó en primera clase el tren para Milán. Volvió a pasar por

⁶⁰ B. Mussolini, en el *Avanti!*, de Milán, dirigido por él, sostuvo enérgicamente el movimiento y continuó defendiéndole hasta después de terminado. Pero toda su obra se limitó a esa intervención periodística y a la participación de pocos momentos en una manifestación de protesta, un día en la plaza del Duomo en Milán, de la que se retiró apenas las cosas se pusieron un poco serias. Más tarde, algunos para exaltarle y otros para criticarlo, hubo quien habló de Mussolini como del «jefe de la semana roja». Nada más absurdo y falso. Mussolini quedó pacíficamente a muchos kilómetros de distancia de las regiones en revuelta. Es verdad que, teniendo en sus manos el mayor órgano de la clase obrera italiana, su apoyo no era de despreciar; y Malatesta, como hombre práctico, lo reconocía, aunque no se hiciese ya ilusión alguna sobre las disposiciones revolucionarias de Mussolini para pasar de las palabras a los hechos. Sobre la parte tomada por Mussolini, puramente periodística, en el movimiento de esos días, consúltese el libro de Armando Borghi. *Mussolini en chemise* (Les Editions Rieder, París, 1932. págs. 51-65).

la noche, de incógnita, por la estación de Ancona, ocupada militarmente, llegó a Milán ; y de allí, por Como, llegó a la frontera suiza, que atravesó sin inconvenientes. Por Lugano, Ginebra, a París, llegó pocos días después a Londres. El *Avanti!* publicaba, antes ya del 24 de junio, una breve tarjeta suya de saludos a los amigos y compañeros, a quienes advertía que había vuelto a su viejo domicilio.

LA GUERRA MUNDIAL. — POLÉMICAS CONTRA LA GUERRA
Y EL INTERVENTISMO. — RETORNO A ITALIA (1919)

Los amigos habían podido verlo en París, de paso, y algunos diarios (entre otros *La Guerra Sociale* y *La Bataille Syndicaliste*), lo entrevistaron. En Londres, Malatesta reconstruyó los hechos de Ancona en otras dos extensas y detalladas entrevistas para diarios italianos (*Il Secolo* de Milán del 30 de junio, e *Il Giornale d'Italia* de Roma del 1 de julio de 1914). Escribió sobre el argumento un artículo para *Freedom*, el conocido órgano anarquista de Londres, del cual apareció una traducción italiana en la *Cronaca Sovversiva* de Lynn Mass. (25 de julio de 1914).

Cerrado este otro paréntesis de batalla, reemprendía Malatesta en Londres la vida que le era habitual desde hacía 25 años. A pesar de los años pasados, volvió a su oficio de electricista mecánico, no dejando de espiar el horizonte en busca de signos precursores de una nueva tempestad que lo llamase de nuevo a su terreno favorito. Y ya, propiamente en aquellos días de su regreso a Londres, el horizonte europeo se cubría de nubes, se oían los primeros truenos y el aire era surcado por los primeros fulgores de la tremenda guerra inminente.

Pero su atención fué desviada por un cierto tiempo de los acontecimientos externos por una grave desventura que afectó a la familia Defendi, de la que era huésped desde hacía muchísimos años. La señora Emilia, que había tenido para él atenciones de hermana afectuosa en sus enfermedades precedentes, se había enfermado a su vez y moría después de una amarga agonía en medio de grandes espasmos. El ayudó a la familia a asistirle en todo el curso de la enfermedad, hasta el último instante. Los amigos que tuvieron ocasión de ver a Malatesta en la intimidad de su refugio londinense, en medio de aquella familia que consideraba como suya, rodeado de los numerosos hijitos grandes y pequeños de los Deiendi, que lo querían como al pariente máspreciado, puede imaginarse el estado de ánimo suyo, de un corazón tan grande y tan lleno de ternura para todos los que le rodeaban.

Pero la desventura familiar no le impidió, sin embargo, sentir profundamente la gran desventura universal que atacaba en aquel trágico estío a la humanidad. Y cuando se tuvo el espectáculo doloroso de tanta parte del socialismo europeo arrastrado, incluso moralmente, en el desastre general, llevado a renegar en un instante de la prédica internacionalista de medio siglo, y ponerse de lado — en Alemania como en Francia, en Austria como en Inglaterra — de los gobiernos burgueses y de los militarismos de los propios países; cuando Malatesta vió incluso a anarquistas, pocos, pero de los mejores y entre los más queridos amigos suyos, seguir por una aberración del espíritu la misma vía de replegamiento ideal, un dolor todavía más grande invadió su alma. No vaciló entonces en separarse de los amigos que se desviaban de modo tan funesto, y en decir alta y fuertemente su pensamiento fiel al internacionalismo revolucionario anarquista.

Después que Kropotkín publicó su famosa declaración adhiriéndose a la causa de los ejércitos aliados anglo-franco-rusos, Malatesta publicó en *Freedom*, de Londres; en *Il Risveglio*, de Ginebra, y en *Volontà*, de Ancona (n. 42 de noviembre de

1914),⁶¹ un artículo conciso y agotador : «Los anarquistas, ¿han olvidado sus principios?», que expresaba con exactitud las opiniones y los sentimientos fieles a sus ideas. Se rompió entonces entre él y Kropotkin una amistad que había durado casi cuarenta años, aun conservando el uno hacia el otro, no obstante, estima y respeto mutuos.

«Fué — contó unos años después — uno de los momentos más dolorosos, más trágicos de mi vida (y me atrevo a decir también de la suya), aquel en que, después de una discusión en extremo penosa, nos separamos como adversarios, casi como enemigos» (i).

(i) *Pedro Kropotkin, recuerdos y críticas de un viejo amigo suyo*, en *Studi Sociali*, de Montevideo, número 11 del 15 de abril de 1931.

Como en el artículo más arriba señalado, Malatesta, en un cierto punto había dicho que, no obstante todo, auguraba la derrota de los ejércitos alemanes como el menor mal, puesto que eso habría provocado la revolución en Alemania. Mussolini — que poco antes se había pasado del neutralismo más absoluto al intervencionismo más guerrerista y había fundado contra su partido y a favor de la guerra el nuevo diario *Il Popolo d'Italia* en Milán —, se alertó a esta frase aislada para acusar de contradicción a Malatesta y para sostener la necesidad de la intervención italiana contra Alemania. Malatesta le respondió con una carta artículo, fechada el 1 de diciembre de 1914, en donde demostraba inexistente la contradicción y decía que la primera condición para que una revolución se produzca, es que los revolucionarios no traicionen su causa en ningún país. Mussolini se guardó bien de publicar esa respuesta, que apareció luego en los periódicos anarquistas (*Volontà*, n. 46 del 24 de diciembre).

A pesar de la censura a la prensa y a la correspondencia, Malatesta no cesó ni por un instante su propaganda contra la guerra, sea personalmente en Londres, sea en otras partes, con artículos, cartas, llamados, etc. Algunos escritos suyos mandados al principio a *Volontà*, fueron interceptados por el correo inglés, como advertía en una carta a Luigi Molinari el 9 de octubre (publicada en *L'Università popolare* de Milán). Pero después consiguió hacer llegar algunos a Italia, Francia, España. En marzo de 1915 participó en la redacción de un manifiesto internacional antiguerrero, fechado en Londres, pero firmado, además de él, por una cantidad de anarquistas conocidos de todos los países: Domela Nieuwenhuis, Emma Goldman, A. Berkman, L. Bertoni, C. Frigerio, E. Recchioni, L. Combes, L. D. Abbott, Hippolyte Havel, A. Schapiro, etc. (*Volontà*, n. 12 del 20 de marzo). Uno de sus artículos más importantes, muy extenso, fué: *Mentre la strage dura* (*Volontà*, n. 14 del 3 de abril), en el cual hacía previsiones sobre el desenlace de la guerra, que luego habían de realizarse completamente. Y cuando, en mayo, no obstante, Italia

⁶¹ *Volontà*, de Ancona, sobre todo gracias a Cesare Agostinelli, aun después de la marcha de Malatesta, continuó su publicación hasta mayo de 1915, y sostuvo una larga y áspera campaña contra la guerra y contra el intervencionismo.

también fué arrojada por la monarquía al crisol ardiente, lanzó en *Freedom*⁶² todo un grito de angustia y de cólera: «¿También Italia?»

En 1916, habiéndose difundido por el mundo angustiadas voces y esperanzas de paz, los anarquistas interventistas que seguían a Kropotkin, publicaron un manifiesto de protesta contra «la paz prematura» y por la prosecución de la guerra hasta el aplastamiento completo de la potencia militar alemana. Era el «manifiesto de los diez y seis», conocido con tal nombre porque eran 16 los firmantes: Kropotkin, J. Grave, C. Malato, M. Pierrot, A. Laisant, C. Cornelissen, P. Reclus y otros. Malatesta protestó a su vez contra ellos en un artículo de *Freedom* (abril 1916), que después fué publicado clandestinamente en París con el título «Anarquistas de gobierno». En Italia toda tentativa de publicación fué impedida por la censura.⁶³

En el mismo año 1916, Malatesta pidió al consulado italiano en Londres el pasaporte para volver a Italia; dado el estado de guerra, le habría sido imposible volver de otro modo según había hecho en el pasado. De un lado en Inglaterra la reacción militar impedía, en lo sucesivo, todo movimiento o manera de manifestar el propio pensamiento; y por otra parte Malatesta había adivinado que en Italia, donde el pueblo unánime había permanecido hostil a la guerra y germinaba la revuelta bajo el yugo del militarismo, se iba creando una situación cada vez más revolucionaria. Le confirmaron luego en esa impresión los discursos de los socialistas italianos que fueron a Londres y con los cuales tuvo ocasión de encontrarse. Existía, en verdad, pendiente sobre él un mandato de captura y un proceso por los hechos de la «semana roja»; pero a pesar de ello, quería volver a toda costa y deseaba afrontar el proceso que le esperaba en Italia.⁶⁴

Se le rehusó inexorablemente. Y continuó viviendo en Londres otros dos años y más, de los que ignoro todo. Lo que se puede afirmar es la alegría con que ha debido saludar el estallido de la revolución rusa de febrero de 1917 y el interés creciente con que habrá seguido su desarrollo en todo aquel año. Supe que había tenido intención de irse a Rusia, pero no le fué posible; y luego renunció al pensamiento por la impotencia en que le habría mantenido la ignorancia de la lengua rusa. Pero de todo esto no estoy bien seguro.

Desde 1917 no recuerdo de Malatesta más que una carta a Armando Borghi en donde repite su deseo de volver a Italia y habla de la insistencia del gobierno italiano en negarle el pasaporte; habla de la inutilidad de la participación de los anarquistas en el congreso de los socialistas parlamentarios de Stockholmo y sobre la utilidad que habría en cambio en una Internacional sobre otras bases; desaprueba la adhesión de la Unione Sindacale Italiana al movimiento de Zimmerwald, a pesar del placer con que lo veía; y en fin, da noticias sobre la poca o ninguna importancia de las corrientes sindicalistas revolucionarias en Inglaterra (*Guerre di Classe*, de Florencia, n. 53 del 16 de noviembre de 1917).

⁶² En italiano en *Il Risveglio*, de Ginebra, número 394 del 12 de junio de 1915.

⁶³ Intentó en vano publicarlo *Il Libertario*, de Spezia.

⁶⁴ Malatesta ha hecho en diversas circunstancias el relato de estas tentativas en pro del pasaporte y sobre el modo cómo consiguió volver a Italia. Habló largamente de todo en sus declaraciones en el proceso de Milán en 1921. Véase *Errico Malatesta, A. Borghi e Compagni davanti ai giurati di Milano*, por Trento Tagliaferri. Ed. P. Gamalero, Milano, págs. 25-28.

No sé si se ha ocupado en aquellos años de una manera particular de la revolución rusa. Sería preciso consultar al respecto *Freedom*, de Londres. Pero sus ideas sobre el triunfo del bolchevismo en su seno, se podían adivinar desde entonces, dada su intransigencia anarquista irreductible. En efecto, tales ideas, radicalmente adversas, aunque al comienzo sostenidas por una cierta simpatía (especialmente antes del triunfo de los bolchevistas), las reafirmaba en una carta que me escribió desde Londres el 30 de julio de 1919 y que hice publicar en *Volontà*, de Ancona, resurgida (n. 11 del 16 de agosto de 1919). Mayor simpatía sentía entonces por los socialistas italianos, que, no obstante ciertas incongruencias de actitudes y la conducta patriótica de sus fracciones reformistas más hacia la derecha, habían mantenido durante la guerra honorablemente alta la bandera del internacionalismo y opuesto al chauvinismo y al militarismo imperantes, la más activa oposición compatible con las circunstancias y con la propia mentalidad. De esta simpatía se encuentra un signo en su intervención en un mitin en Londres, convocado por la sección local del partido socialista italiano en noviembre de 1919.

Mientras tanto volvió varias veces a la carga para obtener el pasaporte. En Italia cambiaban los ministerios, pero todos oponían la misma negativa, aunque dos amnistías sucesivas habían borrado toda imputación legal contra él. Al fin, sólo a mitad de noviembre de 1919, el consulado en Londres tuvo orden de darle el pasaporte, a causa de la intensa agitación hecha en ese sentido en la península por la *Unione Sindacale Italiana*. Pero fué como si no lo hubiese obtenido. Por instigación del gobierno italiano, la Francia oficial le negó el visado necesario para atravesar su territorio y la policía inglesa impedía a todo capitán de barco llevar al eterno prescrito rebelde. Entonces los compañeros de Italia interesaron en el asunto al capitán Giuseppe Ciulietti, que era secretario de la *Federazione Italiana del Lavoratori del Mare*, y éste envió a su hermano Alfredo a Londres a preparar la fuga de Malatesta. En efecto, éste, por su intervención, logró embarcarse al fin en Cardiff de incógnita en una nave de carga griega que le transportó hasta Taranto, donde, por tierra, había ido a esperarle Alfredo Ciulietti. Este, para disimular la cosa y cubrir en cierto modo la responsabilidad del capitán de la nave, hizo subir rápidamente y sin que nadie se enterase a Malatesta en un vagón-cama del rápido a Génova, donde llegaron juntos después de atravesada toda Italia de absoluto incógnito.⁶⁵

⁶⁵ A. Borghi, en su libro ya citado (pág. 181), cuenta un episodio de este viaje. En una parada, en Toscana, habiéndose Malatesta asomado a la ventanilla del tren, un ferroviario que lo creyó seguramente un «vil burgués», le gritó en la cara: «¡Viva el socialismo!» A lo que Malatesta respondió más fuerte: «¡Viva la anarquía!» ¡Hay que imaginarse el estupor de aquel obrero al sentirse superado en... herejía por aquel ignorado Crespo en *sleeping car*!

«UMANITÀ NOVA», DE MILAN (1920). — COMICIOS, CONFERENCIAS Y CONGRESOS. — LA OCUPACIÓN DE LAS FÁBRICAS. — ARRESTO (1920).

Figurando así como desembarcado en Génova, el 24 de diciembre de 1919 volvía Malatesta triunfalmente a la vida pública italiana. En la gran ciudad ligur fué acogido por una enorme muchedumbre que le aplaudía. Las naves ancladas en el puerto hicieron sonar las sirenas e izar las banderas en señal de alegría, los barrios populares se engalanaron de banderas rojas y el pueblo aclamó a Malatesta por las calles y las plazas con una especie de delirio. En un gran mitin, donde habló para darle el saludo de los anarquistas italianos aquel magnífico orador que fué Luigi Galleani — vuelto también él hacia poco de América del Norte —, también él tomó la palabra para agradacer y para decir de inmediato lo que después tuvo que repetir en todas partes: que había llegado la hora de la revolución y era preciso prepararse con prisa para hacerla lo más pronto posible, antes de que la hora pasase.

Inició de inmediato desde Génova una gira de propaganda y de reconocimiento por toda la Italia septentrional y central. En todas las ciudades — Turín, Milán, Bolonia, Ancona, Roma, Florencia, etc. — y lo mismo en los pequeños centros de provincia y de campaña, masas innumerables de gente del pueblo se apiñaban para aclamarle y escucharle. En Bolonia, donde pernoctó en mi casa y pude tener con él un primer intercambio de ideas, en un gran mitin en el teatro Comunale insistió sobre la necesidad de la revolución, pues, decía, «si dejamos pasar el momento favorable deberemos pagar luego con lágrimas de sangre el miedo que ahora infundimos a la burguesía».

«El anarquista Malatesta — decía el *Corriere della Sera*, de Milán, el 20 de enero (1920) — es hoy por hoy uno de los más grandes personajes de la vida italiana. Las muchedumbres de las ciudades corren a su encuentro, y no le entregan las llaves de las puertas, como se usaba en otro tiempo, sólo porque no hay ya llaves y no hay puertas.»

Él, aun estando naturalmente contento del significado revolucionario que tenían aquellas grandes acogidas populares, pocos días después creyó de su deber frenar aquellos homenajes que le parecían asumir carácter demasiado personalmente apologético, y publicó una breve carta a los amigos, en donde, entre otras cosas, decía : «¡Gracias, pero basta !... La hipérbole es figura retórica de que no hay que abusar, y la exaltación de un hombre es cosa políticamente peligrosa y moralmente malsana para los exaltados y para los exaltadores.»

Mientras estaba a punto de terminar aquella primera gira de propaganda, dos meses aproximadamente después de su llegada, hacia mediados de febrero, el gobierno italiano, amedrentado, quiso hacerle arrestar. En ocasión de un viaje entre Liorna y Florencia, la policía lo hizo bajar del tren en la pequeña estación de Tombolo, y en automóvil lo transportó a las cárceles de Florencia. Pero inmediatamente la protesta espontánea del pueblo en las ciudades toscanas, donde

se iba a proclamar la huelga general, impuso su liberación. A la mañana siguiente estaba ya en Bolonia.

Un recuerdo personal: Malatesta, algunos meses antes, me había escrito desde Londres, extendiéndose en explicarme sus ideas sobre lo que habría de hacerse para la revolución italiana. Me decía que se debía iniciar el movimiento «en tono menor», elevándolo gradualmente, y mientras tanto trabajar con inteligencia en el terreno práctico, trabando relaciones, tomando contacto con otras fuerzas revolucionarias, etc. Le volví a hablar en mi casa de aquellas ideas, al llegar a Bolonia, después del arresto en Tombolo, y me cortó la conversación: «¡Es imposible seguir aquel camino! No creía hallar una efervescencia semejante. No se trata ya de preparar el terreno, que está listo. Es preciso, en cambio, hacer lo que se pueda lo más pronto posible, porque la revolución está ya en marcha, mucho más cerca de lo que pensaba al escribirte desde Londres.» Yo fuí de su parecer, y sólo más tarde me vino la duda más angustiosa sobre el carácter revoiuionario de aquel impresionante entusiasmo popular y el temor de que esto no le hiciese ver bien el fondo real de las cosas.

Corresponde a aquellas primeras semanas de 1920 la idea que se tuvo por algún momento, entre un pequeño círculo de revolucionarios, de utilizar la situación creada por Gabriele D'Annunzio con la ocupación de Fiume a la cabeza de algunos restos del ejército fieles a él, hecha un mes antes y que duró hasta diciembre (1920). La cosa no tuvo realización y permaneció secreta durante un par de años, y tampoco después se supo mucho de ella, porque los que se habían ocupado del asunto se encerraron, todos por razones comprensibles, en la máxima reserva. Ahora se puede decir que Malatesta fué de los pocos (incluso el principal) mezclados en las breves negociaciones de aquel momento en torno al proyecto. Pero él, interpelado varias veces, se rehusó siempre a dar explicaciones, imposibles sin el consentimiento de todos los interesados. En una carta de junio de 1930 me decía que la parte de verdad que se podía hacer pública era ésta : «Se trató, en efecto, al principio de 1920, de un proyecto insurreccional, de una especie de marcha sobre Roma, si se quiere llamar así. El primer ideador de la cosa, el cual habría podido tener desde Fiume socorro de hombres y especialmente de armas, ponía como condición *sine qua non* el concurso o al menos la aprobación de los socialistas, y eso por la mayor seguridad del éxito, o porque temía que se le pudiese denunciar como agente d'annunziano. Hubo al respecto un par de reuniones en Roma; los socialistas no quisieron saber nada, y nada se hizo.» No me creo autorizado, ni siquiera ahora que ha muerto Malatesta, para decir más. ¿Quién puede imaginar el curso que habrían tomado entonces las cosas de Italia, si los socialistas hubiesen tenido un poco más de sentido práctico revolucionario?

A fines de febrero, mientras tanto, los anarquistas italianos lograban hacer aparecer en Milán el diario *Umanità Nova* (27 de febrero de 1920), del que Malatesta, desde Londres, había aceptado la dirección y escrito la circular programática. Fijó su domicilio en Milán. Pero desde allí acudía de continuo a donde los compañeros lo llamaban, es decir, a toda Italia, para dar conferencias, celebrar comicios, reuniones, huelgas, etc. En todas partes su presencia daba lugar a manifestaciones imponentes, no raramente tumultuosas. Debo decir que se abusaba mucho de su condescendencia, privándolo así del modo y el tiempo para

realizar un trabajo más positivo, que sólo él habría podido hacer. Se le llamaba a una ciudad por un día: llegaba y encontraba que se le había preparado tarea para una semana, que se habían convocado comicios y conferencias para toda la provincia, con los teatros y salones pagados, etc. Y él, viendo los sacrificios hechos ya por los compañeros, no sabía rehusarse y quedaba allí,

La policía italiana, cada vez más irritada, trataba en todas partes de provocar algún «desmán» para capturarlo o para asesinarlo. Se comprendió visiblemente la intención en varias ocasiones. En Milán, en Piacenza, en Florencia, entre otras, se vió a la policía hacer fuego ostensiblemente hacia los puntos en que él se encontraba. Luego la prensa más desfachatada del escándalo le reprochaba que no se había dejado asesinar, le asaltaba a injurias de toda especie, a calumnias ridículas y a verdaderas y propias incitaciones al homicidio.

Mientras tanto *Umanità Nova* prosperaba. En vano, disimuladamente, el gobierno intentó obstaculizar la publicación, haciendo rehusar o retardar por las papeleras autorizadas el papel ya pagado. Los mineros de Valdarno, en un cierto momento, hubieron de amenazar con la huelga de las minas de lignito si no se daba papel al diario anarquista, y sólo entonces un telegrama gubernativo consintió en entregarlo. El periódico rebelde alcanzó un tiraje de 50,000 ejemplares y un movimiento de caja que superó el millón de liras.

Malatesta desarrollaba en *Umanità Nova*, como de ordinario, su propaganda calmosa y ardiente al mismo tiempo. Insistía siempre, como en un estribillo, sobre el concepto afirmado desde sus primeras conferencias : hacer pronto la revolución para aprovechar la hora propicia, so pena de pagar después el miedo que tenía el enemigo. Su prédica, como en el pasado, tenía dos aspectos: clarificación de las ideas anarquistas y preparación de la revolución. Proseguía la propaganda del anarquismo comunista, con un gran sentido de comprensión y conciliación de todas las tendencias anarquistas. Propiciaba el «frente único» revolucionario, pero la primera concordia debía establecerse entre los anarquistas; luego, lo más posible, sin transigir en el terreno de los principios y reservándose completa libertad de acción, con todas las otras fuerzas proletarias y revolucionarias, no pudiendo bastar las solas fuerzas anarquistas para vencer las resistencias estatales y burguesas, insistía mucho en las medidas prácticas en tiempo de revolución: en especial sobre la necesidad de destruir todo lo que es nocivo, pero guardándose bien, salvo en casos de suprema necesidad impelente, de destruir lo que podía ser útil a la vida de las poblaciones insurrectas, como las viviendas, los medios de transporte, los instrumentos de trabajo, los artículos alimenticios, etc.

Continuó propagando y defendiendo la concepción libertaria del socialismo y de la revolución en contraste con la autoritaria de los socialdemócratas y bolchevistas. En el periódico sostuvo más de una polémica con los unos y con los otros; conservando, sin embargo, en «los límites de lo posible, la mayor cordialidad de la forma. El sectarismo comunista no se había vuelto aún tan pesado e irritante, por lo cual sólo en los últimos tiempos la polémica con este sector se hizo un poco más áspera. Más tirantes eran las relaciones con los socialdemócratas, especialmente con ciertas fracciones del reformismo confederal, que en los momentos más decisivos se apresuraban a echar agua al fuego o a desacreditar las rebeliones populares. Apenas llegado a Italia, tuvo que tratar duramente a algún políticante lombardo que había injuriado y perjudicado, ante las autoridades, a los

comprometidos en un movimiento en Mantua. Pero no le gustaba arremeter contra nadie sin motivos serios.

Mucha actividad dedicó también a la organización, llamada de partido, de las fuerzas anarquistas. Desde abril de 1919 se había constituido en un congreso de Florencia la *Unione Anarchica Italiana*, según los principios y la táctica que él había propiciado desde antes de 1890. En cuanto llegó a Italia se adhirió a su acción, participando en ella constantemente. En los dos congresos de julio de 1920 (Bologna) y de noviembre de 1921 (Ancona) su intervención fué de las más activas e influyentes; recopiló, sobre la base de un viejo escrito suyo; el programa de la *Unione* aprobado por el congreso de Bologna; fué miembro de su Consejo general; la representó en varias conferencias políticas y proletarias, públicas o secretas; la defendió serena, pero firmemente, contra las críticas de los compañeros antiorganizadores; redactó en más de una ocasión para ella mociones y manifiestos, el último de los cuales, el del primero de mayo de 1926, cuando ya la *Unione* llevaba una mísera vida clandestina bajo el terror fascista imperante.

Flanqueó además con el más amplio espíritu de solidaridad, interviniendo directamente en toda agitación o movimiento en que se pidiese su concurso, la actividad de la *Unione Sindacale italiana* — la conocida organización de clase de tendencias sindicalistas revolucionarias, que desde 1914 en adelante estaba inspirada y dirigida preferentemente por compañeros anarquistas — aun conservando y reafirmando sus opiniones particulares (en muchos puntos adversas) frente al sindicalismo y a las diversas cuestiones que a él se refieren. No veía favorablemente la división obrera en el terreno sindical, pero comprendía las relativas inevitabilidades que se derivaban del pasado, y se daba cuenta de la utilidad contingente de la *Unione Sindacale*, tal como era, para la causa de la revolución, considerada inminente. Aceptaba por tanto, sin discutir demasiado, el estado de hecho, y quedaba junto a la organización obrera que más se aproximaba al anarquismo, y sólo se oponía a que se hiciese una obligación para los anarquistas de estar organizados, y de estarlo más bien en una que en otra organización. Lo importante, para él, era que los anarquistas, organizados o no organizados, o adherentes a organizaciones de oficio de cualquier tendencia, permaneciesen anarquistas y desarrollasen una acción anarquista donde se encontrasen.

Faltaba en él, tanto sobre la cuestión de la organización anarquista como sobre la organización sindical, todo sectarismo o exclusivismo de tendencia, contento por colaborar en el terreno práctico y revolucionario, en toda ocasión posible, con todos los anarquistas, aun disidentes de él. Y hasta lo último quiso que *Umanità Nova* fuese el órgano de todos los anarquistas, y no de la propia corriente solamente, aun reconociendo que en tiempos normales habría sido preferible hacer un periódico con una orientación homogénea.

El período culminante de la actividad de Malatesta fué el verano de 1920, cuando parecía que la revolución iba a estallar de un momento a otro, entre la sublevación de Ancona en junio⁶⁶ y la ocupación de las fábricas en septiembre. Se multiplicaba;

⁶⁶ La sublevación fué determinada por la negativa de las tropas a partir para Albania; y en la revuelta, en mayor parte de anarquistas, participaron también activamente elementos militares. Los dirigentes del socialismo italiano, que se decían revolucionarios, personalmente convertidos casi todos luego en comunistas, dieron entonces otra prueba de su incomprensión. Durante e inmediatamente después de los

reuniones interproletarias, negociaciones secretas para la acción, prácticas para la adquisición de arnamentos, conferencias y comicios, agitación para las víctimas políticas, etc., hasta que en la ocupación de las fábricas se entregó entero, día y noche. Mientras desde el periódico aconsejaba lo que había de hacerse, intervenía personalmente en las fábricas ocupadas en Milán para sostener la resistencia, corría a las reuniones más o menos clandestinas entre anarquistas y afines, para sostener las proposiciones más oportunas, y en todas partes se oponía sobre todo a quien aconsejaba la limitación o la cesación de un movimiento tan bien iniciado. Lo que sostenía entonces en público y en privado era esto : que no podía presentarse nunca una ocasión mejor para vencer casi sin derramamiento de sangre; extender la ocupación de la metalurgia a todas las otras industrias y a las tierras; donde no había industrias, salir a la calle con huelgas y rebeliones locales que distrajesen las fuerzas armadas del Estado de los grandes centros; de las localidades más pequeñas, donde no se podía hacer nada, acudir a las mayores más próximas; entrada en actividad de grupos de acción; armarse en el mayor número posible, etc., etc. Sería demasiado largo decirlo todo, y tal vez no es todavía el momento. Se sabe cómo el movimiento fué frustrado por la deliberación de la Confederazione Generale del Lavoro, dominada por los socialdemócratas, de devolver las fábricas a los dueños bajo la promesa del gobierno Giolitti de una ley que introduciría en las fábricas el control obrero.

En vano los anarquistas (y Malatesta de la manera más enérgica) se opusieron y lucharon aquí y allá para galvanizar el movimiento, en especial donde por su número, o con el diario *Umanità Nova*, o a través de la Unione Sindacale Italiana, tenían una mayor influencia. En toda Italia el proletariado se batió en retirada, y comenzó el desaliento, la incertidumbre y la desilusión entre las masas. El entusiasmo general se apagó y quedó la voluntad de lucha en las minorías revolucionarias más restringidas, que el gobierno logró pronto aislar. La burguesía volvió a levantar la cabeza, y pasó de la defensiva a la ofensiva.⁶⁷

Un mes después aproximadamente, al día siguiente de grandiosos comicios en toda Italia, en defensa de las víctimas políticas, y de una tarde de huelga general, el 14 de octubre, terminada en algunos centros con tumultos sangrientos, el gobierno comenzó la reacción contra los anarquistas.⁶⁸

hechos de Ancona. los exponentes influyentes de la burguesía democrática propusieron a los socialistas derribar la monarquía y proclamar la república. Los socialistas no quisieron saber nada: la dirección del partido, por mayoría de un voto, dió opinión desfavorable «porque no querían la república burguesa»; o «la dictadura del proletariado o nada». Tuvieron lo último, y además los apaleamientos. Como si la caída de la monarquía no hubiese significado en aquel momento la vía abierta a todo lo que el pueblo hubiera querido...

⁶⁷ Para ser exacto debo decir que, al menos según mi opinión, el momento mejor para la revolución en el tiempo de la ocupación de las fábricas había pasado ya; pero si se hubiese osado, a través de aquella ocasión extraordinaria, se habría todavía podido recuperar lo perdido y vencer.

⁶⁸ Estos comicios fueron el único resultado del «frente único» obtenido, exclusivamente en el terreno de la defensa de las víctimas políticas, en los dos congresos de las diversas organizaciones sindicales y de los partidos proletarios en Bolonia (28 y 29 de agosto) y Milán (4 de octubre) — en los cuales Malatesta representa con otros a la Unione Anarchica Italiana. En el primer congreso se redactó un manifiesto en común (*Umanità Nova* del 31 de agosto). Estas reuniones habían estrechado el pacto de la defensa común frente a la reacción en acecho: pero el pacto, como se verá, se quebrantó en el congreso sucesivo de Florencia de mediados de octubre. El «frente único», aun de un alcance tan limitado, duró apenas cincuenta días.

Malatesta estaba en aquellos días en mi casa de Bolonia, a donde fué por una quincena a descansar. ¡Reposo muy relativo! Fué en aquellos días cuando — además de participar el 10 de octubre en la reunión del Consejo General de la Unione Anarchica, trabajó en la revisión, reordenación y terminación, con otros diálogos últimos, de su librito de discusiones *En el café*, publicado poco después en su primera edición íntegra. Sin advertirle siquiera, los compañeros le anunciaron como orador en el mitin de Bolonia — lo abrió leyendo el manifiesto a que nos hemos referido —; habló en efecto aquel día junto con otros oradores en la plaza Umberto I, ante una muchedumbre enorme. Después del mitin fué a la Camera del Lavoro, con algunos de nosotros, para escribir una carta de desmentida al *Resto del Carlino*, que lo había acusado de ser un «masón durmiente»; y mientras estábamos allí llegó la noticia de un grave suceso entre demostrantes y fuerza pública en el centro de la ciudad, cerca de la cárcel, con muertos y heridos de ambas partes. Dos días después salió para Milán donde, apenas llegado, el 17 de octubre (1920), fué arrestado.

Un día o dos antes habían sido detenidos también otros redactores de *Umanità Nova*, y antes aún, Armando Borghi y otros militantes de la Unione Sindicale, siguieron otras detenciones de anarquistas en diversos lugares de Italia. *Umanità Nova* continuó igualmente su publicación, algunos detenidos fueron puestos en libertad; pero fueron mantenidos en la cárcel y procesados en Milán, Malatesta, Borghi, Conrado Quaglino (redactor del diario anarquista) y Mario Baldini. Fueron implicados también en el proceso Dante Pagliai, gerente del periódico y algunos otros, redactores, administradores y colaboradores; pero estos últimos, menos Pagliai, contumaces, fueron dejados fuera de la acusación luego, durante la instrucción del proceso.

EN PRISIÓN (1920-21). — LA HUELGA DEL HAMBRE. — PROCESO Y ABSOLUCIÓN. — «UMANITÀ NOVA» DE ROMA (1921-22). — LUCHA CONTRA EL FASCISMO. — LA «MARCHA SOBRE ROMA» (1922).

El golpe era fuerte. Una conferencia inmediata convocada en Florencia entre los diversos partidos y organizaciones sindicales, a pesar de los empeños precedentes, se rehusó a toda acción de protesta. Los anarquistas fueron dejados solos. Serrati, entonces director del *Avanti!*, dijo en la reunión que el arresto de Malatesta era un «episodio transitorio» y que no había nada que hacer. Esta actitud alentó más aún al gobierno y a la burguesía; la reacción se intensificó. El fascismo, surgido un año y medio antes, había sido hasta aquel momento cosa insignificante y ridícula; de improviso vió engrosar sus filas, levantar la cabeza, y apenas había pasado otro mes e infligía en Bolonia, el 21 de noviembre, la primera y más grave derrota a las fuerzas proletarias socialistas, privándoles de la calle y de los cargos municipales. Fué el principio de la debacle que habría de terminar dos años después con la «marcha sobre Roma».

Malatesta y sus tres compañeros, en tanto, quedaban en la cárcel. La autoridad judicial no conseguía establecer una base de acusación plausible contra ellos, pero no se quería tampoco soltar la presa. La instrucción amenazaba con no acabar nunca, y las cosas eran postergadas sin cesar. Los imputados, exasperados, decidieron recurrir a la huelga del hambre, para que la magistratura los libertase o precisara la acusación contra ellos y los llevase a proceso, y la comenzaron el 18 de marzo (1921). Al cabo de pocos días se difundió la noticia de que Malatesta, a causa de la edad y la salud insegura, estaba reducido a tal extenuamiento por el hambre que corría seriamente riesgo de morir. Toda la Italia obrera y subversiva se conmovió, pero sin una actitud efectiva de eficacia. Estallaron huelgas locales de protesta en la Romagna, en Toscana, en el Valdarno, en Camara, en Liguria; pero cesaron casi de inmediato y no se veía ninguna salida.

Entre los anarquistas la exasperación llegó al colmo. *Umanità Nova* publicó llamadas de desesperación angustiosa y apremiante. En tanto, en diversas partes de Italia, casi como un desafío, las violencias fascistas aumentaban, y se tuvo un episodio de ellas más sanguinario y letal en el propio Milán: el asalto al círculo socialista de la calle Bonaparte, la noche del 21 de marzo, con la muerte del socialista Inversetti. Dos días después, la noche del 23 de marzo, una bomba estalló contra una puerta lateral del teatro Diana, en Porta Venezia, matando dentro a una veintena de personas e hiriendo a muchas otras.

El terrible atentado, como se comprende, tuvo una repercusión vivísima en toda Italia, y más todavía en Milán. No se supo de pronto el origen; se hicieron las suposiciones más contradictorias. Pero era fácil adivinar — como confirmaron más tarde los hechos — que se trataba de un acto individual de anarquistas, determinado por la exasperación y la desesperación, llegadas al paroxismo. Malatesta que, aun comprendiendo y explicando hechos de tal género como un producto inevitable de las injusticias sociales y de las provovaciones de lo alto, había manifestado siempre en su propaganda la más decidida contrariedad por ellos, experimentó la más angustiosa sensación, más lacerante aún por el pensamiento de que el móvil del afecto hacia él no debía ser extraño y sus

compañeros, después de haberse consultado entre sí, cesaron la huelga del hambre.

En tanto, los fascistas, en la noche misma del atentado, una hora o dos después, asaltaron en banda las oficinas de *Umanità Nova*, cerradas y desiertas, hacia medianoche, y lo destruyeron todo. Pero no consiguieron completamente su propósito, porque a distancia de unos meses apenas, el 14 de mayo, el periódico anarquista tan odiado reinició su publicación en Roma — primero bisemanal, luego, desde primeros de julio, de nuevo cotidiano, bajo la dirección provisoria de Luigi Damiani.⁶⁹

El proceso contra Malatesta se celebró ante la Corte d'assise, de Milán, del 27 al 29 de julio (1921). Los inculpados Malatesta y Borghi, además de su posición personal en relación a las acusaciones que se les hacían, ilustraron la situación italiana tal como había sido desde 1919 en adelante, y afirmaron sus ideas. En la defensa estaba, con otros abogados, Saverio Merlino, el viejo e infatigable amigo de Malatesta. Pero a la luz de la discusión las acusaciones contra los imputados parecieron tan torpes e insostenibles, que el mismo procurador del rey se vió forzado a excluir toda existencia de delito. Así Malatesta, que tenía intención de pronunciar al final una autodefensa, que, como en los procesos precedentes, hubiese podido hacer buena propaganda anarquista, se vió privado de la oportunidad de hacerlo, y se limitó a una breve declaración invocando, aun en la lucha inevitable, un próximo porvenir más civil y humano que el de la bárbara violencia, de que el fascismo en Italia daba en aquel momento — y había de continuar dándole en lo sucesivo — un espectáculo tan triste.

Todo se acabó con una absolución general, y la tarde de aquel último día de debate, Malatesta libre estaba de nuevo entre nosotros y los compañeros de Milán. Quince días más tarde, en Roma, volvía a ocupar su puesto en la dirección de *Umanità Nova*.

Entre tanto, durante los diez meses de prisión de Malatesta, el fascismo — ayudado disimuladamente por el gobierno, financiado por la alta burguesía, socorrido por las fuerzas policiales y militares y por todos los partidos políticos antisocialistas — se imponía en casi media Italia. Era ya dueño indiscutido en la Emilia, en Toscana, en el Polesino y en otros puntos menores. Oponían resistencia al fascismo, más o menos, los anarquistas, los comunistas, los socialistas, los republicanos, además de las diversas organizaciones sindicales. Malatesta se lanzó de inmediato a la contienda, y con *Umanità Nova* y su actividad personal, y en algunos casos en representación de la *Unione Anarchica Italiana*, participó activamente en todas las tentativas de resistencia proletaria contra el nuevo flagelo. Intervino, como en el pasado, en todas las reuniones posibles, públicas o clandestinas; favoreció la formación de las escuadras de «arditi del popolo» que se organizaban para la resistencia armada; contribuyó con su consejo a la formación de la Alianza del trabajo concertada entre los diversos organismos sindicales italianos; estimuló de todas las maneras las diversas iniciativas de acción individual y colectiva.

⁶⁹ Para mayor exactitud: el semanario, del 14 de mayo a comienzos de julio, ligeramente modificado en el título (*L'Umanità Nova* en lugar de *Umanità Nova*) fué redactado con criterios más bien personales por Damiani, que había quedado casi solo en el periódico.

He señalado ya su participación en el congreso anarquista de Ancona del 1 al 4 de noviembre de 1921. Al respecto puede interesar la intervención de Malatesta en la discusión que allí se hizo sobre el atentado del Diana de Milán. Inmediatamente después del hecho, la Comisión de correspondencia de la U. A. I., antes aún de que se conocieran los autores y bajo su responsabilidad, había hecho pública una declaración en que expresaba su angustia por el luto de muerte y de sangre resultante, lanzaba la responsabilidad sobre las clases dirigentes, provocadoras y liberticidas, poniendo a salvo el anarquismo y refiriéndose a las ideas sobre algunos hechos semejantes expuestas otras veces por Malatesta. Como algún compañero hizo en el congreso reservas sobre tal declaración, Malatesta la defendió, declarándose de acuerdo con ella y sosteniendo que la Comisión había cumplido un deber anarquista al expresar en aquella ocasión la propia opinión. En otro discurso suyo, a propósito de la misión de los anarquistas en el movimiento obrero, combatió las ideas de los que habrían querido obligatoria para los obreros anarquistas la adhesión a la Unione Sindacale. Aun expresando hacia ésta la mayor simpatía y la más cálida preferencia, sostuvo la libertad de los compañeros de pertenecer a los sindicatos en donde creyesen poder hacer mejor obra útil, a condición de que esta acción suya estuviese intransigentemente inspirada por las ideas anarquistas.

Algún mes más tarde, el 23 de abril de 1922, fué Malatesta con otros compañeros (Pasquale Binazzi, V. Cantarelli, Fabbri, N. da B. y H. M.) en representación de la Unione Anarchica a una conferencia en Spezia con el anarco-bolchevista Hermann Sandormirsky — jefe de Comité de prensa de la delegación soviética rusa a la Conferencia interestatal de Génova —, en busca de informaciones y para un intercambio de explicaciones sobre la posición de los anarquistas en Rusia frente al Estado bolchevique que los perseguía. En aquella ocasión los fascistas del lugar intentaron en vano perturbar la reunión, mantenidos a distancia por la improvisada intervención del proletariado de Spezia. En base a aquellas conversaciones, que se desarrollaron a fondo, se tuvo una breve polémica entre Malatesta y Sandormirsky en las columnas de *Umanità Nova*. Del 9 al 31 de mayo siguientes (1922) tuvo lugar en Milán el proceso por la tragedia del Diana, del 23 de marzo del año anterior. Imputados directos como autores eran los anarquistas Giuseppe Mariani, Ettore Aguggini y Giuseppe Boldrini, los dos primeros confesos, el tercero inocente y declarado tal por los otros dos. Había otros catorce acusados de hechos menores, arbitrariamente ligados al hecho del Diana bajo el título genérico de asociación para delinquir. Mariani y Boldrini fueron condenados a presidio; Aguggini, como menor de edad, a 30 años de reclusión. Los otros tuvieron condenas variadas de 4 a 16 años de reclusión. Tres fueron absueltos. De algún otro contumaz en el exterior se hizo el proceso más tarde.

En aquel proceso, Malatesta, aun manifestando su juicio bien conocido sobre el hecho en sí, tomó la más ardiente defensa de los acusados, no sólo de los imputados menores y de los inocentes, sino también de los mayores responsables. Se ofreció para testimoniar y hablar a los jurados en defensa de aquéllos; pero su ofrecimiento no era legalmente admisible ni aconsejable, según los abogados. En sustancia, en algunos artículos que dedicó al proceso en *Umanità Nova*, sostenía que los autores del atentado lo habían cometido en estado de irresponsabilidad pasional, que su excitación había tenido móviles enteramente idealistas, altruistas y

desinteresados, y que por eso militaban en su favor todas las atenuantes y discriminantes posibles. Sin embargo, palabras de tan alto sentido humano eran demasiado superiores al bajo ambiente a que se dirigían, para poder ser escuchadas. ¡ Y así la primera tragedia fué coronada y agravada por una tragedia nueva !

El fascismo, desgraciadamente, proseguía, con metódica prepotencia criminal y su absoluta impunidad, el sometimiento de otras regiones italianas, como la Puglia, la Lomellina, el Veneto; en julio las bandas en camisa negra se concentraban en Ravenna y sembraban el luto y la destrucción en casi toda la Romagna. La Alianza del trabajo quiso jugar la última carta y proclamó el 31 de julio (1922) la huelga general de defensa en toda Italia, que anarquistas, comunistas y socialistas revolucionarios proponían desde hacía rato. Malatesta, que presionaba en tal sentido en *Umanità Nova*, hizo pesar toda la influencia personal de que disfrutaba entre la mayor parte de los exponentes de los organismos proletarios, con los cuales estaba en aquellos momentos en contacto día y noche, para que fuese declarada la huelga. Se hizo así, pero la tentativa desesperada no alcanzó el propósito que perseguía y fué sofocada en sangre por las bandas fascistas y por la policía oficial. El fascismo se implantó como amo, con la violencia más feroz, también en las Marcas y en Milán.

El campo de la intervención directa de Malatesta se había ido restringiendo poco a poco, y se limitaba cada vez más a Roma y a los alrededores, donde la resistencia obrera por un lado, y por otro la política hipócrita y oportunista del gobierno, dictada en la capital por conveniencias diplomáticas, para salvar las apariencias, impedían todavía la penetración abierta del fascismo. *Umanità Nova* se podía publicar, pero no podía difundirse ya en provincias, fuera de muy pocos lugares: en todas partes, como casi toda la prensa antifascista, el periódico era o bien secuestrado en el correo, o quitado a los revendedores y quemado, y revendedores, suscriptores y compradores eran agredidos a palos por las calles. Tuvo que suspender su publicación cotidiana y convertirse en semanario, después de la última huelga general desastrosa, en agosto (con el número 183, del 12 de agosto).

Un breve paréntesis sereno y elevado, en la vida atormentada de Malatesta en este período, fué representado por una escapada clandestina a Suiza en el mes de septiembre. Aunque expulsado de allí desde 1879, fué para celebrar el cincuentenario del histórico Congreso internacional antiautoritario de Saint-Imier, donde — presentes Bakunin y Malatesta, entre otros — en septiembre de 1872, había surgido de hecho el movimiento anarquista moderno. Malatesta, buscado en vano por las policías italiana y suiza, pudo, a través de los montes, pasar, quedar tranquilamente en Bienne el 16 y en Saint-Imier el 17, participar activamente en las reuniones anarquistas internacionales convocadas, y volver a pasar, tranquilo, la frontera, regresando a Roma. De las discusiones sostenidas en aquellas conferencias de Malatesta sobre los diversos problemas de la revolución — en especial con el anarquista francés Colomer, pasado luego al bolchevismo — se tuvo un colofón en artículos polémicos aparecidos poco después en *Umanità Nova* y en *Le Libertaire*, de París.

Un mes después del retomo de Malatesta de Suiza, o poco más, tenía lugar la famosa «marcha sobre Roma» — a últimos de octubre —, con la que el fascismo lograba, mediante la complicidad del rey, asumir oficialmente el poder, rompiendo las últimas formalidades y obstáculos de la Constitución italiana.

Malatesta la víspera no desesperaba aún de la salvación de Italia del flagelo. Lo habíamos visto pocos días antes, en una reunión privada entre compañeros de varias partes de Italia, en Roma —en ocasión de la reunión del consejo de administración de *Umanità Nova* — y era todavía optimista. Pero su optimismo fué completamente desmentido por los hechos. Las consecuencias que sobrevinieron para Italia son bien conocidas. En Roma algún pequeño grupo de audaces intentó en vano alguna resistencia en los barrios de San Lorenzo, Porta Trionfale y Citta Giardino. Las fuerzas fascistas que convergían de todas partes y entraban en Roma al lado del ejército, apenas llamado Mussolini al Quirinale por el Rey, hacían impotente toda fuerza adversa. Detalle ridículo: en Piazza Cavour, los fascistas ensartaron en las bayonetas y quemaron después un retrato de Malatesta hallado en uno de los domicilios invadidos y devastados por ellos.

Pero Malatesta no fué, personalmente, molestado. Sólo el 30 de octubre por la noche fué asaltada y destruida en parte, en el lejano barrio de Santa Croce in Gerusalemme, la redacción y la imprenta de *Umanità Nova*. Una nueva invasión, algunos días después, acabó de completar la destrucción. Malatesta consiguió, sin embargo, publicar otros dos números en otras imprentas, en un lenguaje enérgico y directo frente al enemigo triunfante. Pero entonces intervino directamente el gobierno, primero haciendo prohibir formalmente por la policía a los tipógrafos la impresión del periódico, y pocos días después con la orden de arresto del administrador Giuseppe Turci, al que se le secuestraron todos los papeles, los libros de contabilidad y el dinero que había quedado en caja.

Así murió *Umanità Nova*, cuyo último número (el 196) fué el del 2 de diciembre de 1922. Fué iniciado luego un proceso contra Malatesta y una cantidad de redactores y colaboradores del periódico en Roma y varias partes de Italia; pero fué un simple pretexto para obligar a su supresión, pues luego no se habló más de la cosa.

UN AÑO DE TRABAJO MANUAL (1923). — «PENSIERO E
VOLONTÀ», DE ROMA (1924-20). — PERSECUCIONES.

Rota en su mano la pluma, Malatesta no perdió el ánimo. Buscó y encontró un pequeño local en arriendo, en el número 87 de la calle San Giovanni in Laterano, cerca del Coliseo, y allí instaló un modesto taller de electricidad mecánica. Volvía así, después de tres años de batalla periodística, al oficio que había ejercido en varias oportunidades en Londres, desde 1882 a 1919.

Trabajo no le faltaba, sea porque todavía era bastante fuerte y hábil, a pesar de sus sesenta y nueve años, sea por las grandes simpatías de que disfrutaba en los ambientes más diversos. Pero comenzó pronto para él una dura lucha de otro género con la policía fascista, que le seguía a todas partes donde iba a trabajar para hacer instalaciones eléctricas y de cocinas a gas, reparaciones, etc. Los agentes molestaban y trataban de amedrentar a cuantos recurrían a él para darle trabajo. Los periódicos se ocuparon, en abril de 1923, de un allanamiento hecho de improviso en casa de un alto jefe del ejército, en el barrio de Città Giardino Aniene, donde Malatesta estaba colocando aparatos eléctricos.⁷⁰

En los intervalos de tiempo que le dejaba libres el trabajo continuó, no obstante, ocupándose de las cosas del movimiento anarquista. Aparte de la persistente obra de estímulo y de propaganda que desarrollaba con su influencia personal entre cuantos se le acercaban y de los esfuerzos con que procuraba mantener coaligadas las filas de los compañeros, lo que escapa, naturalmente, a toda documentación, hallamos de él un par de artículos en dos publicaciones hechas en Roma por Temistocle Monticelli : *Per la prossima riscossa* (número único *Solidarietà*, Roma, febrero de 1923) y *Perché il Fascismo vinse e seguirà a spadroneggiare in Italia* (periódico *Il Libero accordo*, Roma, número 78, del 28 de agosto de 1923). En el periódico *Fedel!* que, en aquel mismo año, comenzó a publicar en Roma Luigi Damiani, antes redactor de la suprimida *Umanità Nova*, recuerdo entre otras cosas un par de artículos suyos en polémica con los comunistas (números 7 y 11 del 28 de octubre y 25 de noviembre), además de un informe escrito por encargo de la Unione Anarchica italiana al Congreso anarquista de París (que debía celebrarse y no se celebró a fines de aquel año): *La conducta de los anarquistas en el movimiento obrero* (*Fedel!*, número 3, del 30 de septiembre).

Cumpliendo Malatesta a fines del mismo año 1923 sus setenta años de vida, de varias partes del mundo le llegaron demostraciones calurosas de simpatía y de afecto de parte de los compañeros y amigos. En París y en Buenos Aires se celebraron también reuniones en recuerdo y solidaridad hacia el viejo luchador. En Italia estas manifestaciones quedaron contenidas en límites modestos de intimidad familiar a causa de la vigilancia y de la reacción fascistas. Pero los amigos más fieles quisieron aprovechar la ocasión para ofrecer a Malatesta los medios de un trabajo más útil a la causa y al mismo tiempo menos gravoso y más independiente. Por iniciativa del periódico *Fedel!*, con la cooperación de compañeros de Italia y del exterior, se recogió algún millar de liras para que Malatesta pudiese iniciar una nueva publicación regular suya. Y así fué como el 1

⁷⁰ *La Voce Repubblicana* de Roma. 7 de abril de 1923 (artículo reproducido por Nettlau).

de enero de 1924 pudo hacer aparecer en Roma la revista quincenal *Pensiero e Volontà*.

En sus comienzos el régimen fascista consentía aún en Italia, legalmente, una máscara de libertad de prensa, obligado a ello por la vieja constitución política oficial que no pudo abolir de golpe enteramente, aunque luego esa libertad la limitase de hecho lo más posible, ilegalmente, con la violencia privada de sus bandas de apaleadores e incendiarios y mediante arbitrarias medidas excepcionales de policía. De ese soplo de libertad superviviente pudo aprovecharse también la nueva revista de Malatesta.

Pensiero e Volontà tuvo el carácter de todas las otras publicaciones de Malatesta : claridad y serenidad de lenguaje, altivez frente al enemigo, intransigencia en las ideas, observación aguda de los hechos, profundidad de pensamiento. Dada la situación, estaba obligada a escapar o a eludir ciertos argumentos de viva actualidad, o bien a tratarlos con modos y maneras impuestos por las circunstancias. Pero cuando era necesario, Malatesta no tenía pelos en la lengua para decir lo que correspondía a los prepotentes dominadores de Italia, y al mismo Mussolini, firmando lo que escribía, así como hizo, por ejemplo, cuando Mussolini habló de un pretendido «anillo Albertini-Malatesta», para insinuar la existencia de fantásticas relaciones entre la hostilidad anarquista al fascismo y la oposición oportunista y moderada de algunos monárquicos conservadores, o cuando se atrevió a vanagloriarse en la prensa exterior de la libertad dejada por su gobierno al conocido agitador anarquista.

La vida de la revista fué pronto difícil y laboriosa a causa de eso. Apenas seis meses más tarde, cuando al día siguiente del asesinato fascista de Matteoti, el gobierno estableció la censura de la prensa, *Pensiero e Volontà* comenzó a ser objeto de secuestros, los cuales eran tan frecuentes que desde comienzos de 1925 la revista no pudo salir ya regularmente. A menudo se secuestraba, después de la primera edición, también la segunda y tercera expurgadas; sin contar el sabotaje postal y los secuestros arbitrarias de los fascistas en cada localidad. Sólo en el primer año pudieron salir los veinticuatro números regulares; en el segundo año (1925) salieron sólo dieciséis números, y otros dieciséis en el tercero (1926), con cinco fascículos más de ediciones censuradas.⁷¹ El último número fué el 16 del 10 de octubre de 1926. El número 17, entregado ya a la imprenta a comienzos de noviembre, con un artículo de Malatesta contra la pena de muerte, propuesta en aquellos días por el gobierno fascista, no pudo salir. El gobierno suprimió por completo *Pensiero e Volontà*, como suprimió, después del atentado de Anteo Zamboni contra Mussolini en Bolonia, a fines de octubre, toda la prensa italiana antifascista o simplemente independiente.

Así la voz de Malatesta fué constreñida al más completo silencio, y le fué quitado todo modo de vivir con un trabajo intelectual. Aunque la avanzada edad se lo hubiera permitido, no habría podido tampoco volver a su trabajo manual, pues su tallercito de electricista mecánico de la calle S. Giovanni in Laterano, confiado a

⁷¹ Poco a poco la revista era secuestrada no ya sólo por algún artículo de actualidad sobre la situación italiana, el fascismo, etc., sino también por los argumentos más lejanos y menos imaginables. Recuerdo el secuestro hasta de un artículo mío de carácter pedagógico sobre el «gobierno de la familia». De un escrito juvenil de Eliseo Reclus. que se remontaba a 1851, fué secuestrada la primera edición, y en la segunda se hubo de cambiar el título, quitándole la palabra «libertad» y suprimiendo algunas líneas.

obreros amigos tres años antes, había sido, después del atentado de Zamboni, invadido y devastado por los fascistas. Por otra parte, en lo sucesivo, nadie le habría dado trabajo.

Desde entonces, por tanto, Malatesta pudo vivir — junto con su compañera Elena Melli, con quien se había unido desde 1921, y con la hija de ésta, Gemma, que le adoraba como una hija propia — solamente con la ayuda de los compañeros que más próximos le estaban como amigos y de otros que desde lejos se interesaban por él. Esta ayuda no le hizo faltar nunca, hasta el fin, el pan modesto de que tenía necesidad; aun no pudiendo ser, sin embargo, más que la ayuda de pobres a un pobre. Quien conocía a Malatesta, no puede menos de pensar en su disgusto espiritual en semejante posición, él que lo había dado todo siempre a los otros, y no habría querido costar un céntimo nunca a nadie. Pero no era más que una consecuencia inevitable de la prepotencia enemiga, como las tantas molestias materiales y morales de los encarcelamientos y de los destierros del pasado. La suya, en realidad, era la condición de un prisionero, a quien hijos y hermanos afectuosos tratan del mejor modo posible de aliviar los sufrimientos de la prisión.

Prisionero era, verdaderamente, a pesar de las apariencias, pues el fascismo poco a poco lo aisló en plena Roma de todo contacto con el mundo circundante. Más de uno, entre los próximos y los lejanos, le aconsejó entonces la fuga; pero no quiso. Desde primeros de noviembre de 1926, suprimida toda libertad y adoptadas por el gobierno las medidas más draconianas y las persecuciones más encarnizadas contra todos los hombres libres y enemigos del fascismo, se había intensificado el éxodo al extranjero de los italianos que más amenazados se sentían o para los cuales la atmósfera italiana era más insoportable. Por un cierto tiempo, también Malatesta habría podido salir; y se le ofreció la oportunidad por amigos suizos y franceses. Pero prefería quedar, y aconsejaba a los otros que se fuesen: era preciso (les decía) quedar en el puesto, dar a los demás el ejemplo de la resistencia, esperar cerca la ocasión de una acción imposible desde lejos, hacer lo poco que se pueda, permanecer en condición de aprovechar los acontecimientos que podían determinarse de un momento a otro, etc.⁷² Más tarde, especialmente cuando tuvo lugar la revolución española, habría querido partir; pero entonces era demasiado tarde.

Desde fines de 1926, las persecuciones contra él, aunque en forma simulada e hipócrita, aumentaron cada vez más. Ya en septiembre (1926), después del atentado de Gino Lucetti contra Mussolini, había sido arrestado (y también su compañera) y mantenido en prisión por 12 días. Después del otro atentado de Zamboni en Bolonia, pudo escapar al arresto sólo escondiéndose algunos días. Pero al fin del año, después de la fuga de Turati de Italia, y más todavía desde mediados de 1927, después de la salida clandestina de otras personas que se sabían amigas suyas, la vigilancia contra él se intensificó hasta volverse literalmente asfixiante, y peligrosa además para quienes se le acercaban. No se osaba encarcelarlo, faltando para ello todo pretexto visible, aun a causa de su edad — no eran enviados al confinamiento los que habían pasado de 70 años —, y el fascismo temía la repercusión enorme que su arresto habría tenido fuera de Italia, y tal vez

⁷² Escribió a algunos en el exterior entonces en ese sentido. Una de tales cartas a Sebastián Faure fué publicada por éste, después de la muerte de Malatesta, en *Le Libertaire* de París, núm. 366. del 5 de agosto de 1932.

el espíritu de represalia que el hecho habría podido suscitar entre sus compañeros. Se prefirió tenerlo como rehén, en una especie de confinamiento en domicilio, circundándolo con ostentación de una barrera policial insuperable.

Ya desde fines de 1921 o desde comienzos de 1922, algunos meses antes de la «marcha sobre Roma», Malatesta había tomado en arriendo, con su pequeña familia, un departamento de dos habitaciones y cocina en la calle Andrea Doria (después Piazzale degli Eroi), número 8, en el tercer piso, en el barrio de Porta Trionfale. Su habitación, por la que pagaba un alquiler módico, forma parte de un vasto complejo del instituto de casas populares de la Comuna de Roma. Y allí vivió Malatesta hasta su muerte.

PRISIÓN ENCUBIERTA. — LA VIDA BAJO LA TIRANÍA. —
COLABORACIÓN EN LA PRENSA ANARQUISTA DEL EXTRANJERO.
— LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE (1932)

Desde principios de 1927, el gobierno fascista hizo instalar en el portal del edificio donde habitaba Malatesta, una especie de cuerpo de guardia de policías, en permanencia día y noche, provistos de automóvil y de motocicleta. Luego hubo también un policía de Centinela en el descansillo del tercer piso, ante la puerta del departamento. Cuando Malatesta salía, era seguido a todas partes por una escolta a pie y en automóvil o motocicleta. Si entraba en alguna casa, los policías pretendían entrar también ellos o impedían que Malatesta entrase. Si alguien iba a casa de Malatesta, era detenido y puesto en libertad sólo si resultaba que no era subversivo; y se le intimaba a que no volviese más. Si alguien lo saludaba o detenía por la calle, corría el mismo riesgo; lo menos que le podía pasar era que se le sometiese a un registro.⁷³ Su compañera Elena Melli y la hija Gemma eran seguidas también ellas al salir de casa. El policía dedicado a ésta última, estudiante, entraba también en los locales escolásticos y la esperaba durante las lecciones fuera del aula.

No se acabaría nunca si hubiésemos de contar los detalles de esta vigilancia opresiva y los incidentes a que dió lugar. Relataré al vuelo algunos de los más salientes :

Habiendo en el edificio donde habitaba Malatesta una salida secundaria, la policía la hizo clausurar con una pared. De dos amigos, padre e hijo, que fueron una vez a visitarle, uno fué enviado al confinamiento y el otro sometido a la «*ammonizione*» (vigilancia especial de la seguridad pública). Una señora inglesa que Malatesta había conocido en Londres, porque lo encontró y le invitó a su casa, tuvo tantas molestias que interrumpió repentinamente toda relación con él. Un conocido abogado, que había llegado de provincias a Roma, quiso hacerle una visita de cortesía, y eso bastó para hacerle pasar todo un día arrestado, y fué preciso que sus amigos, personas altamente situadas y bien vistas por el régimen, se moviesen seriamente para conseguir su liberación. Otra vez Malatesta, como obsequio a un profesor de la hija, quiso asistir a una lección de éste en la universidad : bastó eso para que fuesen suprimidas las conferencias del profesor y éste quedase sometido a sumario. A un grave incidente, en una circunstancia, dió lugar la vigilancia a la joven Gemma ; habiendo un policía molestado a una compañera suya de escuela, y habiendo habido protestas, el policía, para vengarse, se situó cerca de la casa de Malatesta, la esperó y cerca de un café la agredió a sillazos, hiriéndola seriamente.

Los que conocen la naturaleza sociable y afectuosa de Malatesta, comprenderán el sufrimiento moral que le procuraba ese aislamiento y más aún el estar siempre en peligro de originar daños y dolores a quienes hubiesen sido impulsados por el afecto hacia él a acercársele. Fué él mismo, por lo demás, el que desde los primeros momentos advirtió a todos los amigos que se abstuvieran de visitarle para no tener molestias desagradables. Cuando por la calle descubría a lo lejos algún amigo o conocido que diese muestras de acercarse a él, se esforzaba con

⁷³ Por algún tiempo logró Malatesta, al menos por un año aproximadamente, eludir la vigilancia policial y ver de tanto en tanto a algún compañero más íntimo con una estratagema; pero también estos contactos furtivos, especialmente después de 1928, se volvieron poco a poco imposibles o casi.

guiños y signos por advertir al incauto para que pasara sin decir palabra a fin de no caer en manos de los policías que le seguían.

Esta penosa situación era agravada por la censura más rigurosa a que era sometida su correspondencia postal. Todos los periódicos extranjeros le eran secuestrados ; y era un acontecimiento solemne para él cuando algún periódico amigo, por error de los vigilantes, llegaba a sus manos. Lo mismo pasaba a menudo con los libros; se le secuestró incluso el conocido libro de Ishill, en inglés, sobre Elías y Eliseo Reclus. Se intentó, sin lograrlo, impedir que las Bancas le transmitiesen el dinero que le enviaban los amigos del exterior. Un cheque fué devuelto a la Banca de emisión, una primera vez, con la motivación que se trataba de «dinero antinacional». La Banca volvió a expedir el cheque haciendo observar lo ridículo de la cosa, y no se tuvo el valor de insistir.

Todas las cartas que le llegaban eran leídas por una oficina especial y luego entregadas, a menudo con grandes retardos, al destinatario; y en algunos períodos no eran entregadas tampoco. Pero se renunció a la interceptación completa, evidentemente porque el gobierno hallaba más útil a sus fines dar curso a las cartas, para leer todo lo que podía interesarle a él. Astucia inútil, porque Malatesta había advertido a todos que le escribieran solamente lo que hubieran podido escribir a una persona en la cárcel. A veces, por las certificadas que no hubiesen sido abiertas ya en la oficina, uno de los policías de guardia entraba en la casa con el cartero y pretendía que Malatesta las abriese en su presencia, especialmente para secuestrar impresos o recortes de periódicos que hubiera en ellas.

Estas medidas de carácter preventivo no impedían las otras de índole represiva. De cuando en cuando se procedía en casa de Malatesta a algún allanamiento, se le secuestraba algún libro o periódico, algún artículo en preparación o todavía no expedido, alguna carta, etc. Así acabó en la policía un artículo sobre el «determinismo», en francés, que había escrito para *La Encyclopedie Anarchiste* de Sebastián Faure. Otra vez se le secuestró un artículo sobre «Ciencia y anarquía», en inglés, pronto para ser enviado. Pero generalmente se iba a su casa con el pretexto de interrogarle o de... informarse de su salud, simplemente con el fin de cerciorarse de su presencia cuando tardaba más de lo habitual en salir de casa. No faltaron incidentes más graves. En 1928, después de la explosión de la bomba del piazzale Giulio Cesar, en Milán, se detuvo a su compañera, la Melli, sólo porque ésta había vivido largo tiempo en la metrópoli lombarda; y se la tuvo en la cárcel cerca de dos meses sin que nadie la interrogase y sin un motivo cualquiera, fuera del evidente de atormentar de alguna manera a la familia Malatesta.

La salud siempre vacilante de Malatesta, con los años que pasaban, no podía menos de resentirse. A principios de 1926, había tenido uno de sus ataques bronquiales, complicado con una fuerte hemorragia, que alarmó a su médico. Este le aconsejó ir a pasar la estación veraniega al mar; y en efecto, en julio fué con su compañera y la hija a Elena, pequeña localidad a la orilla del Tirreno, cerca de Gaeta. Pero la policía no le dejó en paz. Como más tarde en Roma, el que se le acercaba era arrestado. Más aún, se detenía a los que llegaban al pueblo de fuera, si eran conocidos como gentes de izquierda, según ocurrió al abogado Di Mambro de la cercana Cassino al bajar del tren: «Porque en el pueblo está Malatesta», se le dijo. Después de un par de días o tres, el amigo que hospedaba en su casa a Malatesta fué agredido y apaleado cruelmente por los fascistas. Para evitar otros

incidentes a los amigos, Malatesta se apresuró a volver a Roma. La cosa se repitió más o menos igualmente cinco años más tarde. Se había agravado, estaba muy débil y el médico volvió a aconsejarle que fuese a respirar a alguna playa un poco de aire marino. Malatesta fué con Gemma a Terracina, no muy lejos de Roma. Esta vez le siguió de la capital justamente un camión de policías con un comisario. Es inútil contar las nuevas vejaciones sufridas por él y por quienquiera que se le acercase o se acercase a la muchacha. Se advirtió y prohibió dirigirle la palabra hasta a los camareros que le servían en el café. Una pobre niña de 14 años, que había conocido a Gemma en la playa y había ido a visitarla, fué llamada a la policía y se la asustó de tal manera, que enfermó y hubo de guardar cama con fiebre. Comenzó a manifestarse el malhumor entre la juventud del lugar, y Malatesta, para evitar otros incidentes y que por su causa se comprometiese alguien, interrumpió la cura apenas comenzada y volvió a tomar el tren para Roma.

El gran temor del gobierno y de la policía era que Malatesta hallase el modo de escapar y refugiarse en el extranjero. En efecto, las intenciones suyas habían cambiado poco a poco. No era ya de opinión, como en 1927, de que era mejor quedar en Italia. Habiéndole escrito yo más recientemente que sentía remordimiento por haber partido, me respondió que me equivocaba y que se había convencido de que habría sido del todo inútil el sacrificio de quedar allí. Para él la vida de aquel modo se había vuelto insoportable. El ser una especie de cebo de trampa para la policía en acecho a fin de echar mano y hacer pesar su poder sobre quien le mostrase afecto e interés, lo humillaba y le hacía sufrir. Más de una vez dijo y escribió que habría preferido mil veces el confinamiento o la cárcel a aquella «libertad» suya falsa e hipócrita.

Cuando luego la caída de la monarquía en España creó en esta nación situaciones revolucionarias inesperadas, sintió más fuerte el peso de la inmovilidad a que era forzado. El 25 de abril de 1931 me escribía: «Tengo fiebre (no te alarmes, hablo metafóricamente) por las cosas de España. Me parece que la situación presenta grandes posibilidades y quisiera irme allá. Me enfurezco por estar aquí encadenado.» ¡Qué bien se comprende! Había tenido siempre las mismas esperanzas de Bakunín en una posible revolución española. Había estado allí más de una vez desde la primera Internacional; algunos de sus más íntimos amigos eran españoles, le era familiar el idioma; y si hubiera podido ir, habría realmente podido desarrollar la acción más útil. ¡ Pero era ya imposible ! La policía debió haber adivinado su deseo; y en Terracina se le hizo comprender fácilmente. Precisamente en aquel verano de 1931, algunos compañeros de España habían ventilado un proyecto, no del todo fantástico, para organizar su fuga de Italia. Pero los eternos habladores y estúpidas publicaciones en los periódicos, hicieron imposible el más pequeño comienzo de realización, y tal vez fueron la causa de una vigilancia más rigurosa a su alrededor.

Pero no se debe creer que la posición tormentosa y difícil creada a Malatesta por las persecuciones, por los disgustos, por la edad y por el mal, le impidió continuar viviendo su vida intelectual y espiritual, en armonía con sus sentimientos de hombre libre, de revolucionario y anarquista. Al contrario. No renunció en modo alguno, a pesar del silencio a que era constreñido en Italia, a decir sus ideas, a estimular la acción, a denunciar las infamias de los opresores, a cooperar en la incesante elaboración de las ideas libertarias, a interesarse en el movimiento social

y anarquista internacional. No hay cuestión importante que, en estos últimos años y hasta la víspera de su muerte, se haya debatido en el campo anarquista, sobre la que él no haya dicho su opinión. No escatimaba consejos y exhortaciones, en especial si le llegaba el eco de ciertas polémicas antipáticas entre compañeros, o si creía descubrir desviaciones peligrosas en ciertas actitudes teóricas y tácticas. Además de los artículos para los periódicos, escribía a una infinidad de compañeros, decía todo lo que pensaba y sabía sin preocuparse de la censura, y a todos dirigía palabras de afecto, de estímulo y de esperanza en donde se traslucía siempre el mismo fuerte amor humano y la incommovible confianza en el porvenir.

También después de 1926 ha continuado hasta lo último con sus escritos, siempre tan lúcidos y originales — publicados desde entonces sólo en el exterior —, y dando su contribución a la prensa anarquista. Sería demasiado largo enumerarlos. La mayor parte han aparecido en *Il Risveglio Anarchico* de Ginebra, y no pocos, últimamente, en *L'Adunata dei Refrattari* de Nueva York, donde precisamente ha aparecido el último artículo suyo en orden de fecha, sobre el llamado «revisionismo anarquista», el 12 de marzo del año 1932. Ha escrito saltuariamente otros artículos, además, para *La Lotta umana* y *Le Libertaire* de París, para *Studi Sociali* de Montevideo y *Probužhdenie* (revista rusa) de Detroit, Michigan, y probablemente también para otras publicaciones por mí ignoradas u olvidadas.

Algunos de estos escritos, de una notable extensión, tienen una importancia especial, como, por ejemplo, la crítica a un proyecto de una «Plataforma anarquista» de un grupo de compañeros rusos (1927), un estudio sobre el «régimen de la propiedad después de la revolución» (1929), otro sobre la misión de «los anarquistas en el momento actual» (1930), uno de recuerdos y críticas sobre Pedro Kropotkin (1931), etc. Importantísimo, especialmente desde el punto de vista histórico, es un largo prefacio al reciente libro de Max Nettlau, *Bakunín e l'Internazionale in Italia* (Ginebra, 1928), una especie de cuadro retrospectivo de la Italia revolucionaria en torno a 1870. He dicho (en otra parte de este trabajo) sus intenciones más recientes de preparar una especie de reelaboración teórica e histórica de sus ideas en conexión con los recuerdos de su vida. Pero de eso no he sabido nada más. Probablemente le ha faltado el tiempo y sobre todo la tranquilidad para hacerlo.

Mientras tanto las sacudidas de su salud se volvían más frecuentes y amenazadoras. Después de la grave enfermedad de comienzos de 1926, se había restablecido bastante, aun continuando cada invierno pagando su tributo a su vieja afección bronquial que le había atormentado siempre, desde niño. Una recaída más grave la tuvo en la primavera de 1931, y ya no se repuso completamente. En efecto, en el verano siguiente, él que no había sufrido nunca por el calor e incluso disfrutaba de él cuando los demás lo hallaban insoportable, por primera vez se sintió extenuado. Contribuyó a abatirlo en el verano mismo y en el otoño (1931) la enfermedad en dos ocasiones, y gravísimamente, de su compañera, habiéndose esforzado más de lo que podía para asistirle día y noche.

Con el invierno comenzó a sentirse peor, entre altos y bajos continuos, aun sin recaídas demasiado graves. La mayor debilidad persistía y aumentaba, a pesar de la resistencia de su espíritu. En año nuevo de 1932 me escribía en una breve tarjeta postal: «Aquí se hiela uno, material y figuradamente ; y yo estoy aterido por fuera y

por dentro» Esperaba con ansias el sol de primavera, confiando en una renovación de fuerzas. El corazón le resistía cada vez menos. Tenía momentos de sofocación, provocados a veces por el más pequeño movimiento, y recurría para aliviarse a la respiración del oxígeno. Su voluntad luchaba enérgicamente contra el mal, y ya en marzo comenzaba a sentirse más aliviado. Sus cartas a los amigos se hicieron más frecuentes, más largas, más serenas; escribía de nuevo algún artículo. Pero fué por poco tiempo.

El 26 de marzo (1932) un ataque broncopulmonar, sobre su bronquitis crónica, le enclavó al lecho. Esta vez el mal era gravísimo. El 9 de abril estuvo a punto de morir; el peligro permaneció algunos días, después se alejó poco a poco. Pero la mejora era lenta e incierta. Logró abandonar el lecho, ir de una habitación a otra, dormir tranquilo algunas horas. La fatiga le molestaba menos y era menor la necesidad de oxígeno artificial. Se puso a escribir de nuevo a los amigos. Pero el mejoramiento fué interrumpido poco después por fuertes fiebres, le volvió la fatiga. También esta crisis pareció superada, tanto que el 30 de junio me escribió la noticia con palabras de renacida esperanza.

Pero en lo sucesivo no se hacía ya muchas ilusiones. Como he comprendido luego, me escribía a mí cartas un poco más alentadoras, porque sabía que también yo estaba enfermo, y no quería afigirme. Pero a otro gran amigo suyo, a Luigi Bertoni, de Ginebra, le abrió más su espíritu. Sus últimas cartas son otro reflejo de su alma tan llena de voluntad de vida, de amor a la idea, de ternura para todos los compañeros de fe.

«Paso (escribía a Bertoni) una parte del día medio durmiendo, como entontecido (por la noche generalmente no puedo dormir), y por otra parte vivo la tragedia íntima de mi espíritu, es decir, estoy conmovido por el gran afecto que los compañeros sienten hacia mí y al mismo tiempo mi tormento por el pensamiento de haberlo merecido tan poco y, lo que es mucho peor, por la creciente conciencia de no poder hacer ya nada en el porvenir. Francamente, cuando se ha soñado y esperado tanto, es doloroso morir en las condiciones en que tal vez moriré yo, en víspera quizá de los esperados acontecimientos. ¡ Pero qué quieres | Tal vez no hay más remedio que esperar el fin teniendo ante los ojos de la mente la imagen de aquellos que me han querido tanto y a quienes yo tanto he querido.» Y en otra carta al mismo, el 30 de junio: « . . . En cuanto a mi salud, aquí se esfuerzan por hacerme creer que estoy mejor, y yo para no afligirte demasiado simulo creerlo. Pero sé que no es verdad. Es verdad, sin embargo, que el buen tiempo y el calor, en los que confío tanto, no han comenzado todavía: hay, por tanto, lugar a esperanza...»⁷⁴

Una persona próxima a él me escribía después de su muerte : «No quería alejarse de su escritorio: noche y día estaba allí en aquella silla, junto a su mesa, y no se le veía abandonar el lugar a ningún precio. Se alejaba sólo algún momento para echarse en la cama o sentarse en una poltrona. Incluso cuando estaba en la agonía y no se movía ya, un pequeño movimiento que hacía lo hacía con las piernas: el acto de bajar de la cama para ir a la mesa. Porque ya la mesa para él representaba la vida, donde se ocupaba de sus ideas predilectas, donde se relacionaba con los compañeros lejanos, leyendo o releendo sus cartas y escribiéndoles... Pensaba

⁷⁴ *Il Risveglio Anarchico*, de Ginebra, núm. 854, del 30 de julio de 1932.

siempre en los compañeros, en el gran dolor que iba a originarles. Se conmovía hasta las lágrimas cuando su pensamiento iba a los amigos más queridos y los veía recibir el anuncio de su muerte...»

El 11 de julio trató aún de escribirme por última vez. Pero aquel día no pudo terminar la carta y expedirla. La tuve después, escrita trabajosamente y así interminada. El 18 se agravó más.

Sin embargo, no se daba por vencido. No podía estar en la cama, salvo algunos momentos; y quedaba junto a la mesa o reposaba en una poltrona. No perdía el espíritu; su memoria era siempre precisa y segura, su inteligencia no sufría ninguna alteración, aunque las fuerzas físicas le faltaban cada vez más. También el 21 de julio por la mañana, víspera de su muerte, se sentó a la comida con los suyos, como de costumbre leyó el periódico y cuando llegó el correo se hizo leer la correspondencia por Elena. Habló un poco de política con el médico que fué a visitarle. Halló manera de escribir al sobrino Tristán en Egipto y a un compañero en París, y hasta de fijar en el papel algunos breves pensamientos sobre la sociedad y el individuo, que le muestran aún en toda su habitual lucidez de inteligencia.⁷⁵

A medio día se sentó a la mesa, como siempre, se esforzó por comer un poco. Pasó el resto de la jornada entre el escritorio y la poltrona hasta las 9 de la noche. Después se acostó para no levantarse más. Por la noche empeoró bastante, y hacia las 3 de la madrugada entró en agonía. Sin embargo, conservó el conocimiento incluso después, respondiendo con signos de la cabeza a quien le hablaba. Su corazón resistía cada vez menos, y a mediodía y veinte minutos, el 22 de julio de 1932, cesó de latir.

¡Errico Malatesta había muerto! Nuestro querido compañero, el amigo, el hermano, el padre de tantos de nosotros, el defensor fiel del proletariado, el apóstol de la revolución y de la anarquía, había acabado así su larga, laboriosa y heroica jornada. Ahora pertenece a la Historia.

⁷⁵ He aquí, a título de documento, los apuntes escritos por Malatesta en una hojita aquel día (21 de julio): «*La société aura toujours une tendance à trop s'immiscer dans le domaine individuels*» (Rienzi). *La société? pourquoi ne pas dire, «les gouvernements»* o más exactamente «los otros»? Pero los otros, si no son los más fuertes, si no son gobierno hacen poco daño.

—El que arroja una bomba y mata a un transeunte dice que, víctima de la sociedad, se ha rebelado contra la sociedad. Pero el pobre muerto podría decir: «¿Pero es que yo soy la sociedad?»

APÉNDICE A LOS APUNTES BIOGRAFICOS

LOS FUNERALES

Creo bueno añadir aquí las noticias recibidas de Roma sobre los funerales de Malatesta:

«Apenas la policía de Roma supo que Malatesta había expirado, tomó todas las medidas para impedir que los compañeros fuesen a verlo y para evitar una posible entente entre ellos para los funerales. Fueron repartidos por las escaleras del edificio en donde Malatesta habitaba una decena de policías y un comisario, además de los que estaban ya de servicio regular. Tomaban los datos personales a cuantos se aproximaban a la puerta del muerto.

Otros policías en bicicleta giraban en torno a las casas en un radio más amplio, para disolver a los grupos que se formaban, impedir que los compañeros se dirigiesen hacia la casa y evitar de todas maneras que la noticia de la muerte se esparciese. Con todo esto, una quincena de compañeros, entre hombres y mujeres, pudieron reunirse.

Los funerales fueron fijados para el sábado 23 a las 15 horas. El itinerario fué establecido por la policía misma. La prensa mantuvo un silencio absoluto: ¡ni siquiera una línea! Los avisos mortuorios de los parientes, enviados a los diarios como avisos pagados, no fueron publicados. Al saberse la noticia en el exterior, los periódicos extranjeros telegrafiaron a la Asociación de la Prensa de Roma para tener la confirmación. Se les respondió afirmativamente; pero en Italia no se hizo saber nada.

Seguían el féretro tres coches con la familia y los amigos. Después seguía el automóvil de la policía, el que estaba consagrado a la vigilancia de Malatesta, lleno de policías; otros funcionarios policiales seguían en un furgón, otros todavía en bicicleta.

Únicas flores permitidas las de una corona de la familia y de los parientes. Único escrito consentido: «A Enrico Malatesta, Eduardo y Tristán, Elena y Gemma» (Eduardo y Tristán son dos sobrinos de Malatesta). Las flores llevadas por niños de la vecindad hubieron de ser dejadas en la habitación vacía. Los claveles rojos llevados por compañeros fueron sólo consentidos dentro del ataúd. La pobre

Gemma quería seguir a su padre con un ramo de flores rojas, para depositarlas luego sobre su caja. La policía le hizo decir que si salía con ellas se las arrancarían, no pudiendo permitir aquella ostentación. Gemma, entonces, desesperada y dolorida, arrojó por la ventana las flores que tenía en el brazo. Entonces se permitió la partida.

La ley permite a los cortejos fúnebres hacer quinientos metros de calle a pie; pero esta vez se prohibió dar un solo paso. Se hizo subir a los parientes y amigos en los coches apenas salieron del portal y seguir a gran velocidad. A lo largo de la calle, en todas las travesías por donde pasó el féretro, había carabineros y policías para impedir a los compañeros atravesar o recorrer «por casualidad» la calle misma del rápido y breve cortejo. Y eso en todas partes, hasta en el cementerio.

En el cementerio esperaban muchos otros policías y personalidades de la Questura Centrale. Fueron dejados policías de guardia ante el ataúd toda la noche. El domingo a las 6 de la mañana el ataúd fué bajado a la fosa, en el campo común de los pobres, en medio de los muertos del pueblo, de aquel pueblo por quien Malatesta había luchado toda la vida.

Desde entonces dos policías se turnan en el cementerio para tomar la filiación de los que se atreven a aproximarse a la fosa. Un compañero, que no sabía nada de esto, fué, y se detuvo un momento ante ella. La policía le tomó la filiación y lo acompañó a la Questura; y allí fué metido en un Calabozo, donde le dejaron catorce horas.

Malatesta, habiendo muerto como había vivido fuera de toda religión, ha sido llevado al cementerio sin cruz; y los parientes habían dado disposiciones para que no hubiese cruces sobre su tumba. Pero las órdenes del gobierno de Roma son precisas y no transigen: también sobre la fosa del anarquista ateo fué colocada una cruz. A la mañana siguiente, cuando su compañera Elena Mellí fué al cementerio, vió la cruz, la hizo sacar de inmediato ; pero tuvo que ir a declarar que la había quitado ella, como mujer. Más tarde, Elena fué llamada por esa causa a la policía, aunque no se tuvo el valor de ofender su dolor con inútiles reproches.»

(De Roma, 30 de julio de 1932.)

LAS MENTIRAS FASCISTAS

El anuncio de la muerte de Malatesta conmovió profundamente al mundo obrero revolucionario y llenó de dolor a los anarquistas de todos los países. También los adversarios se inclinaron con respeto ante la noble figura del gran revolucionario italiano que había cesado de vivir.

Sólo el fascismo quiso distinguirse, en el exterior, intentando hipócritamente lanzar una andanada de fango sobre la tumba apenas cerrada. Un diario fascista de Buenos Aires, órgano oficial del partido que domina a Italia y oficioso de la Embajada italiana, publicaba el 25 de julio de 1932 un entrefilete en que, después de hacer ironía sobre la condolencia unánime de la prensa de izquierda de la República Argentina, sobre las abundantes columnas dedicadas a la memoria del

extinto, etc., fantaseaba sobre pretendidas ayudas morales y materiales dadas por Mussolini a Malatesta en los últimos tiempos de la vida de éste : moralmente, hablándole varias veces, proveyéndole de libros; materialmente, encontrándole alojamiento y cooperando a su sustento.

Es inútil decir que se trata de las más ridículas mentiras; Mussolini y Malatesta fueron por breve tiempo amigos — de una amistad bastante superficial, por lo demás—en 1913-14; pero toda relación cesó entre ellos después de la última carta polémica de Malatesta a Mussolini (véase la biografía), desde Londres, en diciembre de 1914, a propósito de la guerra. Ni se volvieron a ver, ni se hablaron, ni se escribieron. Al sostenimiento de Malatesta, después que éste fué puesto por el fascismo en la absoluta imposibilidad de ganarse el pan de todas las maneras, proveyeron siempre, hasta el último instante, modestamente, pero con suficiencia, sus compañeros de fe. Lejos de procurarle libros, la policía de Mussolini le secuestraba los que le llegaban por el correo. El alojamiento, que Malatesta tenía en arriendo del Instituto de las casas populares de la comuna de Roma desde antes de la «marcha sobre Roma», lo ha pagado siempre de su bolsillo.

Cuando leí tal porquería en el periódico aludido, contra lo que otros periódicos (incluso uno fascista) protestaron, creí en una estúpida invención, en el lugar, de un redactor cualquiera. Pero cuando supe que voces semejantes habían circulado en algunos diarios de América del Norte, he pensado que el vientecillo de la calumnia debía haber sido soplado desde Roma, sin agitarlo mucho, se entiende, allí donde la verdad era demasiado conocida y donde se prefirió callar también la noticia de la muerte de un hombre, cuyo solo nombre causaba tanto espanto a los tiranos. Un periódico de Nueva York habló también de la vivienda puesta por el gobierno a disposición de Malatesta; y otro de Chicago, habló incluso de un chalet en las proximidades de Roma. ¡Es notable la seriedad del perioismo!

LA TUMBA DE MALATESTA

Elena Mellì, la compañera de ideas que en los últimos doce o trece años ha sido también compañera de vida de Errico Malatesta y le ha asistido tan amorosamente, creando a su alrededor la tibieza del hogar doméstico y permitiéndole gozar al menos en la intimidad de la casa y de la familia de aquel poco de tranquilidad que era todavía posible en la tempestuosa vida italiana y bajo las persecuciones inquisitoriales del régimen fascista, ha conseguido con su tenaz voluntad que los restos de nuestro querido amigo tuviesen una sepultura digna y duradera.

Ha recurrido, para los gastos no indiferentes, a la ayuda de los compañeros y amigos esparcidos por el mundo, y la ha tenido de inmediato y suficiente. Y así en poco más de un año su piadoso deseo y el de tantos que amaron a Malatesta ha sido satisfecho.

La tumba de Malatesta se encuentra en Campo Varano, el monumental cementerio de Roma, en el recuadro 30, tercera fila, número 20, a la izquierda de la columna rota, tras el osario. Es sencillísima: una piedra rectangular ligeramente

inclinada, con el nombre y apellido en letras de 11 centímetros, fecha de nacimiento y de muerte en letras de 4 centímetros, y un florero con la fotografía de esmalte, encajada. Nombre, apellido y fecha en letras de cinc.

TRES ARTÍCULOS DE MALATESTA

LA REPÚBLICA DE LOS JOVENCITOS Y LA DE LOS HOMBRES CON BARBA

Hace más de quince años, yo que escribo, era un jovencito que estudiaba retórica e historia romana, griego, latín y filosofía giobertiana.

A pesar de la buena voluntad de mis maestros, la escuela no logró sofocar la naturaleza y conservé, en el ambiente cretinizante y corruptor del colegio moderno, sana la mente y virgen el corazón.

De naturaleza afectuosa y ardiente, soñaba con un mundo ideal en que todos se amasen y fuesen felices; y cuando la fantasía, cansada, me abandonaba a la realidad, miraba a mi alrededor y veía aquí uno que, temblando de frío y de hambre, pedía humildemente la limosna de un mendrugo de pan; allá niños que lloraban; más allá hombres que blasfemaban; y el corazón se me helaba de horror.

Después, observaba más atentamente y advertía que una enorme injusticia, un sistema absurdo pesa sobre la humanidad y la condena al dolor: el trabajo degradado y hecho casi deshonoroso, el trabajador que muere de hambre para alimentar las orgías de su patrón ocioso. Y el corazón se me llenaba de ira, y pensaba en los Gracos y en Espartaco, y sentía en mí el alma de un tribuno y de un rebelde.

Y como sentía decir a menudo que la República era la negación de lo que me torturaba, y que en esa República todos eran iguales; como de alguna parte y de alguna época me llegó el eco de una rebelión de pobres y de esclavos en que estaba mezclada esta palabra República; y como en la escuela se hacía ignorar el mundo moderno para cretinizarnos con una historia de la Roma antigua, mutilada y falsa, y nosotros no habríamos sabido hallar un modo de vida social fuera de las fórmulas romanas, me llamé republicano y me pareció comprender así todos los deseos y las iras que hervían en mi corazón.

Yo no sabía bien cómo sería esa República, pero creía saberlo y me bastaba; para mí la República era el reino de la igualdad, del amor, de la felicidad; era el sueño amoroso de mi fantasía traducido en realidad.

¡Oh, cuántos latidos agitaban mi pecho joven! Ya me imaginaba, como un nuevo Bruto, hundir un puñal en el seno de un César moderno; ya soñaba estar a la

cabeza de una partida de insurrectos o en una barricada asaeteando a los satélites del tirano; ya me sentía en una tribuna tronando contra los enemigos del pueblo. Media mi altura, y me palpaba los labios para sentir si apuntaban los bigotes. ¡ Oh, con qué ansia esperaba ser más grande, salir del colegio para consagrarme enteramente a la causa republicana !

Y, en fin, llegó el día deseado y entré en el mundo, lleno de propósitos generosos, lleno de esperanzas e ilusiones.

Había soñado tanto con la República, que no pude menos de lanzarme a todas partes donde me decían que había una tentativa, una aspiración, un deseo republicano; y como republicano vi por primera vez las cárceles reales.

Pero luego comencé a reflexionar. Estudié la Historia, que hasta entonces había aprendido en manuales estúpidos y mentirosos, y vi que la República había sido siempre un gobierno como los otros o peor que los otros, y que en la República, como en la Monarquía, hay miseria e injusticia, y se ametralla al pueblo cuando intenta sacudirse el yugo.

Observé los países contemporáneos y vi que aquellos en que se tiene la República no están mejor que aquellos en donde existe la Monarquía. En América hay República, y con tanta extensión de tierra libre, con tanta superabundancia de producción, hay gente que muere de hambre; se tiene la República, y, a pesar de la libertad y la igualdad escrita en la Constitución, el que es pobre no tiene la dignidad de hombre y la caballería dispersa a garrotazos y a sablazos a los obreros que piden pan y trabajo; se tiene la República y se reduce a la desesperación y se caza como fieras a las poblaciones nativas... ¡Qué digo! En América, como en Roma y en Grecia, se ha visto que la República es compatible con la esclavitud.

Hay República en Suiza y hay miseria, y dominan los curas protestantes o católicos, y no se puede habitar en una ciudad sin permiso de permanencia, y los libres ciudadanos suizos chalanean el voto por algunos vasos de cerveza.

Hay República en Francia (entonces se había proclamado hacía poco) e inició su vida atropellando a 50,000 parisienses, y continúa endeudándose a los sacerdotes y enviando sus soldados donde los trabajadores levantan la cabeza, para obligarles a someterse a los patronos y soportar sumisos su miseria.

Por tanto, me dije, la República no es lo que yo había soñado; por tanto, una cosa es la vaga aspiración del colegial, y otra, muy distinta, es la realidad. Mis compañeros más viejos, los que yo consideraba como mis maestros, decían que las Repúblicas existentes no eran la verdadera y que en Italia la República traería justicia, bienestar, libertad, igualdad; pero yo sabía que las mismas cosas se decían en Francia antes que la República triunfase; sabía también que cosas semejantes dicen y prometen todos los partidos que tienen necesidad del apoyo popular para subir al poder y... quise ver claro.

La naturaleza de una sociedad no puede depender, pensé, de los nombres y de las formas accesorias, sino de las relaciones entre cada miembro de la sociedad con los demás miembros y con el cuerpo social entero. El efecto de un cambio en la organización social puede ser determinado sólo por los deseos y por las intenciones del partido que lo preconiza, pues un partido que acepta y crea ciertas posiciones sufre las consecuencias de ello o se pierde en conatos de rebelión que

permanecen estériles, hasta cuando ese partido se decide a salir de la posición en que se ha colocado.

Me puse por eso a examinar la esencia de la sociedad moderna, la naturaleza de las relaciones sociales, el origen de los poderes públicos, el funcionamiento de los factores políticos y económicos, y todo me llevó a concluir que entre Monarquía y República no hay diferencia esencial; entonces no me maravillé ya de que las Repúblicas se parezcan tanto a las Monarquías.

La necesidad primaria del hombre, la condición necesaria de su existencia es la alimentación, y es natural que el carácter de una sociedad sea ante todo determinado por el modo como el hombre extrae los medios de subsistencia, por el modo como se produce y se distribuye la riqueza: los factores económicos dominan toda la vida social.

En Monarquía todos los medios de producción están en posesión de pocos individuos, y la masa, que no tiene más que la fuerza de trabajo, debe recurrir para trabajar a quien posee aquellos medios y soportar sus condiciones. La distribución de los productos está basada en la necesidad recíproca pero no igual que los patronos y los obreros tienen unos de otros, y de la concurrencia que los hambrientos se hacen entre sí. Y como los patronos tienen la ventaja de la posición hecha y tienen ante ellos la economía, mientras el trabajador necesita trabajar todos los días para poder comer, y por otra parte hay en general más obreros de los que hacen falta a los patronos, así el salario del que trabaja no sobrepasa normalmente más que lo estrictamente necesario a la existencia vegetativa más primitiva. Así, al fin de cuentas, encontramos, en la Monarquía, una pequeña clase dominante corrompida y corruptora, por una parte, y por otra, una masa miserable y embrutecida.

¿Sería otra cosa en una República? No, ciertamente, pues la República mantiene sólida la base de la organización social, la propiedad individual, y no puede escapar a las consecuencias de este modo de propiedad.

Pero, dicen los republicanos más avanzados, en la República manda el pueblo mediante el sufragio universal : hagamos la República y el sufragio modificará, si lo cree necesario, el organismo de la propiedad.

Pero el sufragio universal existe, sin embargo, también bajo las Monarquías y el pueblo se sirve de él para sancionar la propia sumisión. ¿Cómo, por el hecho solo de arrojar fuera al rey y cambiar un nombre por otro, habría de adquirir el pueblo aquella consciencia, aquella capacidad que ahora le falta?

Pero la República se ha hecho muchas veces y en muchos países, y el sufragio universal no ha dado mejores resultados en ella que en la Monarquía. ¿Por qué ocurriría de otro modo esta vez?

¿Qué importa que se reconozca o no un derecho al pueblo, si ese pueblo no tiene la capacidad, los medios de servirse de él? Lo he dicho ya, los factores económicos lo dominan todo: un pueblo que muere de hambre será siempre estúpido y esclavo, y si vota, votará por sus amos.

Por consiguiente, hay que salir del cuadro de las ideas republicanas, y en lugar de aceptar como punto de partida la actual posición económica, es preciso comenzar por transformarla radicalmente, aboliendo de hecho la propiedad individual. Entonces tendremos todos asegurada la existencia, seremos iguales ante la riqueza y tal vez podremos comenzar a entendernos.

Todas estas cosas vi y pensé, y ocurrió en mí lo que ocurre en todos los hombres de corazón que estudian sin preconceptos las leyes de la humana convivencia; comprendí que la República es una forma de gobierno buena sólo para sancionar y defender, como todos los gobiernos, los privilegios existentes, y me hice socialista.

(De *La Questione Sociale*, órgano comunista anarquista de Florencia, núm. 3, del 5 de enero de 1884.)

MI PRIMER ENCUENTRO CON BAKUNIN

Era el fin de verano de 1872, en Nápoles.

La Federación Italiana de la Internacional de los Trabajadores nos había delegado a Cafiero y a mí para representarla en el Congreso que se debía celebrar en Suiza (y que se celebró, en efecto, en Saint-Imier, en el Jura bernés), para un entendimiento entre todas las secciones de la Internacional que se habían rebelado contra el Consejo General, el cual, bajo la dirección de Carlos Marx, quería someter toda la Asociación a su autoridad dictatorial y dirigirla, no a la destrucción, sino a la conquista del poder político.

Yo estaba lleno de fervor en aquellas luchas, de las cuales debía depender la suerte de la Internacional y el porvenir de la acción revolucionaria y socialista.

Jovencito, en mis primeras armas, era naturalmente muy feliz al poder ir al Congreso, entrar en relación directa con compañeros de todos los países y tal vez también orgulloso por hacer oír mi voz. ¡En aquella edad, cuando no se es una marmota, se está un poco demasiado lleno de sí ! Pero lo que sobre todo me entusiasmaba era el pensamiento que conocería a Bakunin, que me volvería (no dudaba de ello) su amigo personal.

Bakunin en Nápoles era una especie de mito. Había estado allí, creo, en 1864 y en 1867, dejando una impresión profunda. Se hablaba de él como de una persona extraordinaria y como suele ocurrir, se exageraban sus cualidades y sus defectos. Se hablaba de su estatura gigantesca, de su apetito formidable, de su vestir descuidado, de su negligencia pantagruélica, de su desprecio soberano del dinero. Se contaba que, llegado a Nápoles con una gran suma, en el momento en que se presentaban a menudo revolucionarios polacos escapados a la represión que siguió a la insurrección de 1863, Bakunin dió simplemente la mitad de todo lo que tenía al primer polaco necesitado que encontró, y después la mitad de la mitad que le quedaba al segundo polaco, y así sucesivamente hasta que — y no se necesitó mucho tiempo — quedó sin un céntimo. Y entonces tomó el dinero de los amigos con la misma indiferencia señorial con que había dado lo suyo. Pero esto y otras cosas eran la leyenda.

Lo importante era la gran conversación que se tenía en los círculos avanzados, o supuestos tales, en torno a las ideas de Bakunin, que había ido a remover todas las tradiciones, todos los dogmas sociales, políticos, patrióticos, considerados hasta entonces por la masa de los «intelectuales» napolitanos como verdades seguras y fuera de discusión. Para unos Bakunin era el bárbaro del Norte, sin dios y sin patria, sin respeto para ninguna cosa sagrada, y constituía un peligro para la santa civilización italiana y latina. Para los otros era el hombre que había llevado a los muertos pantanos de las tradiciones napolitanas un soplo de aire salubre, que había abierto los ojos de la juventud que se había aproximado a él hacia nuevos horizontes; y éstos, los Fanelli, los De Luca, los Cambuzzi, los Tucci, los Palladino, etc., fueron los primeros socialistas, los primeros internacionalistas, los primeros anarquistas de Nápoles y de Italia.

Y así, a fuerza de oírles hablar, Bakunin se había convertido para mí también en un personaje de leyenda; y conocerlo, aproximarme a él, calentarme a su fuego era para mí un deseo ardiente, casi una obsesión.

El sueño iba a realizarse.

Partí, pues, para Suiza, junto con Cafiero.

En aquella época yo estaba enfermizo, escupía sangre y era juzgado tísico o casi, tanto más cuanto que había perdido los padres, una hermana y un hermano por enfermedad del pecho. Al pasar el Gottardo por la noche (entonces no existía el túnel y era necesario rodear la montaña nevosa en diligencia) me resfrié y llegué a Zurich, a la casa donde estaba Bakunin, por la noche, con tos y fiebre.

Después de la primera acogida, Bakunin me acomodó una camita, me invitó, casi me obligó a extenderme encima de ella, me cubrió con todas las mantas y abrigos que pudo recoger, me dió té hirviente y me recomendó que estuviera tranquilo y durmiera. Y todo esto con una premura, una ternura materna que me conmovió el corazón.

Mientras estaba envuelto bajo las mantas y todos creían que dormía, oí que Bakunin decía, en voz baja, cosas amables sobre mí, y después añadía melancólicamente: «Lástima que esté tan enfermo; lo perderemos pronto; no tiene para seis meses». No di importancia al triste pronóstico, porque me parecía imposible que pudiese morir (me cuesta trabajo creer en ello todavía hoy); pero pensé que habría sido casi un delito el morir cuando hay tanto que hacer por la humanidad. Me sentí feliz por la estima de aquel hombre y me prometí a mí mismo hacer todo lo posible por merecerla.

Al día siguiente me desperté curado y comenzamos con Bakunin y los demás, suizos, españoles y franceses, aquellas interminables discusiones a que Bakunin sabía dar tanto encanto.

Fuimos a Saint-Imier, donde — nótese el rasgo de psicología popular — los muchachos acogieron a Bakunin al grito de «¡Viva Garibaldi!». Naturalmente, siendo Garibaldi el hombre que más habían oído celebrar, aquellos muchachos pensaban que debía ser un hombre colosal. Bakunin era colosal, lo vieron rodeado y festejado y pensaron que no podía ser más que Garibaldi.

Tomamos parte en el Congreso, después volvimos a Zurich, discutiendo siempre, tomando acuerdos y haciendo proyectos hasta entrada la noche.

Conocí a Bakunin cuando él estaba ya en edad avanzada y minado por las enfermedades contraídas en las prisiones y en Siberia. Pero lo encontré siempre lleno de energía y entusiasmo y comprendí toda su potencia comunicativa. Era imposible para un joven tener contacto con él sin sentirse inflamado por el fuego sagrado, sin ver ensanchados los propios horizontes, sin sentirse caballero de una noble causa, sin hacer propósitos magnánimos.

Esto ocurría a todos los que caían bajo su influencia. Después, algunos, una vez cesado el contacto directo, cambiaron poco a poco de ideas y de carácter y se perdieron por los más diversos caminos, mientras otros sufrieron y, si sobrevivieron, sufren aún aquella influencia; pero no hubo nadie, creo, que al

entrar en contacto con él, aunque fuese por breve tiempo, no se haya vuelto mejor.

Para acabar, relataré un episodio característico. Tal vez lo haya contado ya otras veces, pero en todo caso merece ser repetido.

Era el momento, el del Congreso de Saint-Imier, en que Marx, Engels y sus secuaces, por odio de parte y por vanidad personal ofendida, se esforzaban más por esparcir la calumnia contra Bakunin, a quien se describía como un personaje equivoco, tal vez un agente del zarismo.

Uno de aquellos días se habló de la cosa en presencia de Bakunin, y todos se mostraron justamente indignados, cuando uno de nosotros, no dándonos cuenta de la enormidad que decía, salió con esta proposición: «Es preciso pagar a aquella gente con la misma moneda; ellos calumnian, calumniémosles también nosotros».

Bakunin se sacudió como un león herido, fulminó de una mirada al proponente, se levantó en toda su gigantesca persona y gritó: «¿Qué dices, desdichado? No, es mejor ser mil veces calumniado, aunque la gente nos crea así, antes que rebajarse a ser un calumniador.»

(De *Pensiero e Volontà*, Roma, 1926.)

GIUSEPPE FANELLI
(RECUERDOS PERSONALES)

No conozco nada de particular sobre Fanelli, patriota, mazziniano, garibaldino. En la época que lo conocí (en 1371) y estuve con él en intimidad, yo, todavía muy joven, había entrado hacía poco en la Internacional y me había encontrado de repente en singular contraste con aquellos «patriotas» que habían, es verdad, combatido y sufrido en las luchas contra las pasadas tiranías y decían querer abatir las nuevas instituciones monárquicas, pero repudiaban en la internacional la negación de las ideologías que les eran caras, y veían en la organización autónoma de los trabajadores una amenaza contra su posición, de jefes, o subjefes, de los partidos de vanguardia. Lo que unido a la tendencia general de los muchachos a creer que la historia comienza con ellos, me inducía a menospreciar los esfuerzos hechos antes de nosotros, y a apreciar en Fanelli y en los otros llegados a la internacional de las filas de los combatientes por la independencia italiana, más que su pasado, lo que los ponía en oposición a ese pasado. De aquí el poco interés en recoger noticias biográficas. Por lo demás, Faneili era muy reservado y modesto, y si alguna vez consentía en relatar, especialmente si en el relato había alguna nota cómica, gustaba nunca ser interrogado.

He aquí de cualquier manera lo que sé del primer período de la vida de Fanelli, el de las luchas por el Resurgimiento.

Había sido mazziniano y estado en íntimas relaciones personales con Mazzini. Había conspirado con Pisacane, y como jefe de los afiliados napolitanos había tomado acuerdos para secundar y ayudar la expedición y responder a la iniciativa de Pisacane con tentativas insurreccionales en la capital y en otras partes; cosa que no pudo hacer por varios contratiempos y especialmente porque el desembarco se realizó en lugar y tiempo diversos de los establecidos.

Fué uno de los mil de la expedición garibaldina que desembarcó en Manrsala; y luego combatió en el continente como comandante de bandas garibaldinas contra los restos de fuerzas borbónicas.

De episodios recuerdo estos :

Asistió de incógnito al juicio de la Corte marcial que le condenó a muerte por contumacia.

Una vez, en 1860, después de la entrada de Garibaldi en Nápoles, se hallaba a la cabeza de un puñado de garibaldinos, no recuerdo si en Venasso o en Isernia, cuando la región fué circundada por numerosos borbónicos, que se estaban transformando ya en bandidos y torturaban y asesinaban sistemáticamente a todos los liberales que caían en sus manos. Fanelli, no viendo posibilidad de afrontar con éxito un combate desigual, recurrió a la siguiente estratagema. Sabía que los campesinos de la región eran ferozmente hostiles a los garibaldinos. Tomó uno, le dió dinero y le encargó que llevase clandestinamente cartas a direcciones imaginarias; por tanto, escribió una serie de billetes y se los hizo coser con gran lujo de misterio y preocupaciones en los forros de la chaqueta del campesino. De aquellas cartas resultaba que disponía de fuerzas imponentes y que de un

momento a otro debían llegar nuevas tropas garibaldinas y tornar a los sitiadores entre dos fuegos. Como Fanelli preveía, el campesino llevó las cartas al comandante borbónico, el cual creyó en el peligro y se apresuró a levantar el asedio.

Fanelli gozaba entre sus conmlitones de la fama de ser un valor a toda prueba, frío, sereno, impasible, En efecto, despreciaba grandemente a los fanfarrones. Solía decir que había visto generalmente que aquellos que, cuando el enemigo estaba lejos, se daban el aire de hombres terribles, daban después, en el fuego, mal aspecto; mientras muchos jovencitos, de apariencias tímidas y hasta medrosos, combatían y morían como héroes en la acción.

Hablemos de Fanelli internacionalista, de Fanelli socialista anárquico.

Fanelli, tal vez ya preparado a la aceptación de las ideas socialistas libertarias por su contacto con Pisacane, estuvo entre los primeros que se pusieron al lado de Miguel Bakunin cuando éste llegó a Italia (de 1883 a 1867) y se dedicó a combatir las concepciones religiosas y nacionalistas de Giuseppe Mazzini fundando en oposición a la «Alleanza Universale» mazziniana aquella «Alianza de la democracia socialista» que comenzó por ser compuesta únicamente de italianos, pero que pronto se hizo verdaderamente internacional con la adhesión de revolucionarios de todos los países y tuvo una influencia decisiva en la propagación de la Asociación internacional, dando a sus secciones de los países latinos la tendencia socialista anarquista.

La Alianza bakuninista fué una organización secreta, y eso convenía al temperamento de Fanelli, viejo conspirador, habituado a la severidad y a las interrogaciones reservadas. Él fué un miembro importante de ella (hermano internacional, según la jerarquía y la nomenclatura adoptadas por la Alianza). Con él entraron en la Alianza, entre otros, Carlo Gambuzzi y Alberto Tucci, de Nápoles; Attanasio Dramis de Manfredonia, cómplice en otro tiempo de Agesilao Milano; Saverio Friscia, celebrado doctor homeopático de Sciacca, y Carmelo Palladino, de Cagnano Varano, hombre de bella esperanza, pero que, desgraciadamente, por razones privadas, fué muerto en la flor de sus años.

Fanelli fué a París en 1867 junto con Friscia (no con Cafiero, que entró en el movimiento sólo en 1871), en ocasión de la Exposición Universal, y eso acrecentó sus relaciones con el mundo revolucionario internacional.

En 1868, junto con Saverio Friscia y Alberto Tucci fué a Berna, al Segundo Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad, donde Bakunin, con memorables discursos, intentó hacer aceptar las ideas de la internacional de los Trabajadores, y, derrotado por la mayoría radical burguesa, se retiró junto con una minoría, entre ellos Tucci, Friscia y Fanelli, para dedicarse enteramente a la Alianza y a la Internacional.

No me parece que Fanelli haya estado en el Congreso de Basilea en septiembre de 1869 (IV Congreso de la Internacional), donde el solo delegado italiano que encuentro mencionado en los informes es Caporrusso, de Nápoles.

En aquella época tal vez estaba Fanelli todavía en España, a donde había ido a fines de 1868 por encargo de la Alianza. El trabajo que Fanelli hizo en España es la gloria mayor del segundo período de su vida. Demostró aptitudes eminentes para saber escoger los hombres con los cuales organizó los núcleos secretos de la Alianza, que a su vez fundaron las secciones de la Internacional. Los hombres escogidos por Fanelli fueron los Moraga, Lorenzo, Farga, Pellicer, Viñas, etc., que crearon en España, o más precisamente en algunas regiones de España, como Cataluña y Andalucía, aquel movimiento obrero inspirado por las ideas anarquistas que fué y, a pesar de todo, sigue siendo uno de los más importantes y prometedores del mundo.

Vuelto a Italia, Fanelli estuvo entre los más capacitados propagadores y organizadores de la internacional, aunque fué uno de los menos conocidos a causa de su temperamento reservado de conspirador y sobre todo por el género de trabajo a que se dedicaba, que era la elección y el cultivo de aquellos hombres que estimaba capaces de hacer buena obra. Era algo así como nuestro padre, y dado que, en calidad de diputado al Parlamento, podía viajar sin pagar, era también nuestro viajante.

Era la época en que en toda Italia los anarquistas eran pocas decenas. Nos conocíamos todos íntimamente, y apenas despuntaba uno nuevo, Fanelli partía de inmediato en misión para conocer, estudiar, pesar la nueva adhesión.

Aparte del temperamento y el gusto personal, Fanelli no podía ejercer influencia directa sobre las masas, a causa de las prevenciones que hacen nacer su cualidad de diputado.

En aquella época de sufragio restringido los trabajadores consideraban al diputado como miembro del gobierno odiado, como un enemigo, y singularmente en el meridional, simplemente como un ladrón. ¡Ah, cuánto mejor habría sido que las masas hubiesen quedado en aquella disposición de ánimo!

Y no sólo eran los trabajadores los que tenían a los diputados en un concepto tan bajo. Buena parte de la burguesía no pensaba de modo distinto.

Valga el hecho siguiente :

Yo era estudiante y vivía con mi hermano y una tía anciana que nos hacía de madre desde que habíamos quedado huérfanos.

De tanto en tanto venía a buscarme Fanelli y nos retirábamos en coloquio íntimo a mi habitación. En tanto, yo había comenzado a ser mirado de través por la policía, a ser vigilado y encarcelado. Mi tía se alarmó, y, como me quería mucho, pensaba y decía que yo era un buen muchacho y que la culpa de lo que me pasaba era de los «malos compañeros». Naturalmente, las madres de mis compañeros decían lo mismo a sus hijitos.

Un día, finalmente, la tía me lleva aparte y, con las lágrimas en los ojos, me da un sermón y después dice: «Pero, en suma, ¿se puede saber quién es aquel señor Fanelli que viene a hablarte en secreto? Hay en él algo que no me convence.» Yo traté de calmarla, y entre otras cosas le dije que Fanelli era un diputado al Parlamento. Repentinamente, la tía, llena de severidad, exclamó : «¡Cómo! ¿Un diputado? ¿Y tú no te avergüenzas? Tu padre era un hombre honrado y tú tratas con esas gentes sin pensar que así deshonoras a la familia.» Me esforcé por

explicarle que Fanelli era un hombre honesto, que por su honestidad vivía en la miseria; pareció serenarse y acabó también por dirigir después la palabra a Fanelli; pero creo que aquel asunto del diputado no se le desvaneció nunca.

Dije a mi tía que Fanelli vivía en la miseria, y era la verdad. Tenía la pensión de mil liras al año, que le correspondía por haber sido uno de los Mil de Garibaldi, y era eso todo aquello de que vivía. Como se interesaba en conservar «su decoro» y quería vestir al menos decentemente, después de haberse vestido y pagado la habitación y el lavado de la ropa, le quedaba poco para comer y las otras necesidades primordiales de la vida. Consideraba parte de «su decoro» el no hacer conocer sus estrecheces; pero yo sabía que algunas veces pasaba al día con cinco céntimos de macarrones hervidos (*ailese* los llamaban los napolitanos, y en aquella época se tenían 30 por cinco céntimos). Cuando no podía propiamente más y quería rehacerse un poco, tomaba el barco y viajaba de Génova a Nápoles, a Palermo y viceversa, porque como diputado tenía derecho al viaje gratis en primera clase, incluso la comida.

Es inútil recordar que en aquella época los diputados tenían el viaje y el correo gratis, pero no tenían estipendio o indemnidad, y cuando no traficaban con su acta y no tenían medios de fortuna o una profesión lucrativa se hallaban en tristes condiciones.

No recuerdo ahora nada más de personal sobre Fannelli.

Volviendo a pensar en él me conmueve profundamente. Fué un apóstol y un luchador : un hombre digno en todo de servir como ejemplo.

Quiero aprovechar la ocasión para explicar un enigma que inquieta a muchos de los que se ocupan de la historia de la Internacional y del movimiento anarquista.

¿Cómo es que los anarquistas, que han sido siempre antiparlamentarios y abstencionistas, tenían entre ellos—y en las primeras filas —a dos diputados: Giuseppe Fanelli y Saverio Friscia?

Yo no sé ahora si, volviendo a las condiciones de aquella época, soportaríamos tales contradicciones; pero es cierto que entonces el hecho de ser diputado, mientras nos ofrecía la ventaja de tener alguien que podía viajar gratis — cosa de primera importancia en vista de nuestra penuria de medios —, no tenía los inconvenientes que asumió más tarde.

En aquella época votaban sólo pocos inscritos, y nuestros compañeros, Friscia y Fanelli, eran elegidos por razones puramente personales por algunos pocos centenares de amigos suyos. No tenían necesidad de pronunciar discursos y de hacer programas electorales, de prometer nada, de hacer confiar en la acción parlamentaria y de distraer así al pueblo de la lucha directa por la propia emancipación. El socialismo y la anarquía no tenían nada que hacer con su elección y no eran perjudicados.

El sufragio ampliado y después el sufragio universal cambiaron las cosas, pero entonces Friscia y Fanelli habían muerto.

(De *Pensiero e Volontà*, Roma, 1926.)

FIN